

**EL COMPLEJO DE EDIPO EN SIGMUND FREUD Y EN MELANIE
KLEIN**

ANDRÉS JULIÁN SANTA OSPINA

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA
MEDELLÍN
2011**

**EL COMPLEJO DE EDIPO EN SIGMUND FREUD Y EN MELANIE
KLEIN**

ANDRÉS JULIÁN SANTA OSPINA

**Trabajo de grado para optar al título de
Psicólogo**

**Asesor
EDUARDO MEJÍA LUNA
Psicólogo**

**UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA
MEDELLÍN
2011**

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	7
1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	9
2. OBJETIVOS	14
2.1 OBJETIVO GENERAL	14
2.2 OBJETIVOS ESPECÍFICOS	14
3. JUSTIFICACIÓN	15
4. METODOLOGÍA	19
4.1 MÉTODOS DE TRABAJO	21
4.1.1 Lectura intratextual	21
4.1.2 Lectura extratextual	23
5. SIGMUND FREUD	25
5.1 RECUENTO BIBLIOGRÁFICO	25
5.2. ANÁLISIS DE DISCURSO, SIGMUND FREUD	62
5.2.1 Trama edípica	67
5.2.2 La castración	86
5.2.3 La mujer en el complejo de Edipo	89
5.2.4 Consideraciones	98
6. MELANIE KLEIN	101
6.1 RECUENTO BIBLIOGRÁFICO	101

6.2 ANÁLISIS DEL DISCURSO, MELANIE KLEIN	108
6.2.1 El Complejo Edípico	118
6.2.2 El complejo de Edipo en el varón	122
6.2.3 El complejo de castración masculina	126
6.2.4 La sexuación en el varón	129
6.2.5 El complejo de Edipo en la mujer	133
6.2.6 La envidia de pene en la niña	138
6.2.7 El superyó	145
7. EL COMPLEJO DE EDIPO EN SIGMUND FREUD Y EN MELANIE KLEIN	151
7.1 LA SEXUALIDAD EN EL COMPLEJO DE EDIPO	157
7.2 LA IDENTIFICACIÓN	160
7.3 EL SUPERYÓ	163
BIBLIOGRAFÍA	169

RESUMEN

El complejo de Edipo destaca especialmente dentro de la teoría psicoanalítica debido a su importancia para la estructuración psíquica del sujeto. De él hacen parte logros tan trascendentales como la elección de objeto sexual, las primeras configuraciones de la identidad (incluyendo la identidad de género) y la estructuración superyoica.

Más de cien años han pasado desde el nacimiento del psicoanálisis freudiano y la formulación del complejo de Edipo, ello valida la idea de preguntarse lo que otros grandes teóricos han contemplado, la importancia que representa para la intervención clínica en la actualidad y la manera cómo puede leerse en nuestro contexto social e histórico.

Por tanto, la pretensión de esta investigación de tipo documental es ayudar al esclarecimiento y comprensión de la evolución histórica del complejo de Edipo. Utilizando la metodología de análisis crítico interpretativo sobre los discursos de Sigmund Freud y Melanie Klein, se trabajará para dar respuesta a las siguientes cuestiones básicas: ¿Cómo evoluciona el complejo de Edipo en ambas teorías, ¿cuál es la lógica interna de cada teoría y cómo ésta permite entender el complejo edípico, ¿qué lugar ocupa el complejo edípico dentro del esquema de organización psíquica que cada uno de dichos autores propone?, y ¿cuál es la relación entre ambas teorías a la luz del complejo de Edipo?.

PALABRAS CLAVES: *COMPLEJO DE EDIPO, SIGMUND FREUD, MELANIE KLEIN, SEXUACIÓN, IDENTIFICACIÓN, COMPLEJO DE CASTRACIÓN, SUPERYÓ, DIFERENCIACIÓN SEXUAL.*

INTRODUCCIÓN

La unidad de análisis elegida para la presente investigación es el complejo de Edipo, en las teorías de Sigmund Freud y Melanie Klein; una elección basada en la importancia que éste representa para las teorías psicoanalíticas, desde sus inicios hasta la actualidad. El complejo de Edipo guarda una estrecha relación con los logros más importantes en la senda de la organización psíquica, al mismo tiempo se presenta como uno de los ejes del proceso psicodiagnóstico y foco de interés dentro de la intervención clínica.

Con el objetivo de ayudar a esclarecer la evolución del complejo edípico a lo largo de más de cien años de historia psicoanalítica, se propone esta investigación de tipo documental en los discursos de Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, y Melanie Klein, una de las primeras psicoanalistas especializadas en la intervención clínica infantil.

La propuesta básica de investigación estará basada en el método analítico, el cual propone la descomposición de la unidad objeto de estudio en sus elementos constitutivos para obtener un conocimiento mayor y más profundo de la misma. En este caso se trata de la descomposición de los discursos, o como también podrían llamarse, sistemas de contenidos a través de dos momentos prácticos de estudio denominados *lectura intratextual* y *lectura extratextual*.

El cuerpo temático de la investigación da inicio con el proceso de la lectura intratextual en la obra de Sigmund Freud. Para ello se seleccionan en orden cronológico los escritos que más aportan a la comprensión del complejo de Edipo; seguidamente se hace lectura de ellos y se exponen la forma como tal concepto aparece y evoluciona. Como resultado de este primer proceso de lectura se

delimita un sistema de contenidos y expone la lógica interna de la teoría a la luz del complejo edípico. De manera subsiguiente, el mismo proceso de lectura es aplicado a la teoría de Melanie Klein, obteniendo de ella la misma comprensión y resultados.

El paso final, denominado, lectura extratextual, implica la utilización de los mencionados sistemas de contenidos para analizar la relación existente entre los discursos de Freud y Klein entorno al complejo de Edipo. Como resultado del proceso de lectura intratextual, se espera la obtención de las unidades que permiten definir el complejo de Edipo en ambos autores y luego utilizarlas, en lo que sería una comprensión extratextual, para delimitar los puntos compartidos, diferentes o complementarios.

1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Hablar de complejo de Edipo es hacer referencia a un estadio en la organización psíquica del sujeto, planteado inicialmente por el discurso freudiano y que se reconoce como uno de los constructos teóricos más representativos del psicoanálisis a lo largo de su historia. En términos generales, es un conglomerado de experiencias que compromete una multiplicidad de dimensiones psíquicas y, de acuerdo con Freud, responsable de los logros más representativos en la infancia temprana.

El complejo edípico destaca especialmente dentro de la teoría psicoanalítica debido a su importancia para la estructuración psíquica del sujeto. De él hacen parte logros tan trascendentales como la elección de objeto sexual, las primeras configuraciones de la identidad (incluyendo la identidad de género) y la estructuración superyoica.

Elegir un objeto de deseo sexual significa asumir específicamente un objeto privilegiado responsable de ofrecer gratificación sexual al sujeto, constituye un paso esencial pues permite pasar del autoerotismo o satisfacción con el propio cuerpo, al establecimiento de un vínculo con otro.

Igualmente, la conformación de una identidad propia, refiere a la constitución de la representación de sí mismo o autopercepción, la cual es posibilitada por la incorporación en el propio Yo de rasgos y cualidades de aquellos objetos que son erigidos por el sujeto como fuentes de identificación, correspondientes a lo que el sujeto quisiera parecerse.

Finalmente, el otro asunto que desvela la importancia estructurante del complejo edípico se relaciona con el superyo. Según Freud, es indispensable que el sujeto introyecte el sistema normativo cultural para poder inscribirse y ser reconocido como parte de la sociedad; las tendencias pulsionales del sujeto deben ser limitadas y condicionadas a los preceptos culturales, sometiéndose a los mecanismos convenidos para su satisfacción. Si tal código normativo no se consolida como una parte de la estructura psíquica del sujeto, es imposible el establecimiento de vínculos sociales sanos donde se dé un trato ético al deseo propio y al de los demás.

El complejo de Edipo puede suscitar amores y odios por igual. Amor en aquellos maravillados con el carácter novedoso y osado de sus postulados, y odio en muchos círculos conservadores, como la religión o la educación, que tal vez no compartan la idea de una sexualidad infantil tan activa. A pesar de ello, queda claro que cualquier sujeto en formación, académica o clínica, interesado en la obra psicoanalítica, bien sea freudiana o postfreudiana, deberá reconocerle y manejarle adecuadamente, pues es en gran parte gracias a éste que el psicoanálisis ocupa un lugar tan destacado en la historia, en la educación y en la cultura popular*.

Muchos han sido los años transcurridos desde el nacimiento de la propuesta freudiana, muchas han sido las mentes deslumbradas o aterradas por la idea del complejo edípico, mucha la adhesión o el rechazo que ha podido suscitar, y muchos han sido los cambios socio-culturales que han ocurridos desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Todo esto valida la idea de preguntarse por la evolución del complejo de Edipo, de cuestionarse lo que otros grandes teóricos

* Es cada vez más notoria la manera cómo el complejo de Edipo es nombrado y utilizado por toda clase de personas y en diferentes áreas, por ejemplo, políticos, escritores, comunicadores, artistas y personas del común.

han expresado, la importancia que representa para la intervención clínica, y la manera cómo podría leerse en nuestro contexto social e histórico.

El complejo de Edipo ha sido uno de los grandes estandartes de las teorías psicoanalíticas, ha sobrepasado los linderos de la propuesta freudiana y se ha hecho extensivo a los aportes teóricos y clínicos de otras grandes personalidades del psicoanálisis. Las décadas subsiguientes al posicionamiento del psicoanálisis freudiano, verán la aparición de grandes personajes interesados en reinterpretar el vasto mundo de experiencias infantiles que hacen parte del complejo edípico.

Melanie Klein, una de las primeras figuras femeninas en el panorama psicoanalítico, dedica numerosos trabajos al estudio del complejo edípico y al lugar que ocupa en el proceso de organización psíquica; en ella se da prioridad al papel de la angustia y la agresividad (cuya fuente es básicamente endógena), además se preocupa por esclarecer los procesos de identificación y diferenciación sexual. A diferencia de otros psicoanalistas de su época, Melanie Klein centra sus trabajos clínicos en la intervención con niños, motivo por el cual se le reconoce una apreciación más directa y verosímil de las vivencias edípicas.

Del mismo modo, Jacques Lacan incorpora nuevos elementos teóricos para hacer una lectura diferente de los hallazgos freudianos; al utilizar los conceptos lingüísticos de Saussure y la dialéctica de Hegel, Lacan reformula muchos de los más importantes asuntos metapsicológicos y clínicos del psicoanálisis. Premisas como el inconsciente estructurado como un lenguaje, el estadio del espejo, la interacción entre los registros real, simbólico e imaginario y el papel del significante en la organización psíquica, proponen una dinámica particular en la trama edípica; de acuerdo con Lacan la importancia del complejo edípico reside en que permite pasar del estadio del espejo (identificación especular, imaginaria, idealizada) a la inscripción en el registro simbólico, es decir, asumir la castración,

renunciar a las aspiraciones de ser el falo y aceptar la ley del padre para convertirse en un sujeto de la cultura. Un proceso que se basa en los movimientos del significante “falo” y en cuál de los personajes del Edipo lo tiene o carece de él.

Al citar antecedentes más contemporáneos se hace vívida la vigencia del complejo edípico dentro de las teorías psicoanalíticas modernas. Althea Honer, (1994) una de las grandes figuras de lo que hoy día se denomina psicoanálisis relacional, retoma y reinterpreta la dimensión vincular del complejo para clarificar la naturaleza del proceso clínico con pacientes neuróticos. En su libro *Treathing the neurotic patient in brief psycotherapy* (1994), se encarga de presentar de una manera ordenada y sintética las más importantes consideraciones freudianas entorno al complejo de Edipo, al tiempo que lo utiliza para ilustrar los principales conflictos evolutivos de las neurosis y de acuerdo a ellos plantear unos objetivos terapéuticos.

Aunque sea basta la bibliografía y las personas interesadas en el complejo de Edipo, aún es real la necesidad de seguir estudiándolo y hacer lo posible por profundizar cada vez más en su conocimiento. Siendo conscientes de lo complicado que resulta comprender históricamente el complejo edípico, surge el interés de esclarecer un pequeño espectro de todas las cuestiones antedichas; Con el objetivo de conocer más a fondo la evolución teórica del complejo edípico, surge el interés por estudiar comparativamente las propuestas de Sigmund Freud y Melanie Klein.

En vista de esto, la pretensión que convoca a la elaboración de este trabajo, es realizar un análisis crítico interpretativo de la teoría del complejo de Edipo tanto en Sigmund Freud como en Melanie Klein, exponiendo en principio la coherencia interna de cada una, para más adelante analizarlas comparativamente y encontrar sus puntos de confluencia y disenso.

Tal estudio estaría encaminado a la resolución de las siguientes cuestiones básicas: ¿Cómo evoluciona el complejo de Edipo en ambas teorías, ¿cuál es la lógica interna de cada teoría y cómo ésta permite entender el complejo edípico, ¿qué lugar ocupa el complejo edípico dentro del esquema de organización psíquica que cada uno de dichos autores propone?, y ¿cuál es la relación entre ambas teorías a la luz del complejo de Edipo?.

2. OBJETIVOS

2.1 OBJETIVO GENERAL

Analizar el complejo de Edipo en las teorías de Sigmund Freud y Melanie Klein, abordándolo desde una perspectiva cronológica, evolutiva, lógica y comparativa.

2.2 OBJETIVOS ESPECÍFICOS

- Exponer, de manera cronológica, la aparición y evolución del complejo de Edipo en las teorías de Sigmund Freud y Melanie Klein.
- Analizar la lógica interna y el lugar que ocupa el complejo edípico en el modelo del desarrollo psíquico en ambos autores.
- Identificar puntos de confluencia y divergencia existentes entre las teorizaciones freudianas y kleinianas sobre el complejo de Edipo.

3. JUSTIFICACIÓN

La formación como psicólogo general, y específicamente como psicólogo clínico, implica la adquisición y manejo adecuado de los principales conceptos respecto a la organización psíquica del sujeto; lo que convierte al complejo edípico en uno de los más importantes focos de interés, pues abarca las dimensiones vinculares, sexuales, pulsionales e identificatorias de la organización psíquica temprana.

Es un período de la infancia temprana donde quedan asentados los cimientos de lo que será la vida adulta en los aspectos mencionados. Por tal motivo, es indispensable que cualquier estudiante en formación, cuyos intereses teóricos y prácticos estén asentados en el psicoanálisis o en alguno de sus derivados, posea un manejo y un conocimiento sólido del complejo de Edipo antes de pretender intervenir sobre la dimensión psíquica del sujeto.

Al mismo tiempo, la aplicación de una metodología como el *análisis crítico interpretativo* permite que como estudiante universitario se ponga a prueba el conocimiento adquirido en diversas metodologías de investigación. Un trabajo de este talante realmente desafía las cualidades del investigador, especialmente en aspectos como el manejo de la información y la interpretación de los resultados.

La injerencia del complejo edípico sobre el desarrollo psicológico del sujeto es innegable, y al mismo tiempo tan conspicua que termina delimitando los objetivos del analista en la intervención clínica. El conflicto edípico se convierte en el hallazgo más significativo del trabajo terapéutico de Freud con sus pacientes histéricas, y desde entonces la especialidad de la intervención psicoanalítica serán los pacientes neuróticos, frente a los cuales se pretende rastrear la historia edípica

y encontrar la causa primordial de los síntomas actuales. Premisas que siguen aplicándose de diferentes formas en la actualidad y forman parte de diversas propuestas clínicas, verbigracia, el método analítico y las psicoterapias breves o focalizadas*.

Ser el padre del psicoanálisis y el primero en hablar de complejo edípico justifica, de entrada, que Freud sea el referente teórico primordial para un estudio de esta naturaleza. Empero, existe un motivo menos trascendental aunque más pragmático relacionado con la distribución conceptual de la bibliografía freudiana.

Sólo el empeño por leer, intratextualmente, el complejo edípico planteado por Freud puede convertirse en un problema mayúsculo para cualquier principiante presto a conocer su trabajo, pues al revisar cronológicamente sus principales publicaciones, se observa que la teoría edípica va consolidándose de manera progresiva al tiempo que se nutre, complementa y corrige con el paso de los años, agravándose con el hecho de que Freud no presentara un escrito dedicado por completo al complejo de Edipo en los momentos más maduros de su teorización.

Gracias a ello nos topamos con un cúmulo, no menor, de escritos que abordan la cuestión edípica de manera parcial o tácita; al tiempo que se echa de menos la existencia de un escrito que contenga de manera completa, condensada y clara los principales asertos freudianos con relación al complejo de Edipo. Algo que definitivamente convierte el proceso de aprendizaje en una tarea engorrosa y complicada para un sujeto en búsqueda de la formación psicoanalítica.

* En las psicoterapias breves o focalizadas el complejo de Edipo es determinante para el proceso psicodiagnóstico de los pacientes neuróticos, y es un paso indispensable para plantear los objetivos terapéuticos.

El segundo gran referente teórico corresponde al discurso de Melanie Klein, y una vez más las razones no son fortuitas. La pregunta por el complejo de Edipo kleiniano queda bien justificada al recordar que fue ella, precisamente, una de las primeras psicoanalistas dedicadas por completo al estudio e intervención clínica con niños; logrando así comprender de manera muy directa el vasto mundo de las fantasías y los conflictos infantiles.

Es cierto que nuestro conocimiento del complejo edípico existe gracias a los estudios y aportes de Freud, sin embargo, hay que advertir que el trabajo clínico de éste nunca estuvo focalizado o especializado en el tratamiento infantil. No es un secreto, ni siquiera para el propio Freud, que su método psicoanalítico presentaba ciertas particularidades que al final restringían su campo de intervención; así pues, era menester que los sujetos susceptibles de ser analizados presentaran cierto nivel evolutivo en el lenguaje, por ser un método centrado en la palabra, y un monto mínimo de introspección. De ahí que el psicoanálisis mostrara una eficacia reducida en los niños y en sujetos mentalmente discapacitados.

Por el contrario, Melanie Klein dedica su carrera al trabajo con los niños y a encontrar las formas no verbales como en ellos se expresa el inconsciente. Resulta pues, especialmente interesante estudiar la teorización edípica de una de las psicoanalistas infantiles más reconocidas; muchos conocen el complejo de Edipo por medio de los relatos verbales de sujetos adultos, empero el trabajo kleiniano puede garantizarnos una mayor fidelidad en sus apreciaciones, debido a su profundo y directo conocimiento de la fantasía y los conflictos propios de la etapa edípica.

Así queda justificada la importancia de un análisis crítico interpretativo del complejo edípico; su relevancia se hace expedita al descomponer la investigación

en cada uno de sus elementos, es decir, el objeto de estudio (complejo de Edipo), los referentes teóricos (Sigmund Freud – Melanie Klein) y el modelo metodológico (que permite consolidar los conocimientos y poner a prueba los recursos del investigador).

4. METODOLOGÍA

El procedimiento metodológico que delimitará el desarrollo de esta investigación corresponde a un *análisis crítico interpretativo* o *análisis sistémico de contenidos*. El análisis como método investigativo se basa en la descomposición de un objeto de estudio en sus elementos constitutivos y puede abordarlo de una forma descriptiva, exploratoria y comprensiva.

El fenómeno de investigación o unidad de análisis que se acoge mediante el presente estudio es *el complejo de Edipo* en las teorías de Sigmund Freud y Melanie Klein, tratándose de una investigación esencialmente teórica que pretende seguir la huella de tal unidad de análisis a través de ambos discursos.

Al tratar de entender un fenómeno u objeto de investigación a partir de sus elementos constitutivos, el análisis crítico interpretativo propone varios momentos lógicos en la construcción del conocimiento.

MOMENTO DE VER: es en esencia, el primer contacto del investigador con el objeto de estudio. Se fundamenta en la recolección o descripción de la información susceptible de ser analizada.

Durante este primer momento se hará una revisión bibliográfica de las obras de Sigmund Freud y Melanie Klein, recopilando los escritos que más aportan al entendimiento del complejo de Edipo, al tiempo que se expondrá la manera cómo evoluciona el concepto en los diferentes momentos de la teorización.

MOMENTO DE COMPRENDER: se trata de organizar, sistematizar e integrar la información obtenida de manera lógica y coherente. Es un nivel de conocimiento más profundo, pues implica una construcción de sentido y la delimitación de un sistema de contenidos para la comprensión del fenómeno.

Este paso corresponde a una reorganización de la información obtenida de las fuentes primarias. Se expondrán y presentará de manera lógica la teorización respecto al complejo edípico realizada por Sigmund Freud y Melanie Klein; la cuestión fundamental será extraer el sentido de ambos discursos interrogando las teorías desde sus propias palabras y argumentos, todo ello con el fin de discernir la lógica interna y el papel en la estructuración subjetiva que cada uno asigna al complejo de Edipo.

Como resultado, aparecerán los sistemas de contenidos, es decir, todos aquellos conceptos asociados que permiten validar, justificar o definir el complejo de Edipo, igualmente dichos sistemas de contenidos serán tomados como categorías de análisis para la elaboración de una interpretación comparativa entre ambas teorías.

MOMENTO DE INTERPRETAR: corresponde al trabajo hermenéutico del investigador, reflexiona y propone conclusiones sobre el fenómeno, confirmando o rechazando las hipótesis de investigación. Deja como resultado una nueva teorización o conocimiento acerca del fenómeno.

Este paso hace referencia al análisis y reflexión entorno a los sistemas de contenidos. En rigor implica realizar una doble hermenéutica, pues se trata de interpretar lo interpretado, o sea, construir una interpretación diferente de los fenómenos psíquicos ya interpretados por Freud y Melanie Klein.

Es aquí donde tiene lugar la construcción de un conocimiento nuevo y donde el investigador se incluye como sujeto para revelar sus conclusiones acerca del fenómeno. Se retomarán las categorías emergentes de análisis para determinar la relación que existe entre las teorías freudiana y kleiniana, es una interpretación comparativa que permitirá saber si ambas conceptualizaciones del complejo edípico son iguales disímiles o complementarias.

4.1 MÉTODOS DE TRABAJO

Una vez clarificados los momentos lógicos de la investigación, a saber, la observación, la comprensión y la interpretación, llega la hora de puntualizar los pasos concretos que han de ejecutarse para llevar a buen término un estudio de este tipo. Al tratarse de una investigación puramente teórica y de análisis de discursos, es viable asumir los pasos metodológicos como un proceso de lectura. Lectura que presenta diversos niveles de complejidad y profundidad.

4.1.1 Lectura intratextual: Se considera como el primer momento de una lectura analítica y abarca los momentos de ver y comprender. Su intención básica es auscultar el texto en busca de lo que realmente dice, tratando de suprimir, en tanto sea posible, toda influencia extratextual; Su importancia radica, esencialmente, en que avala al lector para tomar una posición ética frente al texto. Es improcedente, desde todo punto de vista, lanzar críticas o mostrar adhesión ante argumentos que resultan ajenos, situación que ha de tramitarse mediante la lectura intratextual, pues como resultado de ella se espera un conocimiento mayor y más organizado del texto, avalando así cualquier tentativa crítica hacia él.

Lacan, citado por Juan Fernando Pérez en su texto *Elementos para una teoría de la lectura*¹, propone unos tiempos lógicos propios de toda indagación, los cuales coinciden con los objetivos de la lectura intratextual. 1) *El tiempo para ver*; corresponde a la información inicial que surge con la primera apreciación del objeto a indagar, aquí surgirían, de manera muy global, nuestras primeras hipótesis acerca del discurso presentado por los textos, las cuales han de ser confirmadas o descartadas más adelante. 2) *El tiempo para comprender*; corresponde a un momento de interrogación y cuestionamiento del texto, donde se ponen a prueba las hipótesis ya formuladas, se pasa de un conocimiento general a un conocimiento más detallado y riguroso. 3) *El tiempo de concluir*; se relaciona con la obtención de un saber, más o menos certero, luego del momento de discusión con el texto.

Mediante la lectura intratextual se pretende abarcar todo el proceso de recopilación y comprensión de los conceptos freudianos y kleinianos acerca del complejo edípico. Lo que implica utilizar las siguientes herramientas de trabajo:

- *Lectura de las fuentes primarias de información.* A través de las obras de Freud y Klein seleccionar los textos más importantes para el abordaje del complejo de Edipo y hacer una lectura cronológica del concepto, todo ello con el fin de rastrear su evolución dentro de cada propuesta teórica.
- *Síntesis y resumen de las tesis principales extraídas de cada una de las lecturas.* Para esto habrán de realizarse fichas de reseña bibliográfica donde se consigne información pertinente para un análisis posterior, verbigracia, *autor, nombre y tipo de texto, editorial, año, resumen y palabras claves*, entre otros.

¹ PÉREZ, Juan Fernando. *Elementos para una teoría de la lectura (lectura e interpretación)*. Spi.

- *Presentación y exposición del sistema de contenidos.* Presentar mediante un escrito la argumentación de la lógica edípica en las teorías de Freud y Klein. Esclareciendo además los sistemas de contenidos que servirán como unidades de análisis comparativo.

4.1.2 Lectura extratextual: La lectura extratextual puede asumirse como un segundo momento de la lectura analítica, en el cual se da continuidad a la relación dialéctica establecida con los textos o autores, pero dando lugar a la crítica, la interpretación y la reflexión. Se denomina lectura extratextual debido a que se permite hacer referencias externas para asumir el proceso de lectura; referencias entre las que puede contarse, por ejemplo, el marco conceptual e idiosincrásico de quien lee, el momento histórico, los preceptos culturales, teorías y discursos diferentes, entre otros.

El interés fundamental que se acoge en este punto de la investigación sería analizar la relación existente entre las teorías de Freud y Klein a la luz del complejo de Edipo. Consiste en retomar ambos sistemas de contenidos y hacer una lectura de ellos basándose en referencias extratextuales, es decir, interpretar los postulados kleinianos en base a la teorización freudiana y viceversa.

Luego de seguir la huella de los discursos, de encontrar su lógica interna y de hacer emerger un sistema de contenidos, será momento de utilizar unidades de análisis para realizar un cruce de información que permita establecer conclusiones respecto a la relación existente entre ambas teorías.

Para una mayor claridad respecto a la lógica y los procedimientos metodológicos se ofrece el siguiente esquema conceptual:

**ANÁLISIS CRÍTICO INTERPRETATIVO / ANÁLISIS SISTÉMICO DE
CONTENIDOS**

Investigación de tipo cualitativo que aborda su objeto de estudio en una forma exploratoria, descriptiva, comprensiva e interpretativa

LECTURA INTRATEXTUAL		LECTURA EXTRATEXTUAL
Auscultar el discurso buscando lo que realmente dice. Permite tomar una posición crítica		Profundiza en la relación dialéctica con el discurso utilizando distintas clases de referencias extratextuales
MOMENTO DE VER	MOMENTO DE COMPRENDER	MOMENTO DE INTERPRETAR
Primer acercamiento con el objeto, recolección de información	Construcción de sentido y delimitación del sistema de contenidos	Reflexión e interpretación del investigador. Se ponen a prueba las hipótesis y se extrae un nuevo conocimiento
Lectura, fuentes Primarias. Síntesis, resúmenes	Presentación de sistema de contenidos, Delimitación unidades de análisis	Utilización del sistema de contenidos para establecer la relación entre los discursos

5. SIGMUND FREUD

5.1 RECUENTO BIBLIOGRÁFICO

La realización de una lectura intratextual, tratando de rastrear las aseveraciones freudianas acerca del complejo de Edipo, nos muestra, de manera preliminar, ciertas particularidades que es necesario tener en cuenta para afrontar el proceso de lectura de una manera más clara.

La primera de tales particularidades se relaciona con la naturaleza misma de la teoría psicoanalítica, pues sus cualidades críticas y reflexivas hacia sí misma hacen que sus postulados tengan una gran dinámica, cambiando y actualizándose con el paso del tiempo; siendo plausible encontrar grandes diferencias entorno a un mismo concepto a través de los diferentes momentos de su teorización.

Por otro lado, encontramos las particularidades propias de nuestra unidad de análisis, el complejo de Edipo; destacándose la forma en que Freud lo aborda a lo largo de su desarrollo teórico. La obra psicoanalítica freudiana está plagada de textos donde es factible encontrar referencias acerca del complejo de Edipo aun cuando sus títulos o tópicos principales, en primera instancia, no lo sugieran; en realidad el complejo de Edipo ocupa un lugar tan trascendental en el modelo de desarrollo freudiano que, en múltiples ocasiones, resulta imposible prescindir de él para dar cabida a diferentes clases de procesos psíquicos.

Así ocurre, por ejemplo, en el texto psicología de las masas y análisis del yo², el cual refiere principalmente a temas como la naturaleza de las masas, el comportamiento del sujeto en ellas, el líder y la sugestión, pero también deriva en consideraciones de sumo valor para el esclarecimiento de los procesos edípicos; es así como en el mismo texto, y como parte de las aseveraciones referidas a la identificación, se alude a la existencia de una suerte de complejo de Edipo dual, donde coexisten dos objetos catectizados libidinalmente y dos objetos modelo de identificación, madre y padre respectivamente.

Lo anterior pretende mostrar cómo la importancia que representa el complejo de Edipo para el desarrollo psíquico le permite tener una participación en la obra psicoanalítica bastante amplia y dispersa, aspecto que influye con notoriedad en los empeños de leer y entenderlo intratextualmente. En congruencia con estas mismas singularidades, es evidente que la obra freudiana carece de textos que abarquen por sí solos la mayoría de aspectos comprendidos en el proceso edípico; en su lugar se encuentra una multiplicidad de escritos referidos al complejo de Edipo, los cuales exponen de manera aislada algunos asuntos claves para su comprensión; por tanto una lectura cabal ha de ser posible únicamente revisando cada uno de ellos, tratando de encontrar su relación, sus hilos discursivos y la complementariedad recíproca que permita el advenimiento de un nuevo sentido, imposible de lograr analizándolos de forma independiente.

Tenemos entonces tres asuntos claves, intrínsecos a la obra freudiana que influyen en el trabajo intratextual propuesto, a saber, la evolución propia del psicoanálisis, la multiplicidad de textos alusivos parcialmente al complejo de Edipo, por último, y en concordancia con lo anterior, la falta de un texto que

² FREUD, Sigmund. Psicología de las masas y análisis del yo. En: _____. Obras completas. Buenos Aires : Amorrortu, 1921. V.18

comprenda, aunque sea de manera general, todas las dimensiones abarcadas en la comprensión freudiana del complejo de Edipo.

Por tales motivos, resulta de vital importancia rastrear, con la mayor precisión posible tales textos e identificar sus tópicos edípicos de mayor relevancia. Consideramos el orden cronológico una buena herramienta para seleccionar la información, esta es la lista de los escritos freudianos que habremos de estudiar:

- (1896), Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa
- (1905), Tres ensayos de teoría sexual
- (1906), Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis
- (1914), Introducción del narcisismo
- (1923), El yo y el ello
- (1923), La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad)
- (1924), El sepultamiento del complejo de Edipo
- (1925), Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos
- (1931), Sobre la sexualidad femenina

1896, NUEVAS PUNTUALIZACIONES SOBRE LAS NEUROPSICOSIS DE DEFENSA

Existen antecedentes básicos acerca del complejo de Edipo en este escrito, los cuales surgen de las aseveraciones freudianas entorno a las neurosis de defensa. Es consabido que la teoría psicoanalítica se hace fecunda, esencialmente, a través de los avances en la práctica clínica con pacientes neuróticos, dando lugar

así a la comprensión de grandes procesos psíquicos, entre los cuales aparece, lógicamente, el complejo de Edipo.

Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa es un texto, por entero, referido al entendimiento de los estados histéricos y obsesivos, donde Freud trata de esclarecer principalmente sus mecanismos etiológicos, desvelando así, algunos de los principios básicos de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo.

Concretamente, el aporte al esclarecimiento del complejo de Edipo, que surge de la pesquisa etiológica entorno a las neurosis de defensa, se refiere a ciertas características especiales que toma la sexualidad humana durante los periodos de la infancia temprana; de esta manera, Freud advierte que la relación del sujeto con sus progenitores se ve imbuida por ciertas vivencias de tipo incestuoso.

Un número vasto de los pacientes analizados por Freud relatan, al estar bajo la aplicación del método clínico, alguna clase de acercamiento sexual perpetrada por un adulto hacia ellos durante el periodo de la infancia, reconociéndose, mayoritariamente, a uno de los padres como el responsable, o en ausencia de éstos a figuras cuidadoras como las nodrizas.

Tal vivencia, las más de las veces de carácter incestuoso, parece relacionarse con el trauma psíquico responsable por la aparición de los mecanismos neuróticos en la vida adulta (esencialmente la represión). Aunque el recuerdo de esta experiencia no parece concordar, por entero, con la realidad de los hechos, pues Freud encuentra bastante dudoso que tales abusos dirigidos hacia los infantes pudieran gozar de tanta generalidad; plantea en consecuencia, que en el origen de tales experiencias sexuales traumáticas se encuentra el mecanismo de la fantasía, es decir, que existen de manera ilusoria y pueden tener una relevancia anímica

para el sujeto, tal como si hubiesen ocurrido realmente. Así las cosas, es viable reconocer que Freud desvirtúa la posibilidad de un hecho real tras los recuerdos relatados por sus pacientes, no obstante, adjudica a tales fantasías una gran relevancia e insidia en la organización psíquica; principalmente nos muestran el inicio de uno de los conflictos más marcados durante el periodo edípico, a saber, la posibilidad de incurrir en una relación incestuosa; algo que opera para sujetos de ambos sexos.

En conclusión, se reconoce en este texto y en las aseveraciones antedichas, un aporte de la más alta relevancia para la teoría freudiana, pues se empieza a concretar un conocimiento claro acerca de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo.

1905, TRES ENSAYOS DE TEORÍA SEXUAL

La lectura preliminar de este texto, ubicado en un momento joven de la historia psicoanalítica, nos muestra cómo Freud continúa en la búsqueda de los factores etiológicos responsables por las manifestaciones psíquicas de la vida adulta. El elemento novedoso consiste, entonces, en no referirse exclusivamente al campo de las neurosis de defensa, sino también tratar de elucidar el papel de la sexualidad en las perversiones. La realidad respecto a este escrito freudiano, nos muestra una teorización más bien escasa respecto al complejo de Edipo.

En general, es posible encontrar numerosas elucubraciones referidas a la organización pulsional en distintos momentos de la vida psíquica del sujeto, clarificándose así la naturaleza del acaecer sexual en etapas, tales como, oral, anal y genital. Lo anterior, sería aplicado al desarrollo psíquico esperado para la mayoría de los sujetos, es en sí aproximarse al planteamiento de un modelo de

organización psíquica; no obstante Freud es prolijo al analizar rutas alternativas que tales componentes sexuales pueden tomar, dando lugar a las llamadas perversiones. Es así como se exponen amplias aseeraciones respecto a desviaciones e inversiones en algunos de los componentes de la actividad sexual infantil y de la pulsión, verbigracia, el objeto, la meta o la fuente anatómica que la sustenta.

Dicho esto, cabe afirmar que las alusiones directas a los procesos edípicos son en realidad pocas, si se tiene en cuenta la extensión e importancia del texto para la formulación de un modelo posible de desarrollo psíquico. Sin embargo, es viable encontrar en medio de los tópicos ya citados afirmaciones relacionadas con el complejo de Edipo, ya sea por que se expliquen procesos que le anteceden y formen parte de su prehistoria, o por que acaezcan como derivados de él.

Inicialmente, es válido reconocer una relevancia en este texto para el entendimiento del complejo de Edipo, debido al simple hecho de dar legitimidad al origen temprano de la actividad sexual en la vida psíquica de todo sujeto. Parece bastante impropio tratar de entender los impulsos incestuosos hacia alguna de las figuras parentales sin un previo reconocimiento del componente sexual inmanente al psiquismo humano. Entonces, los impulsos incestuosos y la eclosión del placer genital que caracterizan la trama edípica son entendidos, en esencia, como una manifestación particular de una función sexual ya existente, respecto a la cual Freud nos alecciona bastante en este escrito.

Freud describe aquí la naturaleza de la sexualidad preedípica y de la sexualidad edípica, dejando claro que en esta última se emplazan las bases de la sexualidad adulta. Claro está que se muestra mucho más generoso para con el estudio de los estados preedípicos del desarrollo, pues dedica bastantes líneas al esclarecimiento de los objetos, metas y fuentes erógenas de las etapas oral y

anal; no obstante clarifica, aunque no de manera muy extensa, la necesidad en todo sujeto de abandonar la parcialidad pulsional y el autoerotismo, para dar cabida a una sexualidad aprontada al servicio de la reproducción y bajo el primado de los genitales como principal fuente erógena; asimismo, hace parte del esquema básico de la sexualidad madura el reconocimiento de un objeto externo de amor y satisfacción, contrario al autoerotismo más primitivo. Logros que se inician con el ingreso del sujeto en el conflicto edípico.

De otro lado, encontramos muestras importantes de una teorización acerca de las diferencias sexuales y psíquicas entre hombre y mujer, un asunto que incide de manera decisiva en el desarrollo y evolución del complejo de Edipo. La premisa fundamental que dirige los asertos freudianos a este respecto se refiere al carácter bisexual que evidencian, tanto el niño como la niña, durante la primera época infantil, y que sólo habrá de resolverse cuando cada uno despliegue, de modo dominante, las particularidades de su sexo, lo que se supone ocurre en el periodo de la pubertad.

Tal carácter bisexual es tratado de manera superficial por Freud, habrá de detallar más a este respecto en textos ulteriores. Es claro al reconocer que en los momentos primigenios de la infancia no son perceptibles diferencias importantes en la sexualidad del varón y la niña, en ambos parece existir, más bien, una correspondencia en cuanto al objeto, las manifestaciones sexuales y autoeróticas; además una fluctuación entre metas sexuales activas y pasivas.

Freud denomina también este periodo de marcada prevalencia bisexual como una fase masculina, donde las cualidades erógenas de ambos (niño-niña) se centran en un órgano externo y de características fálicas. Tales condiciones afectan principalmente el desarrollo de la mujer, pues según esto, la pequeña niña está bastante cerca de ser un niño dispuesto bisexualmente, ya que su zona

erógena rectora, el clítoris, se homologa anatómica y funcionalmente al glande del varón; e igualmente ocurre con las prácticas autoeróticas y masturbatorias que éste auspicia. Las propiedades netamente femeninas de su sexualidad habrán de evidenciarse en momentos posteriores de la estructuración psíquica.

Dos asuntos importantes hacen que este escrito tenga un lugar destacado para comprender los fundamentos psicoanalíticos y los antecedentes del complejo edípico. El primero de ellos se relaciona con la consolidación de la sexualidad infantil como agente etiológico primordial para las neurosis de angustia y la neurastenia, hecho mediante el cual se abandonan las explicaciones basadas en preceptos neurofisiológicos y neuroquímicos. En segundo lugar, se encuentra el esclarecimiento que brinda acerca de la prehistoria edípica, acerca de aquellas particularidades psíquicas que nos permiten comprender la manera cómo el sujeto llega hasta el complejo de Edipo; Además, nos muestra los elementos psíquicos que deberán rastrearse durante transformación de lo preedípico a lo edípico, por ejemplo, el objeto de amor, la fuente erógena, y la diferencia entre los sexos

1906, MIS TESIS SOBRE EL PAPEL DE LA SEXUALIDAD EN LA ETIOLOGÍA DE LAS NEUROSIS

Como parte de los estudios preliminares realizados por Freud, este texto enfatiza en la búsqueda de los elementos etiológicos presentes en las neurosis de defensa, especialmente en la relación posible entre las vivencias sexuales infantiles y los fenómenos psíquicos de la vida adulta. En esencia, el texto se muestra como un apoyo a las tesis anteriores de Freud respecto a las neurosis de defensa y a la sexualidad infantil; por el hecho de ser un texto posterior nos muestra una mayor claridad y ciertas rectificaciones respecto a lo planteado en ideas pretéritas.

Es así como Freud, mantiene su posición respecto al origen de los síntomas histéricos; la utilización con sus pacientes del método catártico, introducido por Breuer, le permite reafirmarse en sus conclusiones respecto a la etiología sexual de la histeria. Los comportamientos típicos que expresan tales pacientes, por ejemplo, las conversiones, son manifestaciones específicas de la función sexual, marcadas desde la época misma de la infancia.

En trabajos anteriores, Freud consideró las vivencias sexuales infantiles, responsables por la aparición de las neurosis de defensa, como una suerte de traumas psíquicos perpetrados abusivamente por una figura adulta, y cuyo monto afectivo podría anudarse a un recuerdo o vivencia actual para expresarse nuevamente en el acaecer psíquico del sujeto. Ahora Freud corrige una parte de estas consideraciones, replanteando específicamente su carácter traumático. Así pues, afirma que la fantasía de seducción por parte de un adulto no es más que un intento del sujeto por dar cabida o defenderse del impacto psíquico generado por los recuerdos de sus propias prácticas sexuales espontáneas, es decir, los actos masturbatorios. Por tal motivo, el planteamiento inicial de traumas sexuales, donde el sujeto se muestra como una víctima de las pretensiones indecorosas de un adulto, es reformulado y se pasa más bien a hablar de un infantilismo de la sexualidad, donde son las tendencias sexuales intrínsecas al sujeto, ya sean provocadas o espontáneas, las responsables por la forma en que se exprese la sexualidad adulta.

Con esto, queda clarificada la naturaleza intrínseca de las fantasías de seducción infantil, es el propio sujeto quien despliega los intereses sexuales hacia sus figuras cuidadoras, particularmente alguno de los padres, o relaciona sus prácticas masturbatorias con éstas, aunque desfiguraciones defensivas posteriores lo hagan parecer distinto. Un aporte valioso para el esclarecimiento de los impulsos incestuosos propios del complejo de Edipo.

1914, INTRODUCCIÓN DEL NARCISISMO

Como su nombre lo indica, nos encontramos frente a un texto referido, en esencia, al asunto del narcisismo, donde se analiza su origen, evolución e injerencia en el desarrollo sexual, incluyendo también su papel en diversas configuraciones psíquicas, tales como, la neurosis y la esquizofrenia. Básicamente, se trata de apreciar el narcisismo como un asunto clave dentro del desarrollo psíquico de todo sujeto, intentando dilucidar, al mismo tiempo, el punto en el que sus posibles desviaciones habrán de dar lugar a estados psíquicos alterados, como es el caso de la esquizofrenia.

Es un escrito condensado, pues en él es posible hallar referencias a temas complejos diferentes al narcisismo, y que expande los límites conceptuales del psicoanálisis al esbozar las propuestas que Freud habrá de refinar en publicaciones más tardías; así por ejemplo profundiza la relación entre el yo y los objetos externos, la relación entre libido yoica y libido de objeto, e introduce el término de ideal del yo, fundamento de lo que en el texto *El yo y el Ello* pasará a denominarse como superyó³.

En términos generales, existe una similitud entre este escrito y Tres ensayos de teoría sexual, reseñado en líneas anteriores. Ambos aluden a procesos y elementos intrínsecos al desarrollo psíquico, tratando adicionalmente, de esclarecer su papel otros estados psíquicamente alterados. En el caso de *tres ensayos de teoría sexual*, hablamos de un análisis entorno a los estadios pregenitales de la sexualidad tanto en la neurosis como en las perversiones; ahora

³ STRACHEY, James. Introducción del narcisismo: nota introductoria. En: FREUD, Sigmund. Obras completas. Buenos Aires : Amorrortu, 1914. V.14

bien, en introducción del narcisismo nos encontramos con elucidaciones acerca del narcisismo (primario) como proceso de vital importancia dentro del modelo de organización psíquica freudiana, relacionado básicamente con el autoerotismo, también como elemento clave para entender los mecanismos operantes en los estados esquizofrénicos, donde se habla de un narcisismo secundario.

Tal como queda expuesto, el asunto del narcisismo parece relacionarse principalmente con el objeto de la pulsión; así las cosas, hablar de narcisismo es hacer referencia a un interés pulsional dirigido exclusivamente hacia el propio Yo (objeto), contrario a lo que ocurre cuando la pulsión está orientada hacia un objeto externo, ajeno al propio Yo. Por esta misma vía, el objeto de la pulsión, encontramos un aporte valioso al esclarecimiento de la diferenciación sexual entre el hombre y la mujer; según los planteamientos freudianos en este texto, es lícito hacer un distingo sexual donde interfiere de manera puntual el asunto del narcisismo. Señala entonces, dos posibles caminos para la elección de objeto, correspondiendo a los objetos más primitivos en el desarrollo, a saber, uno mismo (autoerotismo) y la persona inicialmente responsable por la nutrición y el cuidado.

De este modo, el varón habrá de elegir un objeto basándose en el apuntalamiento anaclítico; es decir, tomando como modelo el objeto satisfactor de las necesidades básicas de supervivencia (madre o sustituto) y promotor de sus primeras experiencias eróticas. De otro lado, existe una mayor tendencia de parte de las mujeres, aunque no ocurra siempre, a conservar una gran parte del narcisismo primario en su elección de objeto adulta, tendiendo más hacia metas sexuales autoeróticas; buscando así su satisfacción en: 1) lo que ella es o lo que ella fue; 2) lo que ella querría ser; y finalmente, 3) Una persona que fue parte de ella misma, en última instancia un hijo.

Tal distingo comporta particularidades en el talante sexual y vincular tanto en el hombre como en la mujer. La elección objetal del hombre, basada en el apuntalamiento anaclítico, implica una sobreestimación de tal objeto y un empobrecimiento de la libido. Yoica, es así cómo se hace proclive al enamoramiento y a mostrar actitudes complacientes para con la persona amada. Caso contrario ocurre con esta clase de mujeres, en quienes existe un predominio del carácter narcisista de la pulsión y encuentran la complacencia sexual en sí mismas; sus intereses parecen, más bien, centrarse en la esperanza de ser amadas por otro, no en amar a otros, vinculándose así con aquel hombre capaz de colmar en alguna medida sus necesidades.

Una explicación adicional para esto podría encontrarse en la naturaleza de sus respectivos órganos sexuales. Es notorio que al pene le corresponde una función penetrativa, viable de entenderse también como completar o llenar algo en el otro; mientras que el órgano genital de la mujer se ve relacionado con fines receptivos, una expectativa por recibir algo de otro. Como quiera que sea, tales ideas son un complemento que no aparece en esta muestra de la obra freudiana, aparecerán más detalles al respecto en textos venideros.

1923, EL YO Y EL ELLO

Es un escrito que aparece en un momento tardío de la obra freudiana, mostrando una gran madurez conceptual y claridad argumentativa. Es válido calificarlo como un texto retrospectivo, en tanto procura recapitular algunos de los postulados psicoanalíticos más insignes con el fin de esclarecerlos, compendiarlos, ampliarlos o revisarlos. Básicamente se hace una revisión de textos anteriores y de asuntos conflictivos ya aparecidos en el psicoanálisis, todo ello con el fin de proponer un nuevo modelo de organización psíquica.

Aquí los intereses de Freud parecen estar aprontados en dar a conocer, en modo directo pero profundo, la manera cómo el psicoanálisis concibe la organización psíquica del sujeto, abordándola desde una perspectiva ontogénica, filogenética, estructural y dinámica. Tales son los motivos por los que termina abordando un variadísimo conjunto de temáticas, por ejemplo, los estratos del aparato psíquico, la pulsión, el narcisismo, la técnica psicoanalítica, la sexualidad, los vínculos primordiales, las identificaciones, el complejo de Edipo, e incluso alteraciones como las neurosis y la melancolía.

Resulta claro que exponer y delimitar cada uno de los estratos que conforman el aparato psíquico puede convertirse en una tarea dispendiosa, más aún si se aborda desde sus dimensiones etiológica y dinámica, razón por la cual el texto presenta diversos giros temáticos que facilitan una comprensión cabal del psicoanálisis freudiano, incluyendo el complejo de Edipo.

De otro lado, puede afirmarse que a pesar de ser un escrito que toca, de un modo bien consolidado, las principales cuestiones del psicoanálisis, exige en el lector una preparación previa y una familiaridad con la obra freudiana. Comenzando con lo que quizás es el punto más determinante en el psicoanálisis, Freud corrige sus consideraciones aparecidas años atrás acerca del inconsciente; los primeros trabajos clínicos con pacientes histéricas habían traído como resultado un esquema de la psique basado en dos partes, una represora y otra reprimida; los problemas con dicho esquema no tardaron en aparecer, pues pronto se advirtió que no todo el inconsciente se compone de contenidos reprimidos y la consciencia no necesariamente se liga con la parte represora. Más adelante, en *La interpretación de los sueños*, se plantea una división más estructural de la psique, donde se reconoce la utilización del inconsciente en sentido descriptivo (como cualidad) y en un sentido dinámico (como función). En *El yo y el ello*, se

observa cómo la oposición consciente-inconsciente no es la más conveniente para extraer un modelo estructural del aparato psíquico, por lo que ahora se presenta un esquema más ambicioso basado en tres entidades: el ello, el yo y el superyó. Esta es una evolución conceptual interesante que puede comprenderse más profundamente sólo si se está familiarizado con publicaciones anteriores como los estudios sobre la histeria (1893-95) y la interpretación de los sueños (1900).

De igual manera ocurre con el tema del yo y el narcisismo, aquí Freud amplía algunas acotaciones pasadas y propone el ello como gran reservorio de la libido. La doctrina básica consiste en entender el narcisismo del yo como un proceso secundario, pues en un principio toda la libido se encuentra almacenada en el ello, al erigirse las catexis de objeto éste despliega parte de la libido y el yo, todavía en proceso de formación, trata luego de imponerse al ello como objeto de amor apoderándose de tales montos libidinales. Lo anterior es un proceso básico para comprender el nuevo esquema de organización psíquica propuesto por Freud, pero se llega a conocer mejor al apreciar la evolución conceptual desde textos como introducción del narcisismo (1914) y más allá del principio del placer (1920).

Pasando a otros asuntos, el aporte al esclarecimiento de la cuestión edípica aparece como parte de las nuevas aserciones entorno a la formación del superyó, uno de los ejes del modelo psíquico freudiano. Antes que nada, debe recordarse que aquí se reafirma y argumenta la premisa básica, tan reiterada en textos anteriores, de que el superyó es el resultado (y por cierto uno de los más significativos) del complejo edípico, incluso se califica al superyó como su heredero. El recorrido bibliográfico por la obra freudiana nos ha dejado muchas enseñanzas acerca del complejo edípico, muchas entorno a los procesos pulsionales, muchas entorno al desarrollo sexual, otras referentes al complejo de castración e incluso a la diferencia entre los sexos; sin embargo, asuntos tan álgidos como los procesos identificatorios y la organización superyoica las mayoría

de la vezes eran mencionados de forma inacabada, por lo que el yo y ello se presenta como el texto definitivo para discernir una de las facetas más difíciles de asir en el estudio del complejo edípico.

Por último, la bisexualidad infantil se resalta como una condición vigente durante el discurrir edípico, inclusive tiene una función importante en su resolución. Producto de la bisexualidad y de las tendencias ambivalentes hacia las figuras parentales, Freud propone la existencia paralela de un Edipo positivo y un Edipo negativo o invertido; esto significa que en un sentido el niño inviste libidinalmente a la madre y se apodera del padre por identificación, y al mismo tiempo guarda intereses eróticos hacia el padre y toma rasgos identificatorios de su madre. De acuerdo con los nuevos planteamientos freudianos, tales disyuntivas habrán de quedar resueltas luego de la disolución del complejo de Edipo, momento en el que se consolidará un único objeto de amor (madre) y las identificaciones se condensarán y modificarán para permitir el advenimiento del superyo, tanto en su faceta de ideal del yo como en su función represora. Una vez más es importante aclarar que el caso de la niña se ve relegado y en su caso particular no se entregan muchos detalles, solamente que opera de forma opuesta al varón.

1923, LA ORGANIZACIÓN GENITAL INFANTIL (UNA INTERPOLACIÓN EN LA TEORÍA DE LA SEXUALIDAD)

Es un texto que resulta realmente corto, sin embargo, ello no le impide generar discernimientos de gran importancia en diversos niveles de la teoría psicoanalítica freudiana, por ejemplo, diferencias concretas entre la organización psíquica del varón y la niña, los alcances y limitantes del psicoanálisis para el abordaje de ciertos fenómenos psíquicos, relacionados con el complejo de Edipo, y algunas

clarificaciones respecto a la relación entre la sexualidad infantil y el acontecer psíquico de la vida adulta.

Este último punto se refiere a una significativa corrección que hace Freud de algunos planteamientos pasados, señalados en su escrito tres ensayos de teoría sexual. Allí se hace alusión a los nuevos logros que la llegada a la pubertad propone en el plano sexual, uno de los más trascendentales es el referido al posicionamiento de los genitales como zona erógena regente y su aprestamiento para servir a los fines reproductivos. Se reconoce así tales procesos como el paso último para el logro de una sexualidad verdaderamente adulta; y sólo posible con la llegada del sujeto a la pubertad, coincidiendo con el despertar pulsional subsecuente al periodo de latencia.

En este texto se amplía el espectro de influencia de los periodos infantiles sobre la vida sexual adulta, adjudicándosele logros mayores en el campo de lo genital. Anteriormente, se reconoció en los periodos infantiles del desarrollo psicosexual la elección de un objeto único de amor, al cual se subrogan los intereses tiernos y sexuales del sujeto adulto, una elección que tenía lugar desde la infancia temprana, tiempo anterior a la llegada del periodo de la latencia. A esto habrá de sumarse, como se había insinuado, el nuevo reconocimiento de una afinidad aún mayor entre la genitalidad adulta y el nivel de desarrollo psicosexual de la infancia; afirmándose entonces que el yugo de los órganos genitales sobre las zonas erógenas no es un asunto que inéditamente hace su aparición en la pubertad, sino más bien, tiene antecedentes bien emplazados en la época de la niñez. Por sí solo a este momento del desarrollo se le reconoce una gran importancia para la vida psíquica adulta, pues determina el objeto al cual el sujeto ha de orientar sus intereses pulsionales; pero además, en este momento Freud afirma la existencia de una suerte de primado genital, descartándola como un

logro restrictivamente propio de la pubertad. Hay antecedentes de una genitalidad en la infancia, aunque dista de ser igual a la genitalidad adulta.

Se da pleno derecho para reconocer en todo infante, niño o niña, un especial interés, cognitivo y sexual, por los órganos genitales, privilegiándolos sobre las restantes zonas erógenas; no obstante, existen particularidades que marcan un claro distingo con la vida sexual adulta. Tanto para la pequeña niña como para el varón, el órgano genital dotado de relevancia e interés psíquico es el masculino, una situación denominada por Freud como un primado fálico, para diferenciarlo del verdadero primado genital de la pubertad.

Con lo anterior llegamos a uno de los puntos álgidos de la teoría psicoanalítica freudiana, se trata del abordaje de las diferencias psíquicas y sexuales entre el varón y la niña. Es considerado un asunto álgido debido a que resalta una de las más llamativas limitantes de la teoría psicoanalítica de la época; se reconoce, por palabras del mismo Sigmund Freud, el desarrollo sexual de la mujer como un tópico del cual sólo ciertos aspectos han sido clarificados. Freud afirma que sus planteamientos respecto a la evolución psíquica de la mujer son en realidad exiguos, pues en ella se observan conflictos y situaciones propias de su desarrollo que no tienen correlato en el varón, siendo bastante más complejas y enmarañadas. Existen una multiplicidad de factores que avalan esta posición en la teoría freudiana, pero la mayoría de ellos habrán de analizarse en textos posteriores, tales como, algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos (1925) y 33ª conferencia: la feminidad (1933). Por tales razones, en lo referente al asunto de la genitalidad y el primado fálico sólo le es posible referirse al varón, pues no cuenta con un conocimiento suficientemente profundo del desarrollo de la niña, por lo menos a la fecha de publicación de este escrito.

“Por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito; carecemos de una intelección de los procesos correspondientes en la pequeña niña”⁴

Entonces la primacía fálica, en el caso del varón, inicia con aquel momento, anterior al conocimiento de la diferencia anatómica de los sexos, en el cual su genital toma una relevancia psíquica nunca antes vista, pues empieza a hacerse más vívido su poder de excitación y las sensaciones placenteras que provoca. Tan importante es el papel del genital para la vida psíquica del niño que es natural para él atribuir la posesión del mismo a las demás personas que le rodean (madre, padre, etc.), e incluso a objetos inanimados de importancia psíquica.

Hasta ahora no existen grandes conflictos en el sujeto relacionados con su órgano genital; no obstante, al expresarse también la pulsión de investigación se verá impulsado por la curiosidad de observar el órgano genital de los demás, quizá para corroborar sus teorías acerca de él o para compararlo con el suyo tratando de encontrar en otros la misma potencia sexual que él posee, una situación que sí promueve la aparición de ciertos conflictos psíquicos del desarrollo.

De manera incoercible, estos intereses investigativos y la convivencia con las mujeres (ya sea su propia madre, hermanas o compañeritas de juego) habrán de permitirle conocer la realidad de los hechos. De una u otra manera el niño tendrá que advertir que su naturaleza genital no es compartida por todos los seres, como fruto de su experiencia surge la percepción de que las mujeres difieren significativamente de él en su condición genital; luego de muchas teorías contempladas para dar cabida a la falta de pene en las mujeres, entre las cuales

⁴ FREUD, Sigmund. La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad., En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1923. V.19. p.146.

se cuentan por ejemplo, la idea de que el genital femenino es efectivamente un pene pero aún en desarrollo y que en algún momento habrá de crecer, surge en el niño una idea trascendental y de inmensa importancia para el entendimiento del complejo de Edipo, *la castración*.

En realidad, este parece ser uno de los primeros textos en los que Freud alude de manera tan clara los móviles a través de los cuales surge en el niño la idea de la castración; aunque aquí no se hacen explícitas las consecuencias o los resultados estructurantes que comporta para el desarrollo psíquico. La castración alude a las ideas que tales encuentros con el genital femenino producen en el sujeto; luego de diversas tentativas por dar cabida a la ausencia de pene en la mujer, llega a la conclusión de que ésta efectivamente solía poseer un pene y por algún motivo le fue removido o arrancado, es decir, fue castrada.

Dos asuntos de gran relevancia para el desarrollo psíquico, y desde luego para el proceso edípico, son derivados de tal idea de castración. El primero de ellos refiere al desprecio por el genital de la mujer, y en general por la mujer misma; surge en el sujeto la idea de que la carencia del genital adecuado, es decir un pene, sólo es atribuible a personas de inferior condición, o culpables de una conducta sexual punible, provocadora de tal ablación; se percibe la mujer como un ser despreciable y de naturaleza inferior. Más adelante, se verá cómo tal misoginia ayuda al sujeto a apartarse, en un sentido, de la madre y recurrir a la figura paterna como un objeto plausible de identificación. Asimismo, esta polarización de la genitalidad, cuyo núcleo es el órgano sexual masculino, habrá de ser superada durante la época de la pubertad, pues sólo entonces se le dará legitimidad al genital femenino, reconociéndole una anatomía y fisiología propia y diferente, teniendo a su vez un papel único en la reproducción al que se anuda el deseo de concebir un hijo y no el poseer un pene.

La otra gran resultante de toda esta situación versa entorno a la posibilidad, en la fantasía del sujeto, de convertirse también en una víctima de la castración, surge entonces un temor narcisista por perder el órgano genital y las excelsas ganancias de placer que éste auspicia. En conclusión, es la puerta de ingreso al *complejo de castración*, uno de los procesos fundamentales para la resolución del complejo de Edipo, pero será menester esperar textos posteriores para conocer en profundidad la forma en que opera, pues aquí sólo se enuncia, en un sentido lato, detalles de su existencia y orígenes.

Para concluir, es lícito expresar acerca de este texto, que sin importar la brevedad de su extensión deja entrever la existencia de procesos sumamente complejos e importantes para el desarrollo psíquico y sexual del sujeto, también para la situación edípica. Hablamos de asuntos tan importantes como *la genitalidad, el complejo de castración y las diferencias psico-sexuales entre el varón y la niña*, mostrando esta última las limitantes teóricas de la propuesta freudiana. Por último, vale aclarar que tales tópicos son desarrollados en este texto de manera preliminar.

1924, EL SEPULTAMIENTO DEL COMPLEJO DE EDIPO

El primer gran comentario encontrado en este escrito versa entorno al reconocimiento de la importancia del complejo de Edipo para el desarrollo psíquico y sexual de cualquier sujeto; se propone entenderlo como un proceso que habrá de ocurrir de manera natural en algún punto de la senda evolutiva que todos habrán de recorrer, tan natural como es, por ejemplo, el cambio de dentición. Tan esperable como es el acaecimiento del complejo de Edipo, lo es su declive o disolución. Según Freud, este complejo se encuentra destinado a un sepultamiento, esencialmente bajo la forma de la represión, debido al carácter

nocivo de las mociones pulsionales que despierta. Precisamente, son los motivos que hacen imposible para el sujeto mantenerse en una situación edípica, y los resultados de aquí sobrevenidos, los tópicos de análisis más importantes del presente escrito.

Cada vez se tiene una idea más fundamentada acerca del complejo de Edipo, reconociéndolo como un periodo esencial dentro de la organización sexual en la primera infancia. Se constituye como un momento predeterminado en el programa evolutivo, sin embargo, es un fenómeno expresado de manera especial y única en cada sujeto, de acuerdo con sus particularidades históricas, psíquicas, sexuales. Las diferencias psíquicas entre los sexos no se hacen expeditas desde el momento mismo del nacimiento pues ambos se comportan de manera masculina en el sentido sexual, se hace necesario que las experiencias de la vida y sus conflictos (pulsionales, vinculares y sexuales) dirijan el sujeto hacia una estructuración psíquica particular, bien sea la masculinidad o la feminidad. Al igual que en el texto comentado de manera precedente, la diferencia entre el varón y la niña será otro de los ejes básicos de análisis, pero ahora referido básicamente al sepultamiento del complejo de Edipo.

Es viable localizar el punto de partida para el entendimiento del mencionado declive edípico en las experiencias genitales, con relación a la cual ya se han presentado ciertas clarificaciones en el texto inmediatamente anterior; resultando entonces que las frustraciones y temores asociados con el comercio sexual de los órganos genitales son responsables, en basta medida, de la incoercible caída edípica. Luego de un simple proceso de lectura, se hace plausible afirmar que el desarrollo genital es algo que sobrepasa la situación edípica, pues existen objetivos estructurales, a nivel de la genitalidad, que no se hacen alcanzables con la culminación del complejo, sino por el contrario es menester esperar hasta la época de la pubertad, donde ocurre el paso de una primacía fálica a una primacía

genital propiamente dicha, se da legitimidad al genital femenino y se le reconoce su función en el proceso reproductivo.

La convergencia entre el desarrollo edípico y el desarrollo genital caracteriza un momento decisivo, en el cual prima el interés desmedido por el órgano genital masculino, involucrando al varón y a la niña por igual. Ya se ha dado a conocer, gracias a los textos revisados, la multiplicidad de formas en las que el niño puede exteriorizar tal interés y la manera cómo tiene su génesis el temor o complejo de castración; y aunque estos grandes sucesos también son tratados aquí, lo cierto es que el énfasis es puesto en los vehículos a través de los cuales se llega al sepultamiento del complejo edípico y los logros psíquicos que sobrevienen, alusiones que complementan bastante bien las propuestas de escritos pasados.

Dicho esto, encontramos que la confrontación del niño con los genitales femeninos constituyen el elemento que finalmente resquebraja su incredulidad en cuanto a la posibilidad de perder el órgano y el placer genital, anteriormente habían existido ciertas tentativas de amenaza apuntaladas en la castración, la madre con mucha frecuencia toma una actitud punitiva frente a las prácticas sexuales de su hijo, invocando así la figura del padre como aquel que habrá de perpetrar el castigo correspondiente, ya sea directamente sobre el órgano o sobre la mano pecaminosa que también participa. De cualquier manera, aunque ya hubiese existido tal amenaza sólo es asumida como tal por el sujeto hasta el momento en que la confrontación con el genital femenino se la muestre como una posibilidad real, asociada a sus prácticas sexuales.

Los actos masturbatorios hacia los cuales los padres o figuras cuidadoras dirigen tales amenazas no son más que la expresión de algo más complejo y determinante para la vida psíquica del sujeto, la masturbación es sencillamente la expresión del erotismo y el amor que despierta un objeto. Lo particular de la

situación edípica es que tales mociones tiernas y eróticas (genitales) se orientan hacia las figuras parentales, es decir, son de carácter incestuoso, a diferencia de las fases evolutivas pretéritas donde se dirigían hacia el propio Yo, o sea eran de carácter autoerótico. Así las cosas, vemos en este texto alusiones a la bisexualidad propia de la infancia, expresada de manera bastante vívida durante el complejo de Edipo; con relación a las mociones incestuosas y a la bisexualidad, encontramos que el sujeto, durante el periodo edípico, se enfrenta a dos posibles objetos de deseo, el carácter ambiguo de la sexualidad infantil hace que el sujeto eventualmente pueda amar al padre y empeñarse en hacerse amar por él, o caso contrario, amar a la madre tratando de obtener también su amor.

Cualquiera que sea la senda elegida por el sujeto, la heterosexualidad (amando a la madre) o bien la homosexualidad (amando al padre), terminará encontrándose con la amenaza latente de la castración, y la ulterior consecuencia del sepultamiento edípico. No hay más alternativa que la declinación de las aspiraciones incestuosas intrínsecas al complejo edípico, si sus inclinaciones son dirigidas a la madre como objeto de amor, será el padre el encargado de perpetrar la ablación genital que tanto teme, un castigo sobrevenido del intento de usurpar su lugar; por otro lado, tratar de amar y hacerse amar del padre implica, al mismo tiempo, ubicarse en lugar de la madre, quien de hecho es asumida con antelación como un ser castrado, es decir, que tal alternativa implicaría para el sujeto asumirse como un ser también ya castrado. Por tales motivos, será menester para el sujeto elegir entre el amor narcisista y el amor de objeto, es decir, decidir entre continuar amando, de forma incestuosa, a alguna de sus figuras parentales o conservarse a sí mismo intacto y completo, evitando la castración; se espera entonces que la elección del sujeto se incline hacia la auto-conservación, prevaleciendo sus intereses narcisistas sobre el amor de objeto.

Tales sucesos son narrados por Freud de la siguiente manera:

[...] Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo⁵⁵.

Precisando mejor la manera cómo llega a su capítulo final la escena del complejo edípico, encontramos una transformación de la representación y el vínculo con los objetos parentales, donde se hacen expeditos algunos de los logros psíquicos resultantes. Es así como las aspiraciones incestuosas deben declinar, a cambio de la conservación intacta de los genitales, dejando entonces tras de sí la corriente tierna de la pulsión, resultando que el elemento erótico del vínculo parental cae bajo el influjo de la represión permitiendo conservar la corriente de amor tierno, es una desexualización que aleja el riesgo existente en los intereses incestuosos y será el modelo de vínculo a conservar durante la vida adulta para con sus figuras parentales.

Adicionalmente, encontramos un aporte grande y preciso de tal desexualización a la organización psíquica, aunque es explicado en este texto de una manera muy parca, faltando enunciar más profundamente los detalles de su acaecer. De acuerdo a los postulados freudianos las investiduras libidinosas hacia los padres son remplazadas por elementos identificatorios que formarán parte del Yo y el superyó. Es así como la autoridad que representan uno o ambos progenitores se introyecta como parte del Yo, constituyendo a la vez el núcleo del superyó, el cual toma su severidad como un rasgo prestado de la figura paterna.

⁵⁵ FREUD, Sigmund. El sepultamiento del complejo de Edipo. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1923. V.19, p.184

De esta manera, se protege al Yo de la afrenta narcisista que sería la pérdida de los genitales y de una eventual reedición de los impulsos incestuosos; logrado esto, se llegaría al epílogo del drama edípico y al comienzo del periodo de latencia, cuando se interrumpe el desarrollo sexual hasta la época de la pubertad.

Ciertamente, nos encontramos frente a un texto cuyos aportes al entendimiento del epílogo edípico son de valor incalculable, sin embargo, también nos deja un amplio panorama de dudas, algunas ya conocidas (como el desarrollo psíquico de la mujer) y otras nuevas, como la manera en que dichas mociones incestuosas se moldean en procesos identificatorios, que pasan a formar parte del Yo y del superyó, y los elementos que para tales identificaciones son tomados específicamente del padre y específicamente de la madre.

Todo lo dicho anteriormente corresponde al proceso típicamente considerado para el varón; aquí al igual que ocurre en el texto anteriormente referenciado, se reconocen puntos de convergencia y disenso entre la senda evolutiva del varón y la niña, determinados en esencia por factores psico-sexuales. Freud se empeña en afirmar nuevamente que el desarrollo edípico de la pequeña niña comprende una trama más compleja y en gran parte desconocida para su psicoanálisis.

Es un hecho que para la niña también existe un complejo de Edipo, y como parte de éste, una organización fálica, un complejo de castración, un superyó y un periodo de latencia, sin embargo, la dinámica de tales procesos psíquicos es bastante disímil en ella, pues el elemento que se encuentra en el núcleo de la disolución del complejo de Edipo, es decir el órgano genital, dista mucho de ser igual al del varón, lo mismo ocurre con su posición psíquica frente a él.

Al parecer el protagonismo de la zona erógena genital es el principal desencadenante de las diferencias evolutivas entre el varón y la niña. Para la niña el órgano equiparable al pene del varón es el clítoris, que se comporta de tal manera durante la primera infancia, provee iguales sensaciones erógenas y se ve implicado protagónicamente en los actos masturbatorios. La relación de la niña con su genital se torna conflictiva luego de la confrontación con el órgano del varón. Gran desilusión y desconcierto nacen en la pequeña niña al advertir la diferencia de tamaño entre su genital y el pene del niño. Primero, su actitud a este respecto es bastante positiva, pues opera la premisa de que algún día ella se hará poseedora de un genital igualmente digno, es lo que se conoce como *complejo de masculinidad*, o como ha de llamarse en otros textos, *envidia fálica*; más adelante surge la idea de que efectivamente alguna vez lo tuvo pero le fue arrebatado, es decir, fue castrada.

La diferencia que cambia el rumbo de la situación edípica en la niña respecto al varón, es el complejo de castración. Vemos que la castración no es percibida por la niña como una amenaza, es en sí un hecho consumado, lo que excluye de su desarrollo el motivo más poderoso para el declive de la trama edípica. En este escrito se pone de manifiesto la dificultad freudiana para colegir las particularidades del desarrollo edípico de la niña, pues es ciertamente poco lo que se argumenta con relación a su recorrido evolutivo luego de la inoperancia del complejo de castración (en la forma reconocida para el varón). Lo que indica una falta de claridad justo en el momento en que la niña empieza a conocer y desplegar su verdadera feminidad, justo en el momento en que deja de ser un varón dispuesto bisexualmente.

A pesar del oscuro panorama planteado por Freud para la niña, alcanzan a vislumbrarse ciertos hechos claros en el desarrollo de la mujer. El primero de ellos se relaciona con el declive del complejo de masculinidad de la pequeña niña, las

esperanzas de poseer algún día un pene como el varón están destinadas al fracaso debido a su imposibilidad; es necesario entonces una transformación de sus aspiraciones sexuales, la resignación por la falta de pene será compensada con el deseo de un hijo, es decir, el deseo de engendrarle un niño a su padre.

De otro lado, Freud reconoce la existencia de mecanismos alternos para la estructuración superyoica, que habrían de tenerse en cuenta para tratar de discernir la manera cómo la niña se las arregla con este asunto, pues es conocido que en ella el temor de castración es inoperante; infortunadamente, las clarificaciones acerca de tales mecanismos no se encuentran en este texto, quedando así inconclusas la manera cómo se lleva a término en el desarrollo femenino un logro edípico de tal magnitud.

1925, ALGUNAS CONSECUENCIAS DE LA DIFERENCIA ANATÓMICA ENTRE LOS SEXOS

De manera preliminar, es decir, como un anticipo a la llegada del núcleo temático del texto encontramos una suerte de compendio relativo a los elementos edípicos más relevantes en sus escritos anteriores, algo que resulta en demasía útil para elaborar una idea concreta acerca de los elementos constitutivos del complejo de Edipo. A modo de compilación, se alude a procesos y situaciones que permiten hacer una delimitación más clara de las fronteras entre el complejo de Edipo y las restantes fases de ordenamiento psíquico.

Se hace plausible, de esta manera, enumerar ciertos elementos distintivos de la situación edípica, todos ellos enunciados de alguna forma en los textos ya estudiados. Como punto de partida, se reconoce un objeto de amor constante en el sujeto, pues precede la entrada en el complejo de Edipo y se mantiene luego de

su disolución; su particularidad a este nivel del desarrollo es la investidura libidinal que ahora recae sobre él, trayendo como resultante que el vínculo con alguna de las figuras parentales se vea interceptado por la búsqueda de descargas placenteras sobre el órgano genital.

Como un segundo elemento, aparece la rivalidad del sujeto con otro de los objetos parentales. El vínculo con el objeto primordial, que ahora combina las vertientes tierna y erótica de la pulsión, pretende una suerte de exclusividad que torna, al mismo tiempo, agresiva la representación de aquellos otros objetos que intervienen en él; un ejemplo de lo anterior se encuentra en la relación con el padre, quien como resultado de compartir, en cualquier medida, el objeto de deseo de su hijo (madre) promueve en éste último el surgimiento de fantasías cuyo contenido es la eliminación y sustitución del rival (padre), a quien además se le presume un mayor poderío genital.

El tercer elemento que aparece, el complejo de castración, puede definirse como un derivado de los dos anteriores. Como ya se ha señalado en textos anteriores, éste resulta del temor por la pérdida de los genitales y el placer que de ellos se obtiene; el epílogo del complejo de Edipo tiene su fundamento precisamente aquí, donde la amenaza exhorta al sujeto a tomar una penosa decisión, pues debe renunciar a sus aspiraciones pulsionales para conservarse a sí mismo indemne, completo y evadiendo el destino de la castración.

Nuevamente, aparece el tema del complejo de Edipo femenino, un asunto de larga data dentro de las disertaciones freudianas. Freud muestra una convicción férrea entorno a dichos elementos edípicos y su injerencia en la organización psíquica del varón; no obstante, el panorama respecto a la niña es bastante incierto. Resulta contradictorio que, pese al extenso trabajo clínico con pacientes histéricas, sea precisamente el complejo de Edipo femenino una de las más

grandes escollos del psicoanálisis freudiano, motivo por el cual nos encontramos frente a un escrito que dedica extensas líneas al esclarecimiento de los asuntos más intrincados y difícil de la evolución edípica en la mujer.

Antes que nada, es importante advertir que tratar de extrapolar las premisas evolutivas del complejo edípico del varón a la niña resulta ser una idea destinada a fracasar, una conclusión a la que nos permite llegar Freud a través de este escrito. Hemos partido, en procura de clarificar los elementos constitutivos del complejo de Edipo, recordando la existencia de un objeto investido por la libido genital, cuya procedencia se sitúa en fases precedentes del desarrollo, haciendo parte de su prehistoria; tal objeto se encuentra en el discurrir edípico de la pequeña niña, pero no se corresponde con el objeto primordial al cual sus impulsos libidinales solían ceñirse en el momento preedípico. Lo anterior es una consecuencia de la mudanza objetal que forzosamente la niña ha realizado, siendo éste el primer gran conflicto descrito como típicamente femenino y sin un correlato en el proceso del varón.

Como se ha consignado en escritos freudianos anteriores, la madre constituye para todo sujeto el objeto primordial de deseo y por tanto resulta lógico para el varón conservarlo durante su transición edípica, pues es plenamente congruente con sus aspiraciones preedípicas y le facilitará el acoplamiento a su rol cultural de género, correspondiéndole amar a una mujer. A la luz de las afirmaciones anteriores, vemos que la realidad femenina es bastante disímil, surgiendo la pregunta por los motivos y circunstancias bajo las cuales la pequeña niña resigna su objeto materno primordial, erigiendo en su lugar al padre.

La confrontación con el genital del sexo opuesto es considerada por Freud como un agente generador de conflicto y promotor del desarrollo psíquico; en el caso del varón, se evidencia en la manera cómo se da trámite al epílogo del

complejo edípico, pues la apreciación del genital femenino convierte la castración en una posibilidad real, más cercana que nunca. Contrariamente, en el caso de la niña se observa un significado bastante dispar de la misma situación, advertir la diferencia genital del varón delimita, más bien, lo que puede ser el inicio de una sexualidad verdaderamente femenina, pues la inconformidad con su clítoris la exhorta a mudar su órgano protagónicamente erógeno por uno nuevo, la vagina.

Anhelar y envidiar el genital del varón trae para la pequeña niña una multiplicidad de resultantes psíquicas que trascienden los empeños fallidos por igualarle sexualmente (complejo de masculinidad). Básicamente, el texto nos remite a la cicatriz psíquica que subsigue a la herida narcisista de saberse a sí misma castrada. La posición del niño y la niña frente al genital amputado es durante cierto tiempo similar, ya que es visto por ambos como algo despreciable y de inferior condición, desde luego cada uno de ellos habrá de lidiar con tal situación de una forma particular, pues mientras que al varón le sirve para reafirmarse en su condición de privilegio sobre la mujer, esta última queda sólo con una gran afrenta derivada de la herida narcisista por su carencia de pene. Existe un momento vital, que da fundamento al desprecio por lo femenino, se trata del instante en que pasa de atribuir la condición castrada a un castigo, por cualquier suerte de acción sexual indecorosa, a reconocerla como una condición universal de la mujer; De manera subsiguiente, el vínculo materno se ve seriamente trastocado, pues es en efecto la madre a quien se responsabiliza por la supuesta desgracia del ser femenino.

El proceso de castración, tanto en el niño como en la niña, se ha diseccionado con fines intelectivos en dos dimensiones esenciales, a saber, el objeto y el órgano. Se ha dado a conocer una descripción independiente de ellas, no obstante, la realidad psíquica y la dinámica edípica ponen en un primer plano la intrincada relación e influencia recíproca que les es propia. El texto presenta la

incógnita del cambio de objeto necesario para que la niña llegue a un complejo de Edipo verdaderamente femenino, uno de los procesos críticos a esta altura de su desarrollo; y una respuesta aproximada a tal interrogante es descubierta al rastrear su acaecer genital, situación que se convierte en un ejemplo de la mencionada relación entre la dimensión objetal y la dimensión genital.

Existen avances en la transición objetal de la niña motivados por sucesos referidos al acontecer genital, así se evidencia en el hecho que el desasimiento de la ligazón madre y el ulterior afloramiento de un vínculo tierno hacia ella sean resultados atribuidos, en gran medida, a la envidia de pene en la mujer. Es notable cómo la niña, imaginariamente, encuentra en su madre a la única responsable por el infausto destino de su inferioridad genital; De acuerdo con Freud, el descubrimiento de la desventaja genital promueve el afloramiento, entre otras cosas, de los sentimientos de rivalidad y celos hacia un tercero (triangulación), a quien supone la madre ama más, situación que a su vez genera una motivación mayor a alejarse de ella en el sentido erótico, pero conservando la vertiente de amor tierno. Realmente, son escasas las explicaciones freudianas referidas a tal asunto, sin embargo, la introducción al tema de la transformación del vínculo con la madre, nos da lugar para recordar la naturaleza del conflicto que comporta.

A lo largo de este recorrido investigativo por la obra psicoanalítica freudiana nos hemos percatado de la apertura de numerosas interrogantes respecto al proceso de Edipo en la mujer, los cuales nos remiten, casi por entero, a procesos sin correlato en la organización psíquica del varón, procesos correspondientes, preponderantemente, a la diferencia anatómica entre los sexos; por fortuna ahora nos encontramos frente a un texto que pretende responder, en tanto es posible, a las cuestiones femeninas más relevantes, iluminando a la vez para nosotros el difuso panorama del complejo edípico en la mujer.

En adición, es viable apelar a una de las premisas freudianas orientadas al esclarecimiento de las particularidades sexuales del hombre y la mujer en el discurrir edípico; *“mientras el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último”*⁶.

Ha quedado claro en escritos anteriores la manera cómo el complejo de castración promueve, en el caso del varón, la resolución de la trama edípica. Y de manera complementaria, aquí las apreciaciones freudianas se orientan a mostrar el papel inverso que cumple la castración en el recorrido edípico de la mujer, siendo esto una de las diferencias más significativas entre los sexos. La castración en la mujer aparece como un acto ya consumado y perteneciente, más bien, a la prehistoria edípica, pues la exhorta al abandono de su posición y aspiraciones masculinas para dar paso al verdadero despliegue de su sexualidad femenina.

Por tal motivo el complejo de Edipo positivo en la niña, amando al padre y rivalizando con la madre, se presenta como una formación secundaria a su complejo de masculinidad; gracias al influjo de la castración el carácter masculino presente en la sexualidad preedípica de la niña se verá inhibido y, en consecuencia, se abandonará las aspiraciones de metas activas y el placer clitorideo.

Por último, en referencia a este texto cabe distinguir sus empeños por mostrarnos las condiciones básicas que han de cumplirse para considerar el complejo edípico femenino, se requiere pues de una metamorfosis sexual, cuyos elementos claves son el objeto, la zona erógena y el deseo. Resulta un escrito de

⁶ FREUD, Sigmund. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1925, V.19, p. 275.

suma importancia debido a la manera cómo nos esclarece el papel del complejo de castración femenina en el cambio de objeto, en la ruptura de la ligazón-madre y en la transformación del vínculo con ella. Infortunadamente, las restantes dimensiones de la transformación sexual femenina, es decir, el órgano y el deseo, siguen conformando una región confusa en el mapa edípico de la mujer.

1931, SOBRE LA SEXUALIDAD FEMENINA

Es preciso, previo a cualquier puntualización referente al contenido mismo de este escrito hacer mención a su lugar dentro de la obra freudiana. Aquí al igual que en el texto anterior, *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos*, encontramos empeños cada vez más elaborados por esclarecer las particularidades edípicas de la niña. Hemos sido testigos del interés cada vez mayor de Freud por conocer el desarrollo sexual de la mujer durante el complejo de Edipo, de hecho es posible percibir un cambio significativo en las tendencias temáticas de sus escritos más recientes, cabe recordar como en los primeros textos retomados para nuestro estudio encontramos propuesta referidas, en esencia, al complejo edípico del varón, a su prehistoria e influencia en el desarrollo psíquico general, mientras que el panorama de la niña era parcamente aludido. En escritos posteriores, donde protagónicamente se analizaba el caso del varón, el complejo edípico de la mujer fue ganando un lugar cada vez de mayor importancia, aunque para entonces Freud le hiciese mención con el fin de declarar las limitaciones de su teoría para abordarlo, pues desde momentos muy tempranos ha sido enfático en considerarlo como un proceso significativamente más conflictivo e intrincado, en contraste con el varón. Cuanto más se amplía la lista de texto revisados más claramente notamos la manera cómo se impregnan de un contenido femenino; al toparnos con textos como *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* comienza a hacerse evidente la naturaleza

de esta evolución, pues nos presenta una posición bastante equilibrada entre el interés por el desarrollo edípico del varón y el de la niña. Ahora bien, el paso siguiente en tal evolución ocurre en medio de nuevos escritos dedicados por completo al desarrollo edípico de la mujer, en ellos Freud pretende esclarecer las particularidades del ser femenino y dar respuesta a los interrogantes que ella abre en su modelo teórico.

El escrito del cual estamos haciendo lectura se muestra plenamente congruente con las anteriores consideraciones, puesto que toma como unidad básica de análisis el complejo edípico de la mujer, igualmente su ordenamiento temático es bastante similar a los textos que dentro de la teoría freudiana le anteceden; es así como se amplía y profundiza en tópicos ya conocidos, tales como, la entrada y salida del complejo de Edipo, la bisexualidad, el cambio de objeto y de órgano, la ambivalencia y el superyó.

Teniendo como referente principal los patrones vinculares del sujeto femenino, se resaltan dos momentos básicos para entender su transición edípica. El momento inicial se conoce como *complejo de Edipo negativo*, al cual le sigue un segundo tiempo denominado *complejo de Edipo positivo*, ambos delimitados por la frontera de la castración.

En los escritos precedentes, se han encontrado referencias a ciertos logros indispensables para hablar de un verdadero complejo de Edipo femenino, los cuales abarcaban diferentes dimensiones psíquicas, el objeto, el deseo y el órgano sexual. En el momento de este escrito, las nuevas aserciones freudianas organizan la información de manera tal que se permite hablar de un proceso base de transición entre un complejo de Edipo negativo inicial y un complejo de Edipo positivo; la propuesta freudiana respecto a la evolución edípica femenina se

muestra entonces mucho más refinada, pues presenta una claridad conceptual semejante a la que antes se ha visto para el varón.

Para Freud, es innegable la existencia de un entramado edípico dentro de la organización psíquica de la niña, el cual se espera comporte un núcleo conflictivo y consecuencias similares a las del varón. Con base en esto, tal entramado será correspondiente con una erotización (catexis) del objeto parental del sexo opuesto mediatizada por el placer genital, y la existencia, de forma concomitante, de una rivalidad con el objeto parental del mismo sexo; son pues elementos inmanentes al complejo de Edipo identificables en sujetos de ambos sexos, a pesar de que existan diferencias en la manera cómo son vividos por el niño y la niña.

El complejo negativo de la niña es sólo una manera más refinada de nombrar los procesos de la prehistoria edípica, puesto que comprende y articula una diversidad de conceptos referidos, en esencia, a los momentos preedípicos de la organización sexual, entre los que encuentran la sexualidad clitoridea, la ligazón-madre y el complejo de masculinidad. La caracterización de la niña durante este Edipo negativo nos muestra una disposición psíquica muy similar a la del varón, la cual se expresa en el plano sexual donde existe una preferencia por la metas sexuales activas y predominio del clítoris como zona de privilegio erógeno; asimismo, en el plano de los vínculos predomina el amor hacia el objeto madre, sustentado en el apuntalamiento anaclítico, coexistiendo junto a una rivalidad hacia el objeto padre, pues es percibido como un obstáculo en la relación con la madre.

Lo anterior no constituye, realmente, una novedad patente de este escrito, más bien es algo de lo que ya hemos tenido noticia desde la juventud de la teoría freudiana, a este nivel lo más valioso resulta ser el marcado interés por el proceso transicional hacia el Edipo positivo, un interés originado en la necesidad de

esclarecer de una buena vez el devenir edípico del sujeto femenino. Por tal motivo los principales apartados que aquí encontramos se refrieren, tal como el escrito anterior, al señalamiento de cuestiones como el cambio de objeto (de la madre al padre) y el cambio de órgano (del clítoris a la vagina). Contrariamente al texto *algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos*, aquí los asuntos conflictivos del proceso transicional del Edipo femenino no constituyen la unidad básica de análisis, pues el principal interés parece estar puesto en mostrar sus factores etiológicos; por lo que se observa una buena relación de complementariedad entre los dos escritos.

Corresponde ahora particularizar los motivos promotores de tales cambios en la mujer. Existen agentes motivadores de la transición que operan específicamente sobre la dimensión objetal y otros que operan en el plano erógeno (órgano); el caso de la castración es bastante especial, pues extiende su influjo sobre ambas dimensiones psíquicas y se convierte en el principal motor que empuja hacia el conflicto edípico, propiamente dicho.

En principio, habrá de referirse a los motivos que auspician la ruptura de la ligazón-madre y el surgimiento del padre como objeto de amor; a este respecto Freud señala, con particular claridad, el reproche de la niña hacia su madre por haberla hecho un ser incompleto, o sea con un genital inferior al del varón, como una de las principales fuerzas que mueven a la ruptura, desde luego tales reproches son subsecuentes a la confrontación de la niña con los genitales del sexo opuesto y su eventual complejo de masculinidad.

Con la entrada de la niña en el complejo de castración reaparecen situaciones mucho más primitivas que tornan el vínculo con la madre en algo aún más hostil y lleno de reproches. Entre ellas se encuentra, por ejemplo, la frustración por el destete o la sensación de no haber sido suficientemente nutrida, los reproches

hacia la madre por forzarla a compartir su amor con un tercero, y por la coerción de los actos masturbatorios, un placer en principio incitado por ella pero luego sancionado.

En lo relativo a la mudanza de órgano, Freud se muestra menos enfático; aquí hemos de conformarnos con saber que ésta ocurre como un derivado del complejo de castración. La relación entre el cambio de órgano y el complejo de castración es un tópico tratado por Freud en escritos anteriores, lo cierto es que aquí no encontramos muchos comentarios nuevos o complementarios; no obstante, tropezamos con algunas descripciones entorno a la manera cómo la transición objetal influye en la mudanza del órgano sexual; ya se nos ha despejado el panorama respecto a la ruptura de la primitiva ligazón-madre y el drama que le es propio, pues parte de una multiplicidad de frustraciones, influye en el cambio de órgano debido al daño que tales sucesos producen en la función sexual de la niña; la forma atropellada como tiene lugar el extrañamiento respecto de la madre termina por atrofiar sus aspiraciones sexuales, que para entonces son de carácter masculino, así se evoluciona hacia la búsqueda de los recursos propiamente femeninos, entre los que sobresale la supresión de la masturbación clitoridea y su ulterior paso al placer vaginal.

Un asunto de larga data dentro de la propuesta teórica freudiana, y que aquí sobresale de manera particularmente vívida es el complejo de castración; importantes clarificaciones hemos conocido entorno a su origen e insidia dentro del desarrollo del varón y de la niña, lo que ahora se complementa con nuevos planteamientos entorno al esclarecimiento de las vías posibles para la resolución de los conflictos psíquicos que genera. Si hablamos del varón, se nos hace expedita la homosexualidad como un derivado alternativo del complejo de castración, relacionada con el menosprecio por el genital femenino, y en general

hacia la mujer, situación que se comprende como una inhibición de la catexis en el sentido heterosexual.

Ahora bien, al hablar de la pequeña niña Freud nos presenta una gama más amplia de posibilidades, existiendo tres vías diversas para la resolución del conflicto psíquico del complejo de castración. La primera de ellas comporta, como es denominado por Freud, un extrañamiento universal respecto de la sexualidad; resulta pues que el trauma de la confrontación con el genital masculino es tal, que la niña renuncia a su propio placer fálico y a la sexualidad. La segunda de estas alternativas se relaciona con la sujeción a la posición masculina pregenital, la pequeña niña retiene la esperanza de ser recompensada algún día con un órgano igual al del varón, a lo que se une el sentimiento de ser un sujeto masculino. La tercera y última posibilidad alude al verdadero despliegue de la feminidad, es decir, una elección de objeto heterosexual (padre) y unas metas sexuales congruentes con la anatomía de sus genitales (concebir un hijo), es en sí lo que Freud considera como la verdadera resolución del complejo edípico.

5.2. ANÁLISIS DEL DISCURSO, SIGMUND FREUD

Una vez realizada la lectura cronológica del complejo edípico en la obra freudiana, mostrando sus orígenes y evolución, se hace menester el paso a un nivel de entendimiento mayor, a través del cual sea posible la asunción de una postura crítica frente a este discurso. Es así cómo se llega a un segundo momento de lectura, más analítico por cierto, donde se articulan y agrupan conceptualmente los elementos edípicos que revelan los anteriores asertos. Metodológicamente, adviene un segundo tiempo en la lectura intratextual de este autor, el momento de comprender.

Aquellos estados que Freud consideraba como neuróticos ocupan un lugar de suma trascendencia para el desarrollo histórico del psicoanálisis Freudiano. Así pues, la neurosis merece llevar el estandarte de la condición impulsadora de los primeros avances psicoanalíticos, ya que fue ésta el terreno de estudio más fértil y posibilitadora de discernimientos que, más adelante, habrían de extrapolarse a otras clases de configuraciones psíquicas.

La afinidad que desde un principio existió entre las neurosis y el psicoanálisis se expresa en las siguientes palabras de Freud:

*“El psicoanálisis gana cada vez más partidarios como procedimiento terapéutico porque consigue en favor de los enfermos más que cualquier otro método de tratamiento. Su campo de aplicación son las neurosis leves -histeria, fobias y estados obsesivos-; además, deformaciones del carácter, inhibiciones y anormalidades sexuales, donde obtiene considerables mejorías y hasta curaciones. Su influjo sobre la demencia praecox y la paranoia es dudoso”. [...]*⁷

Así las cosas, el rastreo histórico y analítico realizado por Freud a través del lenguaje de sus pacientes neuróticos, le permite llegar hasta un momento de la infancia temprana de particular valor para la estructuración psíquica del sujeto. Es un complejo particularizado por el enrutamiento de las pulsiones en la vía del incesto y el parricidio, es decir, un deseo de poseer sexualmente al padre del sexo opuesto y ser nombrado de manera preferente por éste, sumado a un deseo de derrotar y desplazar al padre del mismo sexo por considerarlo como un rival que obstaculiza la satisfacción pulsional. De igual modo, encontramos, con referencia

⁷ FREUD, Sigmund. Psicoanálisis. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1926, V.20, p. 252

a tal complejo y a la relación con estas dos figuras, procesos tan vitales como la identificación, integración, separación, diferenciación y mecanismos defensivos (especialmente de represión).

Estos procesos que ocurren en la infancia temprana, corresponden al complejo de Edipo, término empleado por Freud para denominar un momento en la organización psíquica de todo sujeto donde acaecen procesos de una trascendencia tal, que determinarán las directrices de la organización psíquica durante la vida adulta. Freud decide otorgar su nombre a este complejo debido a las similitudes que encuentra, en su naturaleza, con la tragedia griega de Sófocles Edipo rey. En un solo párrafo escrito por Freud se sintetizan los principales sucesos de tal tragedia de la siguiente manera:

“Me refiero a la saga de Edipo rey y al drama de Sófocles que lleva ese título. Edipo, hijo de Layo (rey de Tebas) y de Yocasta, es abandonado siendo niño de pecho porque un oráculo había anunciado a su padre que ese hijo, todavía no nacido, sería su asesino. Es salvado y criado como hijo de reyes en una corte extranjera, hasta que, dudoso de su origen, recurre también al oráculo y recibe el consejo de evitar su patria porque le está destinado ser el asesino de su padre y el esposo de su madre. Entonces se aleja de la que cree su patria y por el camino se topa con el rey Layo, a quien da muerte en una disputa repentina. Después llega a Tebas, donde resuelve el enigma propuesto por la Esfinge que le ataja el camino. Agradecidos, los tebanos lo eligen rey y lo premian con la mano de Yocasta. Durante muchos años reina en paz y dignamente, y engendra en su madre, no sabiendo quién es ella, dos varones y dos mujeres, hasta que estalla una peste que motiva una nueva consulta al oráculo de parte de los tebanos. Aquí comienza

la tragedia de Sófocles. Los mensajeros traen la respuesta de que la peste cesará cuando el asesino de Layo sea expulsado del país”⁸.

Sería inadecuado tratar de realizar un calco puro de las vivencias estructurantes de la infancia temprana a la tragedia de Edipo rey. Empero, existe puntos convergentes que permiten colegir las razones de tal analogía. La dimensión tópica podría ser ubicada en la existencia de sus tres personajes principales: hijo, madre y padre, mientras que el elemento dinámico correspondería a la posibilidad existente, dentro de la fantasía del sujeto, de incurrir en el parricidio al tiempo que otro de los padres se consolida como objeto de satisfacción sexual (incesto). Existiendo así, una agresivización de los afectos hacia una de las figuras parentales y una sexualización de los afectos hacia la otra.

En adición, la vivencia psíquica del sujeto implica para él, tramitar los avatares de la angustia y el deseo, los cuales se encuentran en el propio núcleo del complejo de Edipo, determinando su paso por él y la posterior asunción de sujeto en falta, inscrito en la Ley, definida como: “la norma fundamental, la prohibición del incesto que se instaura como articulador esencial de los intercambios societarios y en la Ley fundamental del Edipo”⁹. Así, Freud plantea que como resultado de este entramado de pulsiones, afectos y ansiedades, tienen lugar tres eventos de gran

⁸ FREUD, Sigmund. La interpretación de los sueños. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1900. V.4, p. 270.

⁹ GIRALDO, María Cristina. La madre ante la Ley, En: Notas de Seminario sobre Edipo, El complejo de castración como Ley. Medellín : s.n., 1997. p. 2.

valor para la estructuración psíquica del sujeto: el complejo de castración, la elección de objeto sexual y la organización del Superyó*.

Tempranamente, en el desarrollo histórico del psicoanálisis fue reconocida por Freud una relación estrecha entre el complejo de Edipo, y la sexualidad infantil, con algunas alteraciones de la vida adulta, especialmente con las psiconeurosis, ya que los cuadros sintomatológicos observados en sus intervenciones clínicas lo remiten a agentes genésicos de la primera infancia que comprometen sucesos de intercambio sexual entre el sujeto y otro¹⁰. Así el autor, estudia las neurosis resaltando la histeria y la obsesión como sus principales exponentes.

Al realizar su trabajo clínico con mujeres histéricas, Freud encuentra relatos concomitantes que revelan la existencia de un padre con lascivos deseos e intenciones en sus recuerdos infantiles.

[...] “Dicho de otro modo, la causa última es siempre la seducción de un niño por parte de un adulto. (Cf. «La etiología de la histeria» (1896c). Además, el suceso traumático eficiente tiene lugar siempre antes del período de la pubertad, por más que el estallido de la neurosis se produzca luego de ésta”¹¹

El relato expresado por las pacientes de Freud durante sus sesiones de análisis siempre trasegaba, aunque muchas pudieran ser sus inflexiones, hasta la presencia de una figura paterna que entrañaba intención de acercamiento sexual

* Cada uno de ellos será ampliado más adelante.

¹⁰ FREUD, Sigmund. La sexualidad en la etiología de las neurosis, En: _____. Obras completas. Buenos Aires : Amorrortu, 1898. V.3

¹¹ STRACHEY, James. Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa: nota introductoria. En: FREUD, Sigmund. Obras completas. Buenos Aires : Amorrortu, 1896, p. 160.

hacia éstas. La sospechosa reiteración de tal historia dentro de sus pacientes aboca a Freud a un cuestionamiento de su verosimilitud, así advierte que más allá de la existencia de un padre con pretensiones sexualmente indecorosas para con sus hijas, se encuentra un deseo inconsciente de ellas, son fantasías inconscientes de poseer sexualmente al padre que se reprimen y desfiguran para evitar la censura Yoica.

[...] “era poco creíble que acciones perversas realizadas en perjuicio de niños gozaran de tanta generalidad, en especial teniendo en cuenta que en todos esos casos debía verse en el padre el causante de tales acciones¹²”.

Lo anterior derivaría en uno de los grandes hallazgos para el psicoanálisis, el haber dilucidado la existencia de fantasías inconscientes en los sucesos anímicos de todo sujeto constituyó la puerta de entrada para el descubrimiento de la sexualidad infantil y del complejo de Edipo; ejes centrales de la estructuración y desarrollo psíquico del ser humano.

5.2.1 Trama edípica: Aunque los antecedentes psicoanalíticos más remotos acerca del complejo de Edipo se encuentren emplazados en estudios referidos a la mujer (por su relación con la histeria), la evolución de los postulados Freudianos matizará su estudio con otras tonalidades, pues como se verá más adelante, el análisis más prolijo dentro de este enfoque corresponderá al complejo de Edipo en el varón.

En primera instancia, se hace menester identificar a los personajes que se encuentran dentro de este complejo. Encontramos entonces un triángulo conformado por: el hijo, la madre y el padre, cada uno con un lugar y unas

¹² Ibíd.

funciones específicas. El primero de éstos es el gran protagonista de la trama, pues prácticamente todos los hechos que aquí ocurren se encuentran en su fantasía inconsciente, es decir, que no se trata de un acaecer objetivo y plenamente observable, sino más bien, de una serie de representaciones al interior de la organización psíquica del sujeto.

Si bien hablar acerca del complejo de Edipo vuelve una necesidad mencionar a sus tres personajes, lo cierto es que hay un desarrollo preedípico donde se muestra la manera en que cada uno de ellos hace su aparición en la trama. Así se develan antecedentes importantes para comprender la naturaleza de los conflictos edípicos.

La obra psicoanalítica freudiana nos otorga una comprensión de la evolución psicosexual desde los primeros momentos de vida del sujeto. Para entonces, el infante humano aparece como un ser absolutamente indefenso y dependiente de otro para subsistir; a diferencia de otra clase de animales, el humano no nace con capacidad alguna para encontrar su propio alimento ni suministrarse las condiciones básicas que le aseguren una subsistencia, por el contrario, es completamente indispensable que un otro lo acoja y satisfaga sus necesidades básicas de supervivencia, tales como, alimento y abrigo. Entre su parco repertorio de estrategias adaptativas, el infante humano cuenta únicamente con reflejos o respuestas motrices innatas que sumadas a las necesidades por satisfacer, lo harán proclive a la vinculación con otro sujeto humano. Tal punto es explicado por Freud así:

[...] “El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo,

*del entendimiento {Verständigung; o «comunicación}, y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales”.*¹³

Debido a la inmadurez psíquica del infante humano en un momento tan arcaico de su evolución, no sería viable hablar de una situación edípica propia, constituida por el hijo, la madre y el padre; antes de esto, existiría una relación dual conformada sólo por dos de ellos. De manera precedente a cualquier clase de relación interpersonal del sujeto con otro, se encuentra el vínculo primordial con la madre, apuntalado inicialmente en la satisfacción de necesidades fisiológicas. Es un interés plenamente orgánico aquel que lleva al niño a relacionarse con su madre, aunque más adelante ésta inundará el plano psíquico y emocional del sujeto tomando una relevancia desmedida, hasta el punto de llegar a sentirse, en ciertos momentos, fusionado con ella.

Como bien sabemos, en la teoría Freudiana el elemento primario ha estudiar en procura de un seguimiento de la organización psico-sexual, corresponde a la pulsión. Y es precisamente en términos pulsionales que se describe tal relación primaria con la madre.

Una erotización de la zona oral y del objeto (madre) encargado de diezmar la tensión corpórea sobreviene a la satisfacción de las necesidades alimenticias, así se constituye el primer vínculo establecido por el sujeto con otro. Según Freud, la pulsión sexual se apuntala en el mecanismo fisiológico de la alimentación; es así cómo el niño pretende, en un primer momento a través de la alimentación, asegurarse su supervivencia y disminuir la tensión displacentera del hambre, sin embargo, la continua experiencia de gratificación se disocia de la necesidad de

¹³ FREUD, Sigmund. Proyecto de psicología. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, (1950 [1895]), V.1, p.362.

alimentación, llevando al sujeto a buscar el pecho materno principalmente para procurarse una obtención de placer.

[...] “El quehacer sexual se apuntala {anlehnen} primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella.”¹⁴

El primer vínculo del sujeto es vivido bajo una fantasía de omnipotencia y total satisfacción; la afinidad del sujeto con su objeto de deseo es tal, que siente no necesitar absolutamente nada más, pues dicho objeto cumple a cabalidad con todas sus exigencias y expectativas, le calma el hambre, le protege del ambiente y lo contiene en sus estados de ansiedad y estrés. Respecto a este objeto de deseo, el sujeto entra en una fantasía donde la seguridad, la contención y el sostenimiento son vividos como un estado de homeostasis semejante al experimentado dentro del vientre materno, es decir, un estado donde todas las necesidades, orgánicas y psíquicas, están cubiertas.

Así pues, la existencia del niño gira exclusivamente entorno a su objeto de deseo y éste constituye su mundo, es decir, que las únicas representaciones que tiene el niño hasta ahora acerca de su entorno son las que dicho objeto le enseña. Por ejemplo, si el objeto materno le transmite al niño una sensación de seguridad y estabilidad, el no podrá menos que vincularse sanamente en una relación mediatizada por las mismas características, caso contrario a lo que ocurriría si tal objeto materno estuviera ausente o no fuera suficientemente estable.

¹⁴ FREUD, Sigmund. Tres ensayos de teoría sexual. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1905, V.7, p. 165.

Se reconoce, precisamente, la función materna a través de cualidades semejantes, es decir, en el hecho de dar un lugar al niño en el mundo por medio de la forma en que se relaciona con él, y adicionalmente, darle a conocer su propio cuerpo por medio de los cuidados y las sensaciones que le propicia al tocarlo, proporcionándole así un acervo de representaciones psíquicas (donde se incluye la percepción de sí mismo) con las cuales ha de enfrentar el entorno.

Es lícito reconocer una influencia recíproca entre la relación primaria y el desarrollo pulsional. Las necesidades pulsionales, nacidas de las necesidades orgánicas, mueven al sujeto hacia la búsqueda de un objeto procurador de satisfacción (madre). Al mismo tiempo, el vínculo materno primordial promueve cambios a nivel pulsional y sexual, la madre, por medio del contacto físico, signa el cuerpo del niño con estímulos a partir de los cuales se originan las zonas erógenas, entendidas por Freud como regiones privilegiadas para la obtención de gratificaciones sexual.

Tal es el caso de la pulsión y la zona erógena oral. Las repetidas experiencias placenteras que tiene el sujeto al alimentarse del pecho materno hacen ganar a la boca un lugar psíquico relevante, pues se constituye como un órgano que permite dar calma a las necesidades de tipo orgánico y psíquico. Se erige entonces la boca como la primera zona erógena del cuerpo, un primer paso promovido por la relación con el objeto materno hacia el descubrimiento del potencial erótico existente en el propio cuerpo.

[...]“Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno (o de sus subrogados), no pudo menos que familiarizarlo con ese placer. Diríamos que los labios del niño se comportaron como «una zona erógena, y la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera.

*Al comienzo, claro está, la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse" [...]*¹⁵

El posicionamiento de esta primera zona de privilegio sexual es sólo el inicio de un proceso más complejo llamado autoerotismo, donde el propio cuerpo ha de convertirse en el máximo auspiciante del placer sexual. Con el avance del desarrollo psicosexual del sujeto la naturaleza autoerótica irá cambiando, ampliándose su territorio erógeno a otras zonas del cuerpo, tales como, la región anal y la región genital.

En síntesis, encontramos dos condiciones psíquicas importantes en estos momentos del desarrollo previo al complejo de Edipo. La primera de ellas se refiere al plano vincular del sujeto, donde sostiene una relación de exclusividad y fusión con su objeto materno; y por otro lado, encontramos en el plano pulsional una sexualidad polimorfa y autoerótica, es decir, dispersa en distintas regiones del cuerpo (boca, ano, genital) y orientada hacia la autogratificación, lo que implica encontrar en sí mismo la mayor fuente de placer sexual, dándole a al propio cuerpo un trato eróticamente similar al que correspondería para un objeto sexual externo.

Con el arribo al complejo de Edipo el panorama respecto a estos tópicos se torna bastante diferente. En el plano sexual y pulsional, se describe el paso del autoerotismo y la multiplicidad de zonas erógenas a la genitalidad, es decir, que toda la energía pulsional, anteriormente dispersa en varias partes del cuerpo, se focaliza ahora en una zona erógena prevalente (genital), dando lugar a un nuevo y más intenso tipo de placer sexual. En el plano vincular, empieza el reconocimiento

¹⁵ *Ibíd.*, p. 164.

de un tercer personaje, el padre; una figura activa que interviene en la relación primordial madre-hijo.

El sujeto y la madre deberán empezar a reconocer un tercero, con el cual se deberá compartir las prebendas que otrora se proporcionaban mutuamente. El niño percibe una figura adicional que irrumpe en su relación con la madre, a quien ella debe erogar parte de la atención, el afecto y los cuidados que anteriormente sólo eran para él. Por tal motivo, el infante despliega hacia esta nueva figura una relación agresiva mediada por sentimientos de ira, humillación, impotencia, frustración y envidia, entre otros.

La erotización de la madre es tan intensa y completa para el sujeto, tanto hombre como mujer, que cualquiera que se oponga entre ellos dos es representado como una gran amenaza y como un rival. Empieza así para el sujeto una disputa con el padre por la consecución de un lugar de privilegio frente a la madre, donde se busca tanto poseerla para la satisfacción sexual, como ser nombrado por ésta de una manera preferencial y ser premiado con un amor exclusivo.

Hablar del padre es aludir al responsable de poner límites al deseo de la madre y del hijo. Según Freud, existe una tendencia natural e inagotable del sujeto hacia la obtención de satisfacción sexual, es decir, de recibir todo aquello que genere alguna suerte de placer; es entonces mucho más vívida esta disposición en el infante del periodo preedípico, pues existe un objeto que le patrocina una gratificación inmediata, sin anteponer ninguna clase de condición.

[...] “existe un propósito fundamental en el mecanismo del aparato psicológico humano. Este propósito es la búsqueda de la emoción placentera y la huida del

*dolor. De ahí, según Freud, el organismo está regulado automáticamente por un principio de placer” [...]*¹⁶

Este afán, intrínseco a la condición humana, resulta ser en demasía pernicioso, ya que de no ser proscrito llevaría a la aniquilación del objeto en pro de la satisfacción del sujeto. Aparece así, la ingente necesidad de que un tercero, o sea el padre, limite mediante su norma de las tendencias sexuales del niño hacia su objeto materno, del mismo modo que restringe el placer narcisista, procurado a la madre por medio de un hijo, quien se ha hecho fecundo en su propio cuerpo y se muestra menesteroso de ella para continuar subsistiendo.

El complejo de Edipo se constituye como un sistema de relaciones con una influencia recíproca entre cada uno de sus suscritos, pero es válido en este punto hacer hincapié en el gran valor de la función materna. Aparte de ser la primera figura llamada a socorrer al niño en su condición de indefensión y encargada de proveerle un sostenimiento básico de sus necesidades orgánicas, es la principal mediadora en el establecimiento y sostenimiento de la relación del padre con el niño. Éste último se encuentra a merced de su madre, no sólo en la dimensión física sino también en cuanto a lo psíquico. Igualmente, en dependencia del deseo materno se encuentra la vinculación o no vinculación con el padre y las características bajo las cuales ésta podría efectuarse, de tal suerte que las primeras experiencias estructurantes en la fase preedípica quedan direccionadas por las características psíquicas, en su mayoría inconscientes, de la madre al filtrarse en la relación con su hijo.

Dando por sentada la inclusión del hijo por parte de la madre en una relación donde se promocionen los desarrollos preedípicos ya aludidos, ella deberá,

¹⁶ MULAHY, Patrick. Edipo: mito y complejo. S.I. : Librería “el Ateneo”, 1953.

igualmente, permitir al padre el ingreso en la relación con el hijo. El padre tendrá la posibilidad de un acceso en el vínculo de satisfacción recíproca entre hijo-madre únicamente con la permisión de esta última. De la misma forma en que se supedita al deseo materno el establecimiento del vínculo psicosexual más primigenio en el niño, se supedita también la posibilidad del padre para ingresar como actor en el complejo de Edipo y los alcances de las funciones que le son propias. El padre se encontrará anulado o mancillado en su papel como coartador si la madre no lo acepta como tal o se lo presenta así a su hijo, si ella no reconoce su función asumiendo su autoridad y los límites a la satisfacción narcisista el niño tampoco lo hará, pues como ya se ha mencionado él sólo conoce el mundo que su madre le permite ver.

Es claro para Freud que el complejo de Edipo presenta una dinámica diferente dependiendo del sexo del sujeto, es decir, que tanto el varón como la niña deberán enfrentarse a conflictos y retos psíquicos específicos; Aunque al mismo tiempo es enfático al sugerir que las vivencias edípicas iniciales son vividas de la misma manera por sujetos de ambos sexos. Ello significa que la posición preedípica de total dependencia y el sentimiento oceánico (de fusión), característico de la relación del sujeto con su primer objeto sexual, se encuentra presente tanto en el varón como en la niña; a este respecto siempre encontramos que la madre se erige, en primera instancia, como objeto exclusivo de deseo y de un amor dependiente, pues el sujeto (niño o niña) se satisface con la madre, tanto en sus necesidades básicas como en el placer sexual.

Las convergencias entre el varón y la niña a lo largo del desarrollo psicosexual se hacen expeditas en tal relación de complacencia narcisística establecida con su objeto materno primordial, aunque igualmente la perfecta homeostasis de tal relación se verá socavada por la aparición del padre, una tercera figura sobre la cual recae la responsabilidad de la separación de los dos primeros actores.

Hace su aparición el padre, constituyéndose para ambos casos en un rival que se interpone en la relación madre-hijo, frustrando la gratificación que cada uno de ellos obtiene de la simbiosis. La evolución pretérita a este momento, coincide en el niño y la niña, por ejemplo, en el estado de inmadurez inicial, en la erogenización del propio cuerpo resultante del contacto con la madre, en la sexualidad polimorfa propia de la existencia de múltiples zonas de privilegio erótico, y en la rivalidad con un tercero que se antepone y limita la relación de exclusividad con la madre. A partir de aquí, donde el reconocimiento de un triángulo relacional nos demarca la entrada al complejo de Edipo, las vías por las que ha de trasegar el desarrollo sexual y pulsional en el niño y en la niña serán divergentes entre sí.

La descripción freudiana de tal situación se expresa en los siguientes términos:

[...] “la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo. De hecho, en el curso de esa fase el padre no es para la niña mucho más que un rival fastidioso, aunque la hostilidad hacia él nunca alcanza la altura característica para el varoncito. Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino”.¹⁷

5.1.2 Sexuación : Pasemos ahora a apreciar el proceso edípico descrito por Freud para el caso del varón. La primera gran sentencia que con relación a él encontramos se refiere a una mayor facilidad en el proceso, comparándolo con el caso de la niña, tal como se muestra en la permanencia del mismo objeto sexual

¹⁷ FREUD, Sigmund. Sobre la sexualidad femenina. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1931, V.21, p. 228.

femenino, y en la existencia de un único órgano genital que sustente la sexualidad, no sólo durante el complejo de Edipo sino también durante la vida sexual adulta.

Ya se ha mencionado el hecho de que la entrada en la situación edípica acarrea un cambio en la distribución erógena del cuerpo, puesto que las zonas parciales privilegiadas para la obtención de placer deben ser subrogadas para dar cabida al primado genital; tanto en el caso del niño como de la niña, tal paso debe ser efectuado, con el inconveniente para esta última, de verse forzada a realizar también un cambio de objeto sexual, es decir de hacer un desvío pulsional hacia la figura del padre, mientras que el niño siempre conserva su objeto. Según Freud, esta es una razón para considerar el complejo de Edipo en el varón menos traumático y enmarañado que el de la niña

[...] “El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre? Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina. Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer. No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí.”¹⁸

Es necesario recordar que la elección primordial de un objeto sexual tiene su génesis en el apuntalamiento sobre las funciones de autoconservación, es decir, que el objeto satisfactor de necesidades básicas (madre o sustituto) es convertido en la fuente de gratificación pulsional y en el referente para las elecciones de

¹⁸ *Ibíd.*, p. 227

objeto a lo largo de toda la vida. El advenimiento de la genitalidad implica una metamorfosis en la forma de encontrar la gratificación pulsional y en la zona erógena que la sustenta, sin embargo, para el niño el objeto signado con la responsabilidad de gratificarle sexualmente será siempre el mismo de la fase previa al complejo de Edipo y a la genitalidad, lo cambiará por uno nuevo, pero con iguales características (femenino), únicamente cuando el complejo de castración así lo imponga.

*[...] “Para el varón, la madre deviene el primer objeto de amor a consecuencia del influjo del suministro de alimento y del cuidado del cuerpo, y lo seguirá siendo hasta que la sustituya un objeto de su misma esencia o derivado de ella” [...]*¹⁹

Retomando el plano sexual de la organización edípica, encontramos que, tanto para el niño como para la niña, durante la fase pregenital del desarrollo, existe un placer sexual erogado entre las diferentes regiones erógenas del cuerpo, es una sexualidad bien distribuida y, como versan las palabras de Freud, polimorfa. Esto implica una diversidad de maneras plausibles en la consecución de una gratificación pulsional, verbigracia, lo oral, relacionado con la incorporación, y lo anal, referido al placer de controlar. Con la llegada de la genitalidad, toda la fuerza pulsional confluye en una zona exclusiva, encargada a partir ahora de reunir de una sola vez toda la cuantía de placer posible otrora disuelta en varias regiones del cuerpo; el hecho de que haya una nueva forma y una nueva zona para la satisfacción no implica una aniquilación plena de las anteriores, pues durante el resto de la vida existirán lastres de la sexualidad pregenital, seguirán expresándose aunque con menos relevancia y declinadas ante el primado de los genitales.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 230.

Por tanto, una sobrevaloración y una atención excesiva recaen en el órgano de tan excelso e inédito potencial sexual, recientemente descubierto. El pene será investido de una gran energía psíquica y los demás serán juzgados y discriminados por el niño de acuerdo con la posesión o carencia de éste. Dentro de la representación psíquica del niño, un ser de tan magna naturaleza como su madre no puede menos que poseer un órgano como el suyo, aunque más valioso y poderoso. Las vivencias del niño en la relación con su madre, hacen que ella sea representada a la manera de un ser omnipotente e ideal, capaz de proveerle las más gratificantes experiencias, de ahí que no pueda más que poseer un órgano tan especial como el suyo.

Sentados estos precedentes, encontramos el descubrimiento de los genitales femeninos como un evento vital que da un empuje al sujeto hacia la evolución edípica. El contacto del niño con otras personas, ya sean de su misma edad o incluso con su propia madre terminará, tarde o temprano, en un descubrimiento y confrontación con la diferencia sexual anatómica. Gran desilusión y desconcierto surgen en el pequeño niño al observar otros seres desfavorecidos con la carencia de un órgano tan significativo, más aún, cuando inclusive un ser tan ideal como su madre queda incluida en tal grupo.

En un primer momento, pese a los abrumadores indicios de una posible pérdida de su órgano favorito, el niño no encuentra la falta de éste en otros, incluyendo a su madre, como un riesgo para la integridad de su satisfacción genital, ocurrirá más bien, una resignificación de tal experiencia cuando sea activado el complejo de castración, generando un temor narcisista a la pérdida del órgano que lo llevará a la inscripción en un código normativo. El significado de

ésta será recobrado, con toda su intensidad, para reforzar la amenaza de castración²⁰.

Como resultado, encontramos que el amor abnegado y puro del niño hacia su madre deja de ser tal y se torna en ambivalencia. Por un lado, se conserva la erotización hacia ella fruto de los cuidados y las atenciones brindadas anteriormente, pero por otra parte, tiene lugar un sentimiento de desprecio y rechazo debido a la afrenta narcisista recibida por su carencia de órgano. La decepcionante y confusa realidad que embarga al niño, se convierte así en una de las fuerzas motivadoras para fijar su atención en el padre.

El significado preponderante asignado por el niño al órgano genital, crea una fantasía donde su madre, al igual que él, ha sido privilegiada. Luego de la confrontación con los hechos reales y del descubrimiento de la deshonrosa naturaleza materna, no queda más que focalizar el interés en otra figura cercana que, presuntamente, posee una condición genital más poderosa, incluso que él mismo y que la madre, hablamos entonces del padre.

De la misma manera, que existe una relación de naturaleza ambivalente entre el niño y su madre, la relación con el padre nace bajo esta misma estela de conflicto. La ambivalencia hacia el padre ocurre bajo las formas de la admiración y el amor y la rivalidad junto con el temor. Las tendencias eróticas, otrora dirigidas hacia la madre, por suponerle una disposición genital privilegiada, son transmutadas ahora al padre, de ahí que también se le erotice y se le demande amor; empero, como los intereses sexuales hacia la madre aún persisten, el niño

²⁰ FREUD, Sigmund. Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexo. En: _____. Obras completas. Buenos Aires : Amorrortu, 1925. V.19

encontrará en su padre un fastidioso rival con quien es forzado a compartir el amor materno, promoviéndose así los deseos de eliminarlo.

*[...] “La relación del muchacho con el padre es, como nosotros decimos, ambivalente. Junto al odio, que querría eliminar al padre como rival, ha estado presente por lo común cierto grado de ternura. Ambas actitudes se conjugan en la identificación-padre; uno querría estar en el lugar del padre porque lo admira (le gustaría ser como él) y porque quiere eliminarlo.” [...]*²¹

En adición a esto, existe una condición propia del sujeto que promueve la relación ambivalente hacia las figuras parentales, la bisexualidad infantil. Según Freud, no es válido plantear la existencia de una sexualidad basada en el par de oposición masculino y femenino en la etapa pregenital del desarrollo psicosexual, debido a que el sujeto terminará organizado en alguna de esas posiciones una vez haya atravesado el complejo de Edipo. En realidad, sería más plausible apelar a la oposición entre pasivo y activo para denominar la naturaleza sexual del sujeto antes del paso por dicho complejo.

El legado de la teoría freudiana nos ha descrito la existencia, en el varón, de una preferencia por las metas sexuales activas, mientras que las pasivas corresponderían a las inclinaciones propias de la niña. Sin embargo, sólo la sexualidad adulta, masculina y femenina, traerá consigo una especial afinidad del sujeto con alguna de tales formas. La sexualidad que antecede la declinación del complejo de Edipo se califica como bisexual, debido a que el sujeto, ya sea varón o mujer, alterna constantemente entre las metas pasivas y las metas activas. Freud aduce esta posición con afirmaciones como:

²¹ FREUD, Sigmund. Dostoievsky y el parricidio. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, (1928 [1927]), V.21, p. 181.

*[...] Estamos habituados a usar «masculino» y «femenino» también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos trasferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en otro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. Ese distingo no es psicológico; cuando ustedes dicen «masculino», por regla general piensan en «activo», y en «pasivo» cuando dicen «femenino» [...]*²²

El despliegue de intereses activos en la relación con ambas figuras paternas, permite colegir la bisexualidad inmanente dentro de todo sujeto. Como bien sabemos, tal condición se expresa, en la relación con la madre, partiendo de la ligazón afectiva originada en el apuntalamiento de la satisfacción de necesidades básicas, por ejemplo, el alimento y el abrigo. De otro lado, la génesis de la atracción del niño por su padre estriba en los procesos de identificación.

De manera concomitante a la erotización de la figura materna, existe una fascinación del niño con su padre que lo exhorta a erigirlo como su ideal, por tal motivo desea emularlo y parecerse a él en una amplia gama de aspectos. Para este momento, existen dos lazos afectivamente representativos para el niño, en el primero se encuentra la madre (objeto de amor) y en el segundo el padre (objeto de identificación). Durante el tiempo que precede la llegada al núcleo del complejo de Edipo, las representaciones psíquicas de estas dos figuras y de la relación con el sujeto existen sin interferirse ni perturbarse entre sí, son experiencias separadas

²² FREUD, Sigmund. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, 33ª conferencia: la feminidad. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, (1933 [1932]), V. 22, p.106.

vividas por el sujeto desintegradamente. Freud advierte que la ocasión para el advenimiento del complejo de Edipo normal se encuentra, precisamente, en la confluencia de la catexis objetal primordial hacia la madre y la identificación con la figura paterna²³.

En el preciso instante en que acaece tal confluencia, el niño empieza a percibir la presencia amenazante del padre, en el sentido de interferir en su relación con la madre, de tal forma que el proceso identificatorio, hasta ahora desplegado hacia el padre empieza a tener un matiz hostil donde priman los deseos de eliminarlo y ocupar su lugar. Cabe anotar, que la percepción del padre como ideal no se subroga completamente a los impulsos tanáticos del niño, por el contrario, permanecen en la ambivalencia que típica acompaña la situación edípica.

Lo dicho anteriormente, permite introducir un tópico insignia dentro del abordaje freudiano del complejo de Edipo, se trata de la elección de objeto sexual y la identificación, en el sentido de la identidad de género. Puesto que estos dos logros son resultado de la relación del sujeto con las figuras parentales, es de vital importancia apreciar lo que ocurre con cada uno de ellos durante el complejo de Edipo.

En el caso del varón, existe un complejo de Edipo simple y positivo, aspectos constantes durante toda su evolución, es decir, encontramos una erotización del objeto materno, donde la corriente de amor tierno y el deseo sexual están unidos, y un objeto paterno, quien es admirado como un ideal pero también odiado como un rival. A diferencia del caso de la niña, este modelo permanece hasta el final. Sin embargo, si se advierte las injerencias de la condición bisexual, descrita por

²³ FREUD, Sigmund. Psicología de las masas y análisis del Yo. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1921, V.18.

Freud como propia del sujeto, y la relación ambivalente hacia las figuras parentales, sustentada en la falta de madurez y organización psíquica, pasan a un primer plano consideraciones adicionales que hacen viable el entendimiento de una forma del complejo de Edipo más completa. Es ahora más completa y compleja debido a que se considera la presencia de un proceso identificatorio y erótico hacia cada una de las figuras parentales, es decir, hay una identificación y una catexis de objeto concomitantes hacia ambos, padre y madre.

El erotismo hacia la figura materna, como ya se ha mencionado, se sustenta en el cuidado que ella hace del sujeto, corresponde a la elección de objeto por apuntalamiento anaclítico. Asimismo, es indispensable que el infante se identifique con su madre, en el sentido de introyectar sus cuidados y hacerlos parte del sistema representacional del aparato psíquico, así más adelante el niño contará con un objeto constante en su representación, aunque físicamente esté ausente.

En lo referente a la figura paterna, hemos visto que por un lado es un ser odiado con quien el niño rivaliza por el amor materno, no obstante, también es la figura convocada por el sujeto para ser su ideal y modelo a imitar, es así como también surge una catexis de objeto hacia el padre. Por tanto, es válido considerar la existencia de dos objetos catectizados libidinalmente junto a dos objetos de identificación. El mismo Freud lo anuncia de la siguiente manera:

[...]«Uno tiene la impresión de que el complejo de Edipo simple no es { ... } el más frecuente { ... }. Una indagación más a fondo pone en descubierto, las más de las veces, el complejo de Edipo más completo, que es uno duplicado, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del niño». Por ejemplo, el

varoncito se comporta como tal y como una niña, y entonces realiza dos identificaciones y dos investiduras de objeto. ²⁴

La salida del complejo de Edipo implica el posicionamiento y privilegio de alguna de las dos identificaciones y de alguna de las investiduras de objeto, es una disposición general para el caso del varón y de la niña; de tal forma que se dará una resolución a dos asuntos básicos para la configuración psíquica adulta: la elección de un solo objeto sexual y la definición de la identidad de género. Se espera entonces que en el varón la identificación con el padre reemplace la investidura de objeto hacia él, pero conservando la relación de objeto hacia la madre. Contrariamente, deberá ocurrir una primacía de la identificación con la madre, en la situación normal de la niña, y donde la relación de objeto ha imponerse sea la paterna²⁵.

Proponer afirmaciones de este talante no implican un paso seguido a la sexualidad de carácter adulto, sino más bien, significa que las elecciones hechas en el momento edípico, en los planos referidos, trazarán los esquemas básicos de la sexualidad una vez sea reactivada en la pubertad.

En conclusión, se reconoce en este punto la entrada al núcleo del complejo edípico, caracterizado por la presencia de los cinco elementos enunciados, el sujeto, la catexis materna, la catexis paterna, junto a la identificación materna y la identificación paterna. Acompañados de afectos ambivalentes (amor-odio) hacia cada uno de ellos. Por supuesto, tal núcleo deberá ir declinando progresivamente,

²⁴ FREUD, Sigmund. Sobre la versión castellana, donde Ello era Yo debo devenir: una lectura posible de el Yo y el Ello. El sepultamiento del complejo de Edipo. Spi.

²⁵ FREUD, Sigmund. El Yo y el Ello. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, V.19, 1923.

de forma que sean posibles los logros estructurantes del complejo de Edipo, a saber, el reconocimiento de las figuras parentales como personas reales y no como los sujetos de su fantasía (des-agresivización del padre/des-sexualización de la madre), la integración de las representaciones objetales y del afecto hacia ellas (superación de la ambivalencia), la consolidación de un único objeto sexual y de un solo objeto de identificación, y la estructuración del Superyó. Logros que se harán efectivos, en gran parte, por la llegada y asunción del complejo de castración.

5.2.2 La castración : Una primera acepción de la palabra castración nos deja entenderla, literalmente, como la extirpación o inutilización de los órganos genitales. Claro está el complejo de castración, al cual se alude como motor de los logros edípicos más significativos, entraña una asociación bastante cercana con dicha acepción, pero no en su totalidad. La afinidad se hace plausible a la luz de la fantasía de pérdida que experimenta el sujeto, aunque no esté referida directamente a su órgano genital, sino más bien a las posibilidades de placer por él auspiciadas.

Se ha expresado la forma en que la entrada en el complejo de Edipo resalta, de una manera particularmente vívida, la complacencia y la enorme valoración del niño por su órgano genital, es el punto nodal de toda la gratificación pulsional y el eje de la estructuración de la sexualidad adulta. Contrario a lo que podría pensarse, no existe una plena seguridad en el niño de poder continuar disfrutando de manera semejante, pues surgen dos hechos que lo ponen de frente a una posible pérdida, a saber, el descubrimiento de los genitales femeninos y la reprensión, por parte del adulto, a sus acciones masturbatorias.

Existe un hecho puntual encargado de funcionar como activador del complejo de castración y de precipitar la salida del complejo de Edipo, se trata de la

sofocación violenta del narcisismo que acompaña la reprensión parental del onanismo²⁶. De hecho encontramos, las más de las veces, una aversión cultural expresada en las figuras cuidadoras, hacia las acciones autoeróticas que acompañan al niño durante su acaecer sexual, él no conoce o es consciente de los edictos culturales para la ganancia de placer, estos serán introyectados más adelante junto a un sistema más vasto de referentes normativos (consciencia moral). Así pues, no existe para el pequeño motivo alguno de vergüenza en el placer procurado por su propio cuerpo; la masturbación, ahora centrada en la genitalidad, se torna una forma de placer tan legítima como la succión alimenticia del pecho materno o la retención y evacuación de los contenidos intestinales.

Enojo, desconcierto y frustración son algunas de las consecuencias derivadas de la respuesta parental frente a la masturbación infantil, sin embargo, tal acontecimiento se encuentra dotado de una gran valía estructurante y organizadora, pues el conflicto sexualidad-educación aproxima al sujeto a los avatares propios de la organización psíquica adulta, donde se hace necesario un reconocimiento de normas y restricciones a las tendencias pulsionales propias.

Por otro lado, hablar de un descubrimiento de la realidad genital del ser femenino, representado para el pequeño niño en compañeras de juego, hermanas o su propia madre, es hacer referencia a una confrontación directa con la posibilidad de la pérdida de órgano, o sea, la castración. Ya se ha hecho mención a la fantasía, de elevado valor narcisístico, en la que el niño se siente privilegiado con un órgano fuente inagotable del más sublime placer (primacía genital), proyectando una condición de idéntica naturaleza a sus seres libidinalmente significativos, es decir, el padre y la madre; así pues, el descubrimiento, por

²⁶ FREUD, Sigmund. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En: _____. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu, 1925. V.19

ejemplo, de la falta de pene en ésta última toma la forma de una angustiante amenaza para las posibilidades futuras de satisfacción genital, pues si ha ocurrido con la madre, un destino no menos infausto puede esperar para sí mismo.

Cabe decir que la primera experiencia del sujeto frente a un genital distinto al suyo no es por sí misma capaz de generar la angustia de castración que lo llevará a la resolución del complejo de Edipo. Inicialmente, este descubrimiento suscita poco interés para el pequeño niño, es como si no viera nada o desmiente lo que llega hasta su sistema perceptivo, incluso puede concebir una razón plausible para ello que no le lleve a sentirse considerablemente turbado²⁷. No obstante, cuando la amenaza de castración recaiga sobre él con toda su fuerza este recuerdo será reactivado y resignificado, develando la condición inerme en que se encuentra frente a la posible afrenta narcisística de la pérdida genital.

Lo anterior lleva al niño a renunciar a los impulsos eróticos hacia la madre y a una aceptación de la ley paterna. Uno de los aspectos que trae a un primer plano la importancia representada en el complejo de Edipo, y especialmente el complejo de castración, es su papel como organizador cultural. Poder introyectar un sistema normativo que limite las tendencias pulsionales del sujeto, tanto eróticas como tanáticas, es ciertamente una resultante de la amenaza de castración, la cual lleva a relaciones más integradas y menos conflictivas, y a la existencia de una ética frente al deseo, propio y ajeno, lo que ha de transmutarse en los vínculos interpersonales adultos y en la forma de asumirse dentro de una cultura.

[...] El inevitable destino del vínculo de simultáneo amor a uno de los progenitores y odio al rival se establece sólo para el niño varón. Y luego es en este en quien el descubrimiento de la posibilidad de castración, como se prueba por la

²⁷ Ibíd.

vista de los genitales femeninos, impone la replasmación del complejo de Edipo, produce la creación del superyó y así introduce todos los procesos que tienen por meta la inserción del individuo en la comunidad de cultura ²⁸[...]

5.2.3 La mujer en el complejo de Edipo: En líneas anteriores, nos hemos referido a un aspecto clave para observar el complejo de Edipo de la mujer en la teoría freudiana, se trata de su mayor complejidad y dificultad, en comparación con el caso del varón.

Tales afirmaciones se solventan considerando varios asuntos. Primero, encontramos el esfuerzo adicional que debe realizar la niña, a diferencia del varón, en el cambio de su objeto de deseo; inicialmente la madre es quien suscita las tendencias tiernas y eróticas de todo sujeto, no importando su sexo, mientras la figura paterna es vista como un desagradable rival con quien se tiene que compartir las prerrogativas del vínculo materno. Luego el varón subsume sus inclinaciones sexuales a esta misma condición reteniendo el objeto a lo largo de toda su vida; no obstante, para la niña el panorama es completamente disímil, debido a que debe abandonar el objeto materno para sustentar su sexualidad en el padre, y ulteriormente en otros hombres que sean en algún grado modelos de éste. El hecho mismo de estar compelida a una transmutación del objeto dificulta el proceso edípico de la niña, claro que las condiciones bajo las cuales ocurre no aligeran tal dificultad, puesto que la ruptura de la ligazón-madre acaece bajo el influjo de la hostilidad.

“En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de

²⁸ FREUD, Sigmund. Sobre la sexualidad femenina. En: _____. Obras Completas, Buenos Aires: Amorrortuo, 1931, vol. 21, p. 231.

igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre?”²⁹ [...]

En adición, el segundo gran hecho propio de la niña, sin un correlato en el desarrollo del varón, es la mudanza de la zona erógena regente para la satisfacción, una vez alcanzada la sexualidad genital. Inicialmente, el órgano femenino equivalente, tanto en capacidad erógena como en relevancia psíquica, es el clítoris, pero éste deberá verse subrogado por la vagina como resultado del complejo de Edipo.

*“En primer lugar, es innegable que la bisexualidad, que según nuestra tesis es parte de la disposición {constitucional} de los seres humanos, resalta con mucho mayor nitidez en la mujer que en el varón. En efecto, éste tiene sólo una zona genésica rectora, un órgano genésico, mientras que la mujer posee dos de ellos: la vagina, propiamente femenina, y el clítoris, análogo al miembro viril” [...]*³⁰

Por consiguiente, el proceso edípico de la niña se complejiza aún más con motivo de la bisexualidad, claramente más marcada en ella. Freud considera que, inicialmente, no existe una diferencia en la configuración sexual, en términos

²⁹ Ibíd., p. 227.

³⁰ Ibíd., p.229.

psíquicos, entre el niño y la niña, más bien la definición del objeto sexual, la identidad de género y las características de las metas pulsionales serán logros derivados de la situación edípica y del complejo de castración. Por consiguiente, la niña, en términos de su organización sexual, está más cerca de ser un varón dispuesto bisexualmente que un sujeto caracterizado como femenino. La niña pequeña es señalada con tal condición debido a que su elección de objeto inicial es la madre y despliega hacia ella los mismos intereses eróticos, de exclusividad y dependencia que el niño. Sumada a esta primera investidura de objeto homosexual, encontramos que las tendencias pulsionales de la niña están concentradas en un órgano equiparable al pene del varón, el clítoris.

Se reconoce la vagina como la principal zona erógena en la sexualidad de la mujer adulta, aunque tal condición, propiamente femenina, no ha sido tal desde el principio. El descubrimiento inicial de la genitalidad no encuentra precisamente en la vagina su sustento erógeno, más bien el centro del placer sexual, en el que se incluyen los actos masturbatorios de elevada valoración psíquica durante la infancia, corresponde al clítoris. Existe una gran similitud entre la naturaleza del comercio sexual del niño y la niña durante la etapa inicial del descubrimiento genital, pues ambos centran sus aspiraciones sexuales en la posesión de un órgano privilegiado y en el control sobre la excitación que éste proporciona. Además, la manipulación masturbatoria que cada uno de ellos realiza con su órgano denota una predilección por metas sexuales activas, algo propio de la masculinidad. La pequeña niña ha de pasar de tal condición predominantemente masculina a su posición femenina definitiva, donde el deseo de posesión de órgano se transformará en el deseo de concebir un hijo.

Tanto para la niña como para el varón, la madre es erigida el primer objeto de amor, debido al influjo con el que ésta opera en la supervivencia y en la satisfacción de necesidades de su hijo/a. la diferencia fundamental consiste en

que el varón conservará la naturaleza de tal relación hasta que puede hallar un objeto sustituto similar o derivado de ella. Por el contrario, la niña al término del complejo de Edipo debe encontrar un objeto de amor completamente nuevo, correspondiente al varón-padre, para llegar a la consecución de una sexualidad heterosexual y con el despliegue de unos fines sexuales propios de la feminidad.

La pregunta que tendría lugar en este punto está referida a los mecanismos y vías por las que ocurren cambios de tanta importancia para el desarrollo psicosexual de la niña, a través de los cuales pasará de ser un niño de disposición bisexual (Edipo negativo) al despliegue de su feminidad propiamente dicha (Edipo positivo).

No es fácil para la pequeña niña desprenderse y abandonar su primer objeto de amor, pues éste resulta ser, en vasta medida, el provocador de la investidura libidinal más intensa, pero de igual forma destinada al declive. No quedan plenamente esclarecidos los motivos por los que ocurre tal extrañamiento de la madre, pero es lícito reconocer la inexistencia de razones pacíficas y armónicas, por el contrario, la ruptura de la investidura objeto-madre se da bajo condiciones que denotan conflictivas bastante importantes. Son múltiples las decepciones, frustraciones y reproches que surgen en la niña con relación a su madre y obedecen, en esencia, a los siguientes hechos:

- No dotarla con el único genital correcto
- Interrupción de la lactancia
- Reprensión y prohibición del placer masturbatorio (clítoris)

Existen grandes avances en la organización psíquica relacionados con el primero de tales hechos. En todos los casos el complejo de Edipo corresponde a

un momento de primacía genital, es decir, una sobrevaloración de los genitales como fuente del placer sexual. En la fantasía de la niña, ella se encuentra en una posición equivalente a la del varón, no percibe inicialmente diferencia alguna entre su condición sexual y la del varón, asume su clítoris como un pene, y de hecho cumple para ella las mismas funciones gratificadoras.

Más adelante, el encuentro inexorable con los genitales del sexo opuesto confrontará a la niña con la naturaleza de su sexualidad. Surge un sentimiento de desventaja e inferioridad con respecto al varón, debido a que opera la consigna de correspondencia entre la longitud o tamaño del órgano y el monto de satisfacción capaz de conferir, lo que resulta perturbador para la niña teniendo en cuenta la limitada extensión de su clítoris, pues su valoración se supedita a la contrastación con el varón. La ruptura de la ligazón-madre se ve impulsada por estos acontecimientos, ya que para la niña no queda más que la atribución de su desventajosa condición a la mujer que le dio el sexo, haciéndola a semejanza suya.

Todos estos caminos nos hacen trascender a lo que se conoce como *Complejo de masculinidad* en la mujer, donde la niña ha reconocido el órgano que no tiene, pero con el ferviente deseo de tenerlo. Surgen así aspiraciones de ser privilegiada con el regalo de un pene como el del varón, lo que eventualmente le permitiría resarcirse de la afrenta narcisista provocada por la madre.

La envidia de pene, anudada al complejo de masculinidad de la niña inscribe marcas indelebles en su configuración psíquica, donde la herida narcisista de

sentirse en falta la lleva a un constante sentimiento de inferioridad y menosprecio por el órgano cercenado de la mujer³¹.

Un gran infortunio rodea estas vivencias sexuales de la niña, pues el órgano de elevadísima condición, responsable por los grandes montos de satisfacción, es ahora el culpable de su repudiable condición castrada. Sin embargo, también es acertado calificar esta situación positivamente, si se piensa en el desarrollo psíquico venidero; pues el abandono de la posición masculina de la niña, aunque doloroso resulte, es el conflicto que la exhorta hacia el reconocimiento y despliegue de estrategias propias de la feminidad.

[...] “podría ser la afrenta narcisista enlazada con la envidia del pene, el aviso de que a pesar de todo no puede habérselas en este punto con el varón y sería mejor abandonar la competencia con él. De esa manera, el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad³².” [...]

Vale reconocer, en síntesis, la existencia de tres hechos particulares del desarrollo psíquico de la niña sin un correlato en el varón, y que conforman el proceso completo de mudanza de la posición masculina a la posición femenina.

1. El cambio de objeto de deseo, donde se abandona la catexis hacia el objeto materno y surge la catexis hacia el objeto paterno.

³¹ FREUD, Sigmund. Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, En: _____. Obras completas. Buenos Aires : Amorrortu, 1925. V.19.

³² *Ibíd.*, p. 274.

2. La declinación del clítoris como zona genital regente, y el posicionamiento de la vagina como centro erógeno del comercio sexual.
3. Relacionado íntimamente con el punto anterior, se encuentra la transformación de las metas sexuales, referida al abandono del deseo de ser dotada con un pene a engendrar un hijo.

En palabras de Freud esto se diría así:

[...] ahora la libido de la niña se desliza -sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo- a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer.³³ [...]

Sólo en este punto, cuando la niña ha entrado en un complejo de Edipo positivo (Padre-objeto de amor / Madre-rival), asumiendo una posición libidinalmente femenina (zona erógena vaginal-deseo de concebir un hijo), se puede afirmar el inicio pleno del complejo de Edipo en la mujer.

Uno de los hechos que reviste mayor relevancia, en claro contraste con el devenir edípico del varón, es el papel que cumple la amenaza de castración; se observa así, que ésta es el motivo por el cual el niño desiste en sus empeños eróticos hacia la madre, identificándose y asumiendo al mismo tiempo la ley paterna. Por el contrario, el complejo de Edipo en la mujer tiene su inicio con la amenaza de castración, que en realidad no es una amenaza sino un hecho consumado; se hace visible la forma en que la confrontación con los genitales del

³³ Ibíd.

sexo opuesto y la coerción parental de la masturbación clitoridiana provocan el posicionamiento del objeto-padre y llevan a las tendencias pulsionales propias de la sexualidad femenina adulta.

[...] “En cuanto al nexo entre complejo de Edipo y complejo de castración, se establece una oposición fundamental entre los dos sexos. Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último. Esta contradicción se esclarece si se reflexiona en que el complejo de castración produce en cada caso efectos en el sentido de su contenido: inhibidores y limitadores de la masculinidad, y promotores de la feminidad. La diferencia entre varón y mujer en cuanto a esta pieza del desarrollo sexual es una comprensible consecuencia de la diversidad anatómica de los genitales y de la situación psíquica enlazada con ella; corresponde al distingo entre castración consumada y mera amenaza de castración”³⁴.

Uno de los mecanismos más influyentes para la resolución del complejo de Edipo, tanto en el caso del varón como en el de la niña, es la represión. La explicación detallada de tal mecanismo resulta una tarea en demasía laboriosa y, aunque es un asunto importante, no corresponde plenamente a los intereses que ahora nos convoca. Sin embargo, puede decirse que es la salida más sana ante la amenaza de castración; la condición inerme del niño para enfrentar una situación de peligro tan grande no le deja más alternativa que la represión de los impulsos pulsionales, tanto los incestuosos como los agresivos.

³⁴ *Ibíd.*, p. 275.

Por otro lado, para la niña el papel de la represión se torna diferente, puesto que no ocurre el mismo temor que en el niño ante la castración. Ciertamente, la posición de la niña frente a la castración dista mucho de parecerse a la del varón, pues en ella no hay temor a la pérdida, desde el inicio de su complejo de Edipo ya se ha enfrentado a la peor de todas.

Lo anterior trae notables consecuencias para ella, ya que la falta de temor ante la castración la lleva a introyectar la ley, y a hacerla parte de su estructura psíquica, de una manera más lenta y menos radical que en el varón. De acuerdo a la teoría Freudiana, la forma en que ocurre la estructuración superyoica en la mujer, corresponde a una introyección lenta y progresiva de la ley por efecto de la represión. La naturaleza de esta estructuración es utilizada por Freud para concebir ciertas particularidades psíquicas de la mujer; resulta así que el Superyó femenino es, en esencia más lábil que el del hombre, lo que a su vez implica una mayor docilidad de carácter y facilidad para servir al otro, algo viable de entenderse como una particular afinidad hacia los intereses filantrópicos.

“En la niña falta el motivo para la demolición del complejo de Edipo. La castración ya ha producido antes su efecto, y consistió en esforzar a la niña a la situación del complejo de Edipo. Por eso este último escapa al destino que le está deparado en el varón; puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer. Uno titubea en decirlo, pero no es posible defenderse de la idea de que el nivel de lo éticamente normal es otro en el caso de la mujer. El superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón”³⁵ [...]

³⁵ *Ibíd.*, p. 276.

5.2.4 Consideraciones: Hasta ahora hemos logrado llevar a buen término dos etapas de nuestro recorrido académico por la obra freudiana. En un primer momento, hemos pasado por la observación de nuestro objeto de investigación, contextualizándolo cronológicamente y tratando, a su vez, de dilucidar su origen, evolución e injerencia dentro del modelo de organización psíquica freudiano. En el segundo momento, construimos una ilación conceptual y lógica del proceso edípico descrito por Freud, respetando aún el principio de neutralidad al cual nos impele nuestro marco metodológico, hemos tratado de lograr un nivel de lectura más profundo reorganizando los conceptos freudianos para engendrar una comprensión nueva y más detallada. Sentado esto, nos abocamos ahora al tercer paso, correspondiente al momento de concluir; es aquí donde habrán de hacer su aparición las categorías de análisis susceptibles de comparar y contrastar con los postulados edípico de Melanie Klein.

Como resultado del estudio de la teoría freudiana ha sido posible la identificación de ciertas categorías de análisis, o dicho en otros términos, elementos indispensables para considerar un autentico complejo de Edipo. Es importante resaltar que dichos elementos operan en distintos niveles de la configuración edípica, es así como encontramos, por ejemplo, procesos que advienen como resultado de su disolución, y que expresan una importancia única en el desarrollo psíquico; igualmente hayamos procesos responsables de su evolución, pues operan dinamizando los conflictos edípicos y llevando al sujeto hacia diferentes movimientos psíquicos.

Empecemos entonces reconociendo resultados que universalmente se esperan una vez alcanzado el epílogo del drama edípico, la *elección de objeto* y la estructuración del *Superyó*. El primero de tales logros psíquicos se relaciona con la elección de un objeto al cual la pulsión habrá de anudarse desde ahora y

durante el resto de la vida; es asimismo el objeto llamado a despertar la sexualidad durante la época de la pubertad, donde la madurez física de los órganos sexuales dará término al desarrollo genital, poniéndolos al servicio de la reproducción.

El segundo derivado del declive edípico que representa una importancia capital en la transformación psíquica es la estructuración del Superyó. Ya hemos mencionado que surge como resultado de la incorporación de la ley paterna en la organización psíquica del sujeto. De manera sucinta, cabe anotar que es el componente intrapsíquico que ajusta la actividad pulsional a las formas contempladas por la cultura para la satisfacción; algo primordial para el establecimiento de vínculos sociales sanos.

La tercera unidad de análisis se perfila como uno de los procesos más dinámicos del Edipo. El *complejo de castración* se caracteriza por movilizar en el sujeto un sin número de fantasías y ansiedades, que finalmente, lo impelen hacia la consecución de los logros psíquicos más relevantes del proceso edípico, enumerados en líneas anteriores. Claro está, que el complejo de castración opera y tiene una naturaleza disímil en sujetos de distinto sexo, pues es consabido que en el varón constituye la puerta de salida de la situación edípica, donde los intereses narcisistas habrán de primar sobre los deseos incestuosos hacia la madre, llevando así a la represión temporal de la corriente sexual de la pulsión propia del periodo de latencia.

De otro lado, encontramos el caso de la pequeña niña. En ella la castración ocupa un lugar y una función diferente, no obstante, conserva su lugar de universal dentro del complejo de Edipo al mostrarse como un proceso indefectiblemente necesario dentro de la organización psíquica de los sujetos. El complejo de castración femenino aparece por razones similares a las del varón, a

saber, la confrontación con los genitales del sexo opuesto, pero operando e influyendo de manera diferente. La niña entra en el auténtico complejo edípico luego de pasar por el complejo de castración, pues las múltiples frustraciones y decepciones que en ella genera la abocan al abandono de una posición sexual masculina, sustentada en el placer clitorideo y en un objeto homosexual (madre). Luego de ello, la niña podrá entrar a la situación edípica que naturalmente le corresponde, es decir, amando a su padre, de quien espera engendra un hijo, y rivalizando con la madre.

6. MELANIE KLEIN

6.1 RECUENTO BIBLIOGRÁFICO

Hemos llegado así al momento de adentrarnos en la teoría de Melanie Klein, sin embargo, antes de dar inicio a nuestra labor de esclarecer la manera como se hace fecundo el complejo de Edipo debemos puntualizar sobre ciertos asuntos que relucen desde un acercamiento preliminar.

La simple tarea de rastrear escritos que concuerden con nuestro tópico de interés develan ciertas características especiales de la teoría kleiniana, inicialmente cabe hacer mención a la manera como Melanie Klein nos presenta sus hallazgos edípicos dentro del panorama general de su elaboración teórica, en tal sentido nos encontramos con escritos bastante concisos y directos que comportan, al mismo tiempo, un análisis prolijo de todos los asuntos que considera relevantes para el acaecer edípico; como consecuencia nuestra tarea resultará en cierto sentido más sencilla, pues bastará con hacer lectura de un único texto para hacer surgir una idea completa acerca del lugar que ocupa nuestra unidad de estudio dentro de esta teoría.

La búsqueda y selección del material bibliográfico, que son tareas esenciales en cualquier empeño investigativo, nos proporciona buenas expectativas en torno a este primer proceso de lectura, pues dentro del espectro general de la teoría kleiniana hallamos un texto que de manera muy práctica condensa su comprensión del complejo edípico, lo que simplifica en gran medida la búsqueda y compilación de información. El escrito kleiniano al que aludimos lleva por título

*Estadios tempranos del conflicto edípico*³⁶, y será nuestra principal fuente de información y estudio, pues satisface ampliamente nuestro interés investigativo.

Ahora bien, al hacer una primera lectura de dicho texto notamos que la situación no es tan simple como inicialmente se hacía ver, no obstante, el hecho de contar con un texto compilatorio de la comprensión kleiniana del proceso edípico, es cierto que existe una complejidad y grandeza en esta teoría que nos plantea un reto investigativo mayor. En realidad, basta una simple lectura rápida para quedar apabullados frente a la grandeza de las concepciones kleinianas, siendo tal el grado de elaboración presente en sus escritos que sus argumentos alcanzan el mismo grado de depuración y profundidad que el de cualquier psicoanalista de la época. Así las cosas, una comprensión acabada del complejo edípico kleiniano requiere mucho más que la lectura del texto antedicho, exige además la revisión de una serie de ideas pertenecientes a múltiples núcleos conceptuales y que han sido expresados con fines argumentativos diferentes, pero que de igual manera son imprescindibles para comprender la lógica de la teoría kleiniana. Con base en esto, habrá momentos en los que será necesario traspasar los linderos de la lectura propuesta, pues en los planteamientos kleinianos el complejo de Edipo se asocia con una gran cantidad de procesos y estratos de la vida psíquica, que requieren al mismo tiempo ser identificados y comprendidos de manera independiente. Lo anterior queda ejemplificado con el asunto de la organización psíquica, pues en base a éstas se define la naturaleza de la agresión y la angustia, punto clave para el entendimiento de la conflictiva edípica y del cual Melanie Klein se ocupa en escritos diferentes al que hemos elegido como fuente de estudio.

³⁶ KLEIN, Melanie. *Estadios tempranos del conflicto edípico*. En: *Psicoanálisis del desarrollo temprano, contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1986.

Trasegar fuera de los límites de la lectura inicialmente sugerida implica, además de recurrir a otros escritos kleinianos, buscar referencia en autores distintos. En concreto, será necesario apelar a los conocimientos y experiencia, respecto a la teoría kleiniana, de autores como los esposos Bleichmar y Paula Heinman; y aunque esto pueda ser visto como un acto ilícito dentro de los edictos de la lectura intratextual, lo cierto es que serán tenidos en cuenta de la manera más restrictiva posible, sólo como una fuente de ayuda para contextualizar, dentro de un mapa teórico tan amplio, la comprensión kleiniana del discurrir edípico.

1928, ESTADIOS TEMPRANOS DEL CONFLICTO EDÍPICO

Luego de tener un primer acercamiento con el texto que condensa la concepción kleiniana del complejo edípico, no podemos más que expresar la enorme gratificación que surge al encontrar un escrito que complace de tal manera nuestros intereses investigativos; y es que realmente estamos frente a una pieza de la obra kleiniana que aborda el asunto del complejo de Edipo en una forma tan acabada que pocas dudas nos deja respecto a su naturaleza y dinámica. Al ser el conflicto edípico uno de los momentos más críticos en la historia infantil de cualquier sujeto conocemos, de primera mano, la multiplicidad de dimensiones y procesos psíquicos con los que se asocia y lo difícil que resulta abordarlo a cabalidad en un sólo escrito; igualmente es posible que un texto pierda el horizonte al tratar de exponer todas sus dimensiones, dedicando más atención de la necesaria a asuntos que, aún siendo importantes, es mejor tratarlos de manera independiente; en el caso de la obra Kleiniana un clarísimo ejemplo de esto son las etapas de la organización que propone: *esquizo-paranoide* y *depresiva*, y la pulsión de muerte. Por cierto, ni una cosa ni la otra ocurren aquí, pues nos encontramos frente a un texto sumamente equilibrado que sabe guardar muy bien los límites conceptuales, por lo que la mayoría de las aserciones que en él

encontramos se orientan, justifican y contextualizan en la lógica del esclarecimiento edípico, evitando así la excesiva argumentación de asuntos relacionados. Entonces podemos afirmar que al texto no le sobra nada, y al mismo tiempo pocas cosas le faltan, pues es tanta la claridad conceptual que observamos en Melanie Klein, que simplemente se permite trascender los límites de su esquema de objetivos primarios cuando es necesario y forma parte de una bien definida intencionalidad argumentativa.

Uno de los puntos más especiales que notamos poco tiempo después de ponernos frente a este texto, se relaciona con la naturaleza temprana que asigna a cada pieza importante de su propuesta. Entre los primeros grandes asertos orientados hacia el esclarecimiento del complejo edípico, nos topamos con expresiones que pretenden justificar un origen primigenio para algunos de los conflictos más álgidos del desarrollo; basta decir que, según ella, la trama del Edipo comienza a gestarse hacia finales del primer año de vida, una época coincidente con la frustración del destete, y siendo la cuota inicial para la ulterior influencia de las frustraciones anales y genitales. Es así como observamos unas tendencias generales de la propuesta kleiniana, que desde un comienzo permean e influyen sobre su teoría edípica. Es de agradecer que Melanie Klein contextualice desde el principio los límites temporales del complejo edípico, pues ofrece bases bastante claras para iniciar un proceso de lectura, exploración y comprensión.

Más especial aún que el apartado anterior, resulta ser la organización temática que encontramos al observar más profundamente el texto. Decimos que se percibe al llegar a un nivel más profundo de análisis, puesto que tal ordenamiento no se hace explícito a través de subdivisiones temáticas, por el contrario, sólo es perceptible al diseccionar el texto y compendiar la información en un formato más manejable, por ejemplo, en fichas bibliográficas o de lectura. Notamos así que, en

primera instancia, Melanie Klein trata de familiarizarnos con la esencia de su propuesta teórica y de contextualizarnos en su lectura de los fenómenos edípicos, esto es llevado a buen término expresando, antes de cualquier otra cosa, el carácter prematuro de los momentos psíquicos más importantes para la vida de cualquier sujeto, incluyendo el complejo de Edipo; sin importar la unidad de análisis en que queramos basar un estudio de la obra kleiniana, es de una importancia vital saber que la mayor parte de los procesos decisivos en la organización psíquica ocurren durante los dos primeros años de vida, y es precisamente a dichos procesos que alude el contenido de las primeras páginas del texto, describiendo, por ejemplo, los rasgos propios de la pulsión y la angustia, el origen de la estructura yoica y superyoica, la evolución del vínculo primordial y las fases del desarrollo psíquico. De modo tal que se completa un conjunto de referentes conceptuales que deja clara la particularidad y la intencionalidad de su obra, y muestra, en términos generales, los asuntos que ganarán relevancia para una comprensión cabal del acontecer edípico.

En medio de todo esto, el superyó ocupa un lugar de especial importancia, destacándose cada vez por su lugar y función dentro de la organización psíquica. De acuerdo con Klein, el superyó es una de aquellas instancias que tiene su génesis en épocas muy prematuras del desarrollo, antecediendo incluso al complejo de Edipo, y que va madurando con aportes de diversos momentos de la organización; aunque el punto que encontramos decisivamente importante en este tiempo de nuestra lectura se relaciona con el papel que cumple este superyó primitivo en la generación de la angustia, una de las facetas más trascendentales en el modelo kleiniano y cuyo análisis será un imperativo para nuestro estudio de los conflictos edípicos.

El segundo momento importante que aparece en el ordenamiento temático del texto alude a asuntos conectados de manera mucho más directa con el complejo

de Edipo, mostrándonos la articulación existente entre los estratos de la vida psíquica mencionados anteriormente y la dinámica edípica. Inicialmente, fueron planteadas circunstancias pertenecientes al mundo de lo preedípico, entre las que se pueden contar las fases oral y anal de la sexualidad y la vinculación a través de los fines de incorporación, luego en un segundo momento Melanie Klein nos muestra la forma en que el sujeto evoluciona en los mismos aspectos y las consecuencias psíquicas que ello comporta; tanto las fuentes erógenas como el objeto y los fines pulsionales (centrados en la figura materna y en el modelo de incorporación oral) deberán sufrir una transformación antes del advenimiento edípico, poniéndose en operación los mecanismos psíquicos propios de cada sexo, el varón deberá entonces cambiar sus fines pulsionales y su zona erógena, es decir, centrarse en el placer genital y en los fines de penetración, aunque conservando para ello el objeto (la madre); mientras tanto, la niña deberá mudar su zona erógena y su objeto pero conservando sus fines pulsionales, es decir, debe dejar de amar a la madre y centrar su libido en el padre, pero vinculándose a través del placer vaginal, cuya meta se remonta a la etapa oral y está centrada en la incorporación.

Una vez introducido el tema de las diferencias sexuales, el texto comenzará a tomar un rumbo diferente, pues luego de las anteriores acotaciones el interés primordial de Melanie Klein será abordar, por separado, el complejo edípico masculino y femenino. Luego de esbozarse los caminos posibles en que la sexualidad y los vínculos primordiales pueden transformarse en los sujetos de cada sexo, en aproximación al complejo de Edipo, el texto continuará siendo fiel a este mismo enfoque comparativo, tratando de identificar, de una forma tópica y dinámica, las dimensiones psíquicas asociadas al complejo de Edipo tanto en el varón como en la niña, de modo tal que desde entonces todo será analizado separadamente.

Melanie Klein reconoce, como parte de una multiplicidad de inflexiones en el proceso de organización, la existencia de momentos psíquicamente semejantes y dispares entre el varón y la niña, siendo los conflictos propios del complejo edípico los promotores principales de la diferencia en el rumbo que cada uno de ellos tome y en la expresión final de una sexualidad congruente con su anatomía y su género. De acuerdo con Melanie Klein, existe una *fase femenina* en el desarrollo de todo sujeto en la cual no es posible hacer distinciones psíquicas entre el varón y la niña, puesto que en ambos son protagonistas las tendencias de incorporación y apropiación que nacen en la etapa oral, existiendo además un deseo de órgano especial dirigido hacia las funciones sexo-reproductivas del cuerpo femenino (madre). Aunque es poco pertinente desvelar más detalles acerca de estos sucesos, pues será algo que nos ocupará más adelante, es conveniente decir que una vez el texto nos ha dado a conocer este asunto sus empeños estarán orientados a esclarecer los mecanismos por los cuales el niño se hace hombre y la niña se hace mujer, en el sentido psicológico.

Una vez han sido delimitadas las intenciones argumentativas del texto, es decir, discriminar la naturaleza edípica en los sujetos de ambos sexos, veremos cómo Melanie Klein nos describe una multiplicidad de vivencias humanas, en su mayoría conflictivas, a partir de las cuales se explican los grandes logros de la organización psico-sexual infantil. Pocas preguntas no resueltas nos deja la teoría kleiniana, pues dentro de este escrito se satisfacen, en un alto grado, todo nuestro apetito intelectual por el complejo de Edipo; En adición, encontramos bastante gratificante el hecho de que Melanie Klein se ocupe en un sólo escrito de los asuntos más álgidos del desarrollo psíquico humano en las teorías orientadas psicoanalíticamente, a saber, el complejo de castración, el superyó, la identificación y la sexuación, entre otros. Más detalles a este respecto serán dados a conocer en el paso subsiguiente de nuestra lectura.

6.2 ANÁLISIS DEL DISCURSO, MELANIE KLEIN

Referirnos a Melanie Klein o a su obra es, ciertamente, aludir a un asunto controvertido y bastante polémico dentro del desarrollo histórico del psicoanálisis, más aún, para aquellas corrientes orientadas hacia la teoría de las relaciones objetales. Melanie Klein se consideraba a sí misma como una gran adepta y seguidora de los postulados freudianos, sin embargo el carácter novedoso de sus propuestas teóricas, fruto del adentramiento en terrenos para entonces poco atendidos por el psicoanálisis freudiano, como la intervención clínica de niños, le trajo serios problemas en los principales círculos psicoanalíticos de la época, pues por la manera en que replantea los sucesos de la evolución infantil fue considerada como apartada, en muchos aspectos, de los postulados imperantes dentro de dichos círculos. Así pues, es de conocimiento general el disenso que sostuvo con otras grandes figuras del psicoanálisis, entre los que pueden contarse a Anna Freud y Glover, quien propuso expulsarla, junto con sus seguidores, de la sociedad psicoanalítica británica³⁷.

Los pormenores de dichos conflictos, donde está en consideración su lugar respecto a la teoría clásica deben ser puestos en un segundo plano, pues enturbiarían la posibilidad de dar una mirada cabal a la magnitud de su obra y los aportes que en ella pueden encontrarse. Su quehacer psicoanalítico centrado en los niños y sus años de experiencia clínica con la población infantil, hacen que sea imposible, por lo menos para un lector riguroso, no prestarle atención a lo que ella pueda aportar. Teniendo en cuenta nuestro interés por el complejo de Edipo y el momento en el que éste tiene lugar (la infancia), resultaría bastante extraño no prestarle atención a una de las primeras psicoanalistas centradas por completo en

³⁷ BLEICHMAR, Norberto y LIEBERMAN, Celia. El Psicoanálisis después de Freud. Barcelona: Paidós, España, 1997.

el trabajo clínico con los niños. Por tanto, Klein se convierte en uno de los personajes más llamativos a la hora de auscultar en busca de descripciones acerca del complejo de Edipo, ya que es reconocida por tratar de explicar el vasto mundo de experiencias psíquicas infantiles.

[...] *“Klein comenzó trabajando en análisis con los niños; inició una práctica original al introducir la técnica del juego infantil para tener acceso a los conflictos y fantasías de una manera más directa y fácil que la comunicación verbal.”* [...] ³⁸

Con base en lo anterior, especular sobre un posible consenso o divorcio entre los postulados kleinianos y los freudianos resultaría en ideas visiblemente sesgadas acerca de la evolución del psicoanálisis de la época. La sola pretensión de establecer linderos claros entre las propuestas de cada uno de estos autores se convierte en algo de suma laboriosidad, resulta más procedente restringir nuestros objetivos e intentar hacer una revisión de la evolución de ciertos conceptos, en este caso aquellos relacionados con el complejo de Edipo, y del lugar que ocupan dentro de la teoría Kleiniana. De la misma manera, es importante analizar las bases sobre las que se cimienta su discurso, tratando de discernir al mismo tiempo que tantos remanentes freudianos existen en ella.

Al analizar las bases del modelo kleiniano, rápidamente se hace visible un marcado interés por el desarrollo pregenital y, particularmente, por la dinámica vincular y sexual que durante éste impera en el sujeto; se le reconoce así por asignar un lugar muy temprano a muchas estructuras y procesos críticos del desarrollo psíquico, por ejemplo, el vínculo primordial con los objetos externos (mediatizado por el conflicto amor-odio), las fantasías inconscientes, los impulsos agresivos y reparatorios, e incluso los fenómenos enlazados más estrechamente

³⁸ Ibid., p. 94.

al complejo de Edipo como son la formación del Yo y el Superyó, la identificación, la integración de los objetos y la declinación de las tendencias narcisistas primitivas para conservar indemnes los objetos parentales. A todas luces, encontramos que estas inclinaciones están lejos de ser caprichosas o arbitrarias, por el contrario, se muestran plenamente congruentes con el principal foco de interés de los estudios kleinianos: los fenómenos psíquicos de las fases pregenitales.

En concordancia, uno de los asuntos que con más rapidez salta a la vista es el hecho de que la lógica kleiniana propone una independencia entre el surgimiento del complejo de Edipo y la primacía genital, indicando así que el posicionamiento de los genitales como zona erógena regente no determina el ingreso en el complejo edípico, y aunque sí tiene insidia en la aparición de ciertos conflictos, lo cierto es que no se trata de una condición indispensable para que este complejo empiece a ser operativo.

Desde esta perspectiva, llama bastante la atención que el desarrollo psíquico incluido el complejo de Edipo no se determina, en exclusiva, por los movimientos de los intereses pulsionales o la zona erógena regente; realmente aquí los motores del desarrollo psíquico se relacionan con elementos y procesos identificables desde el momento mismo del nacimiento, por ejemplo, las fantasías inconscientes, los impulsos agresivos innatos y la angustia. Melanie Klein considera que incluso desde los momentos más tempranos el sujeto ya cuenta con las estructuras y procesos psíquicos básicos en los que habrán de sustentarse los conflictos ulteriores, donde se incluye desde luego el complejo de Edipo. Lo anterior hace expeditos los intereses particulares de Klein, que como bien podemos observar, se inclinan sobremanera hacia el desarrollo psíquico temprano y particularmente hacia aquellos procesos que tienen lugar durante el primer año de vida.

De acuerdo con Melanie Klein, existen mecanismos intrínsecos al sujeto que se ponen en juego, con los objetos del mundo externo, desde el momento mismo del nacimiento, y que impulsan el desarrollo psíquico a través de sus diferentes momentos. Para Melanie Klein la estructura de la mente se conforma de objetos internos, con relación a los cuales el sujeto despliega sus tendencias pulsionales (eróticas y agresivas). De tal forma que el conflicto mental que impulsa el desarrollo se caracteriza por la lucha entre los sentimientos de amor y odio, tomando como escenario la relación con los objetos internos.

*“Klein está interesada en describir el desarrollo psíquico temprano, principalmente el primer año de vida, pues lo considera como el fundamento de todo el desarrollo psíquico posterior. Y aunque toma como punto de partida los planteos básicos de Freud y Abraham, sus observaciones e hipótesis la llevan a inventar una teoría original del desarrollo psíquico y de la estructura de la mente: la idea del mundo de los objetos internos” [...]*³⁹

En concordancia, para Melanie Klein los albores del complejo de Edipo se sitúan en el primer año de vida del sujeto, resultando considerablemente temprano en contraste con la teoría Freudiana. Entre algunos de los grandes motores que patrocinan la entrada en el complejo de Edipo es viable mencionar, por ejemplo, las frustraciones orales (relacionadas con el destete), las frustraciones anales (relacionadas con las normas parentales hacia las funciones excretorias) y las frustraciones genitales.

³⁹ Ibíd.

*"Frecuentemente me he referido a que el complejo de Edipo comienza a actuar más temprano de lo que se supone...Llegué a la conclusión de que las tendencias edípicas son liberadas a consecuencia de la frustración que el niño experimenta con el destete, y que hacen su aparición al final del primer año de vida y principios del segundo; son reforzados por las frustraciones anales sufridas durante el aprendizaje de hábitos higiénicos. La siguiente influencia determinante en los procesos mentales es la diferencia anatómica entre los sexos."*⁴⁰

Tal repertorio de fuerzas impulsoras del complejo de Edipo existe simultáneamente debido a que, para Melanie Klein, el desarrollo psíquico no se expresa en términos de fases libidinales. Asentir o plantear una gradación en la evolución de la libido, donde existan fases sucesivas que impliquen la superación o logro de ciertos objetivos de antes continuar con el siguiente, no constituye algo típico en la propuesta Kleiniana, más bien es proclive a pensar que desde los momentos más prematuros del desarrollo psíquico existen en el sujeto, de una manera concomitante, tendencias pulsionales de diferente orden, o sea, tendencias orales, anales y genitales. De tal manera que el hecho de encontrarse en un momento de organización psíquica donde el sujeto experimente tendencias predominantemente orales, no implica que las demás tendencias (anales y genitales) permanezcan fuera de su contingente psíquico, pues desde este punto de vista, todas se encuentran mezcladas desde los momentos más tempranos. Al mismo tiempo, el ingreso en el complejo de Edipo no coincide necesariamente con una primacía de los impulsos genitales; por el contrario, según Klein, el complejo de Edipo es tan temprano que inicialmente se expresa bajo el influjo de los impulsos orales y anales.

⁴⁰ KLEIN, Estadios tempranos del conflicto edípico, Op. Cit., p.37

“Melanie Klein, está interesada en estudiar los periodos preedípicos del desarrollo mental, cambia bien pronto el concepto de fases libidinales al afirmar que en los niños pequeños observa una mezcla de pulsiones orales, anales y genitales que se superponen desde las primeras relaciones con el objeto.”⁴¹

Por lo tanto, cabe preguntarnos, si para Melanie la evolución de la pulsión no se constituye como el eje de la estructuración psíquica, ¿entonces en que se basa su modelo de desarrollo?

Para aproximarnos a la formulación de una respuesta, es imprescindible mencionar que los movimientos de la organización psíquica planteados por Melanie Klein dependen de mecanismos muy disímiles a los planteados por el psicoanálisis de aquella época. De acuerdo con su propuesta, el elemento más insidioso y determinante en el proceso de estructuración psíquica es la angustia, cuya expresión e influencia irá cambiando durante diversas etapas.

[...] “la angustia existe desde el comienzo de la vida, es el motor esencial que pone en marcha el desarrollo psíquico y al mismo tiempo es el origen de toda patología mental [...]”⁴²

No obstante, el hecho de disentir en este punto, es cierto que para Melanie Klein la angustia conserva una naturaleza innata, tal como ocurre con Freud y la pulsión, lo que da al mismo tiempo un carácter instintivista a su modelo de desarrollo; y aunque la angustia se desate principalmente por causas intrínsecas al sujeto depende también de otros elementos y condiciones para poder operar. Hablar acerca de la angustia implica, forzosamente, aludir a la agresividad y a la

⁴¹ BLEICHMAR, Norberto y LIEBERMAN, Celia. El Psicoanálisis después de Freud. Barcelona: Paidós, España, 1997, p. 104.

⁴² *Ibíd.*, p. 94.

envidia, pues aparte de ser mecanismos psíquicos circunscritos a la pulsión de muerte y responsables por la generación de la angustia, también se constituyen como dos pilares fundamentales en la teoría kleiniana.

Dicho esto, es importante clarificar que Melanie Klein hace preponderar las tendencias agresivas o impulsos sádicos inherentes a todo sujeto dirigidos hacia el objeto (esencialmente hacia la madre). Y a pesar de restar importancia a las fases libidinales de Freud, sí reconoce la existencia de ciertas inclinaciones en la corriente sádica de la pulsión (pulsión de muerte) dependientes de una zona erógena específica y del apuntalamiento en necesidades orgánicas; por tal motivo es común encontrar en ella alusiones a tendencias *sádico-orales* y *sádico-análes*.

Es cierto que la teoría kleiniana, al igual que la teoría freudiana, fundamentan sus respectivos modelos en entidades psíquicas inmanentes al sujeto, no obstante, también involucra decisivamente la dimensión social. Melanie Klein es conocida como una de las grandes precursoras de la teoría de las relaciones objetales, en la cual ocupa un papel primordial los vínculos emocionales del sujeto, siendo éstos el escenario donde habrán de expresarse y ponerse en juego las ya aludidas proclividades innatas. Es claro que Klein da prioridad en su esquema a las fuerzas pulsionales, principalmente a aquellas asociadas a la pulsión de muerte (agresión, celos, envidia), pero resaltando el componente vincular al afirmar que los grandes conflictos del desarrollo ocurren por los tropiezos en la interacción con el otro, primordialmente la madre. De hecho, las relaciones de objeto son tan significativas para este modelo teórico, que incluso se reconoce una tendencia natural de todo sujeto hacia el establecimiento de vínculos afectivos con otros, calificándosele también como un proceso innato.

[...] *“Mi hipótesis es que el niño tiene un conocimiento innato inconsciente de la existencia de la madre... y este conocimiento instintivo es la base de la primera relación del bebé con la madre”* ⁴³

A manera de recapitulación, es propio mencionar que los edictos kleinianos referentes a la evolución psíquica humana están centrados en los tres elementos que hemos citado. Inicialmente está la agresividad constitucional, cuya expresión se da bajo la forma de fantasías inconscientes; la angustia, resultado de la misma agresividad; y por último el vínculo afectivo con los objetos parentales (inicialmente con la madre), constituyéndose como una suerte de escenario para los principales conflictos del desarrollo. Desde luego, todos estos elementos deberán ser auscultados para tratar de entender los sucesos edípicos.

Una vez citados los componentes básicos de la propuesta kleiniana, llega el momento de conocer la manera como cada uno de ellos interactúa y problematiza, es decir, que debemos pasar del análisis tópico al análisis dinámico. Entonces la secuencia de hechos sería así:

Existe una agresividad o tendencias sádicas naturales en el sujeto (fuerzas destructivas que operan dentro de sí mismo, reforzadas por factores externos como el trauma del nacimiento y la insatisfacción de necesidades físicas); y pueden expresarse bajo formas orales (devorar el pecho materno) o formas anales (atacar el pecho materno con excrementos). Tales impulsos sádicos innatos están apuntados y dirigidos hacia otro (correspondiente, en primera medida, al pecho de la madre y no a una persona real). Como todo ocurre en un vínculo intersubjetivo, el sujeto no puede más que, secundariamente, estar a la espera de una retaliación

⁴³ KLEIN, Melanie. Citada en: BLEICHMAR, Norberto y LIEBERMAN, Celia. El psicoanálisis después de Freud, México: Paidós, 1997, p. 140.

por parte del objeto. Aquí es donde precisamente surge la angustia, del temor a las consecuencias del despliegue sádico (agresivo) emprendido contra el objeto, expresándose en fantasías de ser envenenado, devorado o aniquilado por el mismo.

No se debe hablar de agresividad únicamente en lo referente a la pulsión de muerte, por el contrario, encontramos que para Klein la vertiente erótica de la pulsión también se tiñe de agresividad, en tanto la búsqueda de satisfacción puede en constantes ocasiones derivar en fantasía sádicas hacia el objeto. Existe, tanto para el varón como para la niña, una curiosidad sexual combinada con sadismo como contenido primario, por tal motivo el sujeto desea penetrar el cuerpo de la madre para tener acceso a sus contenidos gratificantes, al cual atribuye heces, penes y bebes. Queda claro así que sin importar la vía pulsional donde aparezcan los impulsos agresivos, ya sea desde lo erótico o lo sádico, siempre terminarán siendo generadores de angustia, y es preciso para nuestros intereses seguir la evolución de esta ruta durante los sucesos del complejo de Edipo.

Todo lo anterior, hace expedito un agitado y complejo funcionamiento del aparato psíquico, desde sus más prematuros momentos. Claro está, que los elementos ya aludidos: pulsiones, angustia, objeto y defensas, muestran un funcionamiento particular muy bien delimitado por Melanie Klein. La parte dinámica más trascendental de todo esto hace referencia al conflicto psíquico entre lo sádico y lo erótico, que experimenta el sujeto desde los momentos más tempranos de su vida. Y es directamente este conflicto lo que impulsa y pone a prueba el desarrollo psíquico del sujeto.

En las fantasías infantiles, el cuerpo de la madre y sus contenidos son destruidos (como ya se ha dicho por tendencias sádicas o eróticas), dando lugar a

una angustia profunda. En los momentos iniciales del proceso de organización psíquica el poder de la angustia y la agresión es tal que, en aras de su autoprotección, el sujeto se ve compelido a la utilización de mecanismos defensivos, la proyección, la disociación, la idealización, la identificación proyectiva y la reparación. Melanie Klein propone la existencia de dos posiciones (concepto considerado más dinámico que el de etapa) en la organización psíquica de la infancia temprana: *la posición esquizoparanoide* y *la posición depresiva*, las cuales comportan características particulares entorno a la naturaleza de la ansiedad, el conflicto psíquico libido-destrucción, las relaciones de objeto y los mecanismos defensivos imperantes. Por supuesto, el complejo de Edipo deberá ser ubicado en algún punto de estas dos posiciones

Melanie Klein describe sus posiciones psíquicas de la siguiente manera:

Posición esquizoparanoide

- ✓ Angustia persecutoria, correspondiente al temor sentido por el Yo de ser atacado por el objeto.
- ✓ Relación de objeto parcial, existen dos objetos separados e independientes: un pecho materno idealizado y un pecho materno persecutorio.
- ✓ Mecanismos de defensa intensos y omnipotentes; utilizados por el Yo como protección ante la angustia persecutoria.

Posición Depresiva

- ✓ Ansiedad depresiva; sentimientos de culpa y temor por el daño ocasionado al objeto amado con los impulsos sádicos.
- ✓ Relación con un objeto total; hay aumento en los niveles de integración, dando como resultado un vínculo entre el Yo y la madre, tanto en sus aspectos buenos como malos.

- ✓ La reparación pasa a ser el mecanismo de defensa principal; las necesidades y el bienestar del objeto (tanto interno como externo) son más importantes que los intereses narcisistas.⁴⁴

6.2.1 El Complejo Edípico: Una de las condiciones que, clásicamente, se ha utilizado para discernir el complejo de Edipo en el desarrollo del sujeto es la existencia de una triangulación, o incursión de un tercer personaje en la relación que inicialmente era de exclusividad entre el sujeto y la madre. Desde luego, en Melanie Klein la triangulación edípica empieza a vislumbrarse muy tempranamente (en el primer año de vida), y bajo condiciones muy particulares.

Algunos de los primeros motivos encontrados para sugerir la entrada temprana en el complejo de Edipo se relacionan, según Klein, con el conjunto de frustraciones a las que se ve sometido el sujeto por parte del objeto. Entre las frustraciones más primitivas, cabe mencionar aquella originada por el destete de la madre, (aproximadamente hacia el final del primer año de vida), coincidente con unas fuentes pulsionales predominantemente orales y anales. Tales tendencias psíquicas se caracterizan por fantasías de entrar al pecho o al cuerpo materno para morder, rasgar o robar sus contenidos, la frustración sobre estas fantasías (fruto del destete) y los intentos por diezmar la angustia persecutoria llevan al sujeto a poner su atención, trasladando también los intereses orales, en un nuevo objeto: *el pene del padre*. Estos movimientos psíquicos, descritos por Melanie Klein, hacen expedita una triangulación edípica tan prematura que tiene lugar en un periodo de predominancia pregenital.

⁴⁴ BLEICHMAR, Norberto y LIEBERMAN, Celia. El Psicoanálisis después de Freud., Barcelona: Paidós, 1997.

Es importante resaltar que, según las ideas kleinianas, existe un acervo de elementos psíquicos que sustentan la aparición temprana de conflictos de gran calibre, incluyendo la nombrada triangulación. Tal es el caso del Yo y los mecanismos defensivos que le son propios.

[...] *“existe un Yo incipiente desde el nacimiento, capaz de experimentar angustia, de sentir un conflicto entre pulsiones de amor y odio en el vínculo con los objetos primarios y de poseer mecanismos de defensa”* [...] ⁴⁵

El pensamiento relacionado con la existencia de un Yo incipiente desde el inicio de la vida, marca un estilo muy particular en la teoría de Melanie Klein, pues constituye un gran adelanto en la conformación de una estructura cuyo desarrollo depende, en gran parte, del paso por el complejo de Edipo. Se reconoce un gran aporte edípico a la construcción de la estructura Yoica, así lo muestran los logros eventuales en la integración psíquica, por ejemplo, la elección de un modelo de identificación y la adquisición de mayores recursos para el afrontamiento de conflictos y el control de los impulsos intrínsecos.

Otro de los aspectos importantes, que han de ser resaltados para el entendimiento del complejo edípico en Melanie Klein, se relaciona con la diferencia entre los sexos. Encontramos así aspectos comunes en el desarrollo psíquico, tanto en el varón como en la niña, y facetas en las cuales hay marcadas diferencias y una senda distinta para cada uno de estos casos.

Los primeros momentos del desarrollo son muy similares en todo sujeto, sin importar su sexo (hombre o mujer), las necesidades y condiciones primordiales son, en esencia, iguales. Existe pues un organismo frágil (en el plano físico y

⁴⁵ Ibid., p.114

psíquico) y absolutamente dependiente de otro para sobrevivir; esto se traslada a la relación con la madre, con quien hay un estado de dependencia máxima (debido a la inmadurez del Yo) y unas tendencias innatas (conocimiento inconsciente) hacía la vinculación afectiva. El niño se satisface en sus necesidades básicas por medio del objeto materno, correspondiente en primera medida al pecho; tales experiencias de gratificación tienen el poder de llamar a la acción uno de los mecanismos primordiales del aparato psíquico, la fantasía inconsciente. En este punto, los pocos recursos psíquicos del sujeto hacen que la percepción real de los objetos y del propio Yo sea bastante sesgada, por lo cual la fantasía tiene un mayor florecimiento y protagonismo.

El sujeto no puede más que profesar un amor desmedido hacia su objeto de gratificación, lo desea vorazmente en sus momentos de necesidad y surge la fantasía de una posesión omnipotente cuando alcanza su satisfacción. Todas estas experiencias resultan en una idealización del pecho materno, es lo más grande que jamás ha conocido, por lo cual entra en sintonía con él, erigiéndolo al mismo tiempo como objeto de identificación.

Lo anterior es válido para la vertiente erótica de la relación objetal, a la cual debe adicionársele una vertiente de agresión que se expresa con igual vehemencia. Tal como ocurre en los momentos de satisfacción, el hambre o las situaciones de dolor son adjudicadas al pecho materno, convirtiéndose por tanto en un objeto completamente malo; surgen así, fantasías en las que el sujeto lo ataca y lo destruye, le proyecta también su dolor tratando de conservar en sí mismo los rasgos buenos antes introyectados. Como la agresión y la frustración proyectada al objeto vuelven al sujeto en forma de retaliación, éste no puede más

que sentirse atacado y perseguido (angustia persecutoria), percibiendo que existe algo malo dentro de sí.⁴⁶

El análisis de la propuesta kleiniana avala la posibilidad de plantear la existencia de dos elementos que actúan a manera de comodines, es decir, que se encuentran presentes a lo largo de todo el proceso de desarrollo psíquico, tanto del niño como de la niña, atravesándolo por completo e influyendo de manera fundamental en el rumbo que éste tome. Se habla entonces de las tendencias agresivas y el superyó (causante de la angustia), como dos elementos esenciales, existentes desde el comienzo de la vida y como aquellos que nos dan la posibilidad de leer el momento en que, psíquicamente, se encuentra el sujeto. Asimismo, las tendencias agresivas y la angustia predominante pueden ser leídas como una fiel radiografía de los procesos psíquicos generales del sujeto. Por supuesto, no permanecen incólumes al desarrollo, por el contrario se transforman y deben alcanzar cierto nivel de madurez esperado*.

Tanto el varón como la niña se encuentran, en primera medida, en un periodo de predominancia de las pulsiones orales y anales (pregenital)**. Los fines primordiales hacia a los que se orienta la pulsión se refieren a la incorporación, o sea, no únicamente la ingestión de alimento materno indispensable para la subsistencia, sino también, a la incorporación en lo psíquico de la nueva oleada de experiencias a las que se enfrenta. Para estos momentos, la sexualidad del sujeto

⁴⁶ HEINMANN, Paula. Nuevas direcciones en psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1972.

* Las tendencias agresivas ya han sido aludidas, más adelante se profundizará en la estructura superyoica.

** Es impropio, desde el punto de vista kleiniano, trazar un límite preciso entre lo pregenital y lo genital, pues se propone la excitación y el conocimiento de todas las zonas erógenas desde los periodos más tempranos. Aquí la distinción hecha corresponde, más bien, a momentos en los que ciertas tendencias pulsionales se expresan con más fuerza y predominan sobre las demás.

se aboca hacia los fines de recepción (relacionados con lo oral), pero muy pronto también lo hará hacia los fines de posesión (relacionados con lo anal).

La relación idílica con la madre pronto es coaccionada por los momentos de frustración, sabiendo que las experiencias gratificantes promueven la expresión de la corriente erótica de la pulsión, no es más que esperable la aparición de tendencias sádicas en la pulsión con motivo de las experiencias frustrantes. Así las cosas, empieza a tener lugar el conflicto protagónico dentro del desarrollo psíquico, la lucha entre el amor y odio hacia el objeto. Por supuesto, tales fantasías de ataques sádicos no permanecen impunes, sino que ponen en acción una estructura que arremete contra el sujeto, con una fuerza también sádica. Y así el superyó empieza su operación como generador de las más terribles angustias persecutorias en el sujeto.

Hasta este punto, aproximadamente, se extiende el camino compartido entre el varón y la niña; un panorama en el cual encontramos un contingente de dimensiones psíquicas en interacción y una dinámica, que siendo en ocasiones armónica y en ocasiones conflictiva, puede asumirse como general a todos los sujetos. Las formas en que tanto el hombre como la mujer resuelvan los avatares del desarrollo, por ejemplo, sus tendencias innatas, sus vínculos afectivos y la angustia, los llevará por el camino de la estructuración masculina y femenina respectivamente.

6.2.2 El complejo de Edipo en el varón: En la teoría de Melanie Klein se consideran ciertas diferencias entre la sexualidad, típicamente masculina y típicamente femenina. La primera de estas, se adscribe a los fines de penetración mientras que la segunda se relaciona con los fines receptivos. La diferenciación psíquica entre los sexos es un logro que se dice aparece de manera tardía, no se

da por sentada desde el comienzo de la vida, más bien, se requiere de ciertos sucesos previos para llegar a ella.

De acuerdo con Melanie Klein, existe un periodo más antiguo, válido tanto para el niño como para la niña, que antecede la consolidación de un sujeto psíquicamente masculino o femenino. Recibe el nombre de *fase femenina*, pues durante su curso la sexualidad de todo sujeto se inscribe en los fines receptivos y de incorporación, a lo que ha de aunarse la identificación primordial con el objeto materno.

El conflicto principal durante la fase femenina del desarrollo empieza a tomar fuerza luego de que aparecen las primeras frustraciones con el objeto materno. Las frustraciones orales vividas por el niño, sumadas a las frustraciones anales a las que comienza a enfrentarse (fruto de los preceptos educativos acerca de la higiene), promueven el distanciamiento de la madre. Por consiguiente, el niño llega al punto de sadismo máximo, correspondiente a la fusión de las tendencias anales y sádicas (*nivel sádico-anal*), donde la violencia contra el objeto aflora con mucho mayor ímpetu que antes. Aparecen entonces, fantasías orientadas desde lo anal, a través de las cuales el niño toma posesión del cuerpo materno, penetrándolo, rasgándolo en pedazos, devorándolo y destruyéndolo⁴⁷.

Teniendo en cuenta la existencia concomitante de diferentes regiones erógenas desde momentos muy tempranos del desarrollo, se encuentra un elemento adicional que magnifica la gravedad de los anteriores conflictos. Las tendencias genitales hacen su aparición exhortando al sujeto a ver a su madre como un objeto de amor y planteándole nuevas formas de excitación, ahora con

⁴⁷ KLEIN, Melanie. Estadios tempranos del conflicto edípico. En: *Psicoanálisis del desarrollo temprano: contribuciones al psicoanálisis*, Buenos Aires: Paidós, 1986.

más injerencia de su órgano genital; al mismo tiempo, las tendencias pulsionales destructivas se ponen en operación a través de los impulsos sádico-orales y sádico-anales, oponiéndose de plano a la corriente erótica de la pulsión. Es aquí donde se hace más claro el mencionado conflicto amor-odio hacia el objeto, y donde también es viable situar un inicio aproximado del complejo de Edipo en el varón.

Se ha mencionado que para este momento los límites entre la sexualidad pregenital y genital son realmente difusos, ambas tienen una relevancia psíquica por lo que se oscila entre una posición y otra. Hay un nuevo interés en la madre (orientado desde lo genital), especialmente en sus órganos reproductores, en sus características y funciones; no obstante, aún existe un lastre que amarra al niño a la pregenitalidad, por lo que las heces (fuente de satisfacción) son equiparadas con los bebés (provenientes de los órganos genitales maternos).

El niño experimenta, con relación a su madre, uno de los sentimientos agresivos más destructivos posibles en cualquier ser humano, *la envidia**. Existe en el varón un deseo frustrado de órgano especial, que lleva a la envidia por el cuerpo de la madre, pues desea tener en sí mismo los órganos relacionados con la maternidad (vagina, vientre, pecho); por tal motivo arremete, en su fantasía, contra tales aspectos buenos del objeto, o sea, su capacidad para la reproducción, para concebir y alimentar bebés.

En palabras de Klein sería así:

* Se dice que la envidia es la forma más insidiosa de agresión, debido a que se dirige contra los aspectos buenos del objeto y no contra los malos. El hecho de tratar de acabar con lo bueno del objeto, simplemente por no tenerlo en sí mismo, terminará también por empobrecer los aspectos buenos del Yo. Más detalles en: Klein, Melanie (1984). *Envidia y gratitud: emociones básicas del hombre*. Paidós Argentina.

[...] “*las tendencias a robar y destruir están en relación con los órganos de la concepción, el embarazo y el parto, que el niño piensa existen en la madre y además con la vagina y los pechos, fuente de la leche, que son codiciados como órganos de receptividad y abundancia desde la época en que la fase libidinosa es puramente oral*”.⁴⁸

Este *deseo frustrado* por la posesión de los órganos especiales de la maternidad genera en el niño, de una manera defensiva, una *sobrecompensación intelectual* con su órgano masculino. La unificación del deseo femenino (frustrado) de concebir un hijo y el *impulso epistemofílico* permiten que el niño desplace al campo intelectual su desventaja masculina. Surgen entonces, una sobrevaloración narcisista del pene y un sentimiento de superioridad sobre la mujer que le permite diezmar los efectos nocivos de su falta.

De manera paralela al anhelo por las cualidades del objeto materno, aparece algo que podría ser nombrado como la primera *relación afectiva triangular*. Se presenta en el niño un deseo dual hacia los bebés que supone existen en el cuerpo de su madre. Por una parte, pretende tenerlos para él, robándolos y arrancándoselos a ella; aunque de otro lado, estos mismos bebés son en cierta medida reconocidos como un segundo objeto que amenaza con un posible desplazamiento del lugar ocupado con respecto a su madre, surgen así *los celos*, sentimiento típico de un conflicto edípico entre tres actores (triangular). De aquí surgen motivaciones adicionales para atacar el cuerpo donde reside tal amenaza.

⁴⁸ KLEIN, Melanie. Estadios tempranos del conflicto edípico. En: *Psicoanálisis del desarrollo temprano: contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1986.

En adición, la idea de la triangulación edípica temprana se apoya también en el conocimiento que existe del objeto paterno. Claro está, el exiguo sentido de realidad del sujeto sólo le permite verlo de una manera muy distorsionada (por la naturaleza de sus fantasías inconscientes), es más, lo percibe dentro del cuerpo de la madre o fusionado con ella, pero en definitiva, conoce de él*.

Se hace notoria también la existencia de deseos, por parte del niño, hacia esa primera representación de la figura paterna. Se expresa aquí el componente homosexual de la *bisexualidad*, a la que para entonces se ciñe el sujeto. Tales deseos inician en la época pregenital y se hacen extensivos al periodo genital, existe un interés por succionar, tragar, incorporar por vía oral y anal el pene del padre, en lo que se presenta como una homologación de los fines receptivos pretéritamente desplegados hacia la madre. No obstante, existe una versión de los deseos hacia el padre más activa y apuntalada en la genitalidad, donde se fantasea con la penetración de su propio pene en el cuerpo de éste, incluyendo su boca, ano y genital⁴⁹. Asimismo, la evolución de tales despliegues eróticos lleva al niño más adelante a desear concebir un hijo del padre, una idea que apoya vívidamente el concepto de una fase femenina del varón.

6.2.3 El complejo de castración masculina: El complejo de castración en el varón es otro de los tantos sucesos situados por Klein en momentos primitivos del

* Un ejemplo claro subyace en las siguientes aserciones: "En el Edipo de los primeros meses de vida las fantasías del niño sobre el coito de los padres se construyen con los objetos parciales. No son los padres, como objetos totales, los que constituyen la escena primaria, tal como sucede en la teoría freudiana. Para Klein la escena primaria transcurre, en la fantasía del niño, dentro del cuerpo de la madre; el bebé ubica el pene del padre dentro del cuerpo materno". Parte de: Bleichmar, Norberto. Leibermann, Celia. (1997). El psicoanálisis después de Freud. Cap. V. pag. 108.

⁴⁹ HEINMANN, Paula. Nuevas direcciones en psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1972.

desarrollo psíquico, tanto es así, que sus inicios pueden rastrearse hasta la primera relación con el objeto materno. Sumado al temor por el castigo (Superyó primitivo) que viene después del ataque al cuerpo de la madre, existe una angustia a la mutilación o desmembramiento del propio cuerpo, significado último de la castración⁵⁰. La madre es asumida como un objeto castrante, pues cercena y mutila el cuerpo del niño mediante la manipulación de las heces; éstas tienen un valor erótico y son consideradas por el niño como una parte preciada de su cuerpo (homologada a los bebés que desea concebir), y no puede más que sentirse vacío y mutilado cuando su madre lo despoja de ellas mediante los actos de asepsia. Ocurre entonces, que el objeto materno es el primero en perpetrar una suerte de castración contra el niño, pues le quita una parte de sí mismo de gran importancia erótica.

Este prematuro complejo de castración es generador de una ansiedad traumática (relacionada con la severidad del superyó); a pesar de ello, cabe anotar que como agente promotor de la angustia cuenta con ayuda adicional de la castración paterna. Los ataques sádicos perpetrados, en la fantasía del sujeto, contra el cuerpo de la madre implican también causar daños al pene del padre pues se los supone fusionados, o más bien, es este último quien reside en el vientre materno. De la misma manera que existen dos objetos entre los cuales erogar los impulsos sádicos, existen dos objetos (madre – padre) desde los que se percibe una amenaza de castración. La fase femenina en el desarrollo del niño se caracteriza por la fuerte angustia de castración proveniente de dos distintos flancos, avalando así al superyó para arremeter con total vehemencia contra el sujeto, devorando, desmembrando y castrando.

⁵⁰ KLEIN, Melanie, Estadios tempranos del conflicto edípico, Op. Cit.,

“Este temor a la madre es tan abrumador que está unido a él un intenso temor a ser castrado por el padre. Las tendencias destructivas cuyo objeto es el vientre están también dirigidas con toda su intensidad sádica oral y anal contra el pene del padre, que se supone situado allí. Es en este pene que se centra en esta fase el temor a la castración por el padre. De este modo la fase femenina se caracteriza por la ansiedad, en relación con el vientre de la madre y el pene del padre, ansiedad que somete al niño a la tiranía de un superyó que devora, desmembra y castra, y que está formado por la imagen del padre y la madre.”⁵¹

Las anteriores consideraciones kleinianas nos muestran, durante la fase femenina del desarrollo en el varón, la existencia de una ansiedad de castración relacionada y semejante a los temores persecutorios y al superyó sádico, pues expresa fantasías como ser mutilado, devorado o desmembrado. Más adelante, la maduración psíquica subsecuente al paso por la genitalidad traerá un complejo de castración y un superyó orientados desde lo paterno, caracterizándose por una menor severidad y por no apuntar a la aniquilación del sujeto, pues contrariamente, comporta riesgos menos radicales para el sujeto, por ejemplo, ser devaluado o perder la capacidad para obtener placer sexual y la expresión de afecto.

Paula Heinmann en su análisis de la teoría kleiniana lo expresa de la siguiente manera:

“Después del establecimiento de la organización genital, su ansiedad principal es la de la castración por su padre. Ésta posee cualidades tanto depresivas como persecutorias; no solo es el miedo a ser privado de un órgano y la capacidad de

⁵¹ *Ibíd.*, p. 44.

*placer sexual, sino también el miedo de perder los medios de expresar amor, impulsos creativos y reparadores.” [...]*⁵²

6.2.4 La sexuación en el varón: Hasta este punto, ha quedado claro que la madre es el objeto primordial de vinculación afectiva de todo sujeto, vinculación que determina, en gran medida, las relaciones futuras, incluso durante la etapa adulta. La madre es el objeto primario satisfactor de necesidades y auspiciante de las primeras experiencias psíquicas estructurantes del sujeto. Inicialmente, es sobre esta figura que recaen los procesos psíquicos de gran envergadura, tales como, la satisfacción sexual, la contención y la identificación, entre otros. Es claro también que la evolución psíquica impele al sujeto, cada vez con mayor fuerza, a abandonar la exclusividad de la relación con la madre, reconociendo y relacionándose a su vez con una segunda figura (el padre). La más grande inquietud que surge es la posibilidad de colegir qué tanto de esa primera relación materna se hace extensivo a la relación con el padre, los lastres existentes o las novedades presentes con el ingreso en una triangulación edípica.

La búsqueda o el reconocimiento del padre por parte del sujeto se presenta como un proceso multicausal, y de hecho en su génesis se hallan diversos sucesos de vital importancia estructural, por ejemplo, la percepción de una madre castrante y las tendencias eróticas genitales. Como ya se ha dicho, en cierto momento del desarrollo temprano el niño se ve impelido a abandonar la posición oral y anal para dar paso a la genitalidad, es aquí donde se descubre la verdadera naturaleza de su órgano genital, que es penetrativa y no receptiva. El descubrimiento de la incongruencia entre su órgano, diseñado para penetrar, y el

⁵² HEINMANN, Paula. Nuevas direcciones en psicoanálisis, Buenos Aires: Paidós, 1972.p. 46.

genital materno, apto para la recepción, desencadena la falla de la madre para continuar siendo el objeto identificador del varón. En vista de tales circunstancias, no queda otro camino que recurrir al padre, para ver que se puede encontrar en él*. El padre tiene un importantísimo papel dentro del desarrollo del varón, no precisamente por coaccionarle en sus impulsos sexuales exhortándolo a la renuncia y a la represión, sino más bien, por permitirle organizar muchos asuntos psíquicos conflictivos que proviene del vínculo con el objeto primordial.

Uno de los conflictos capitales a esta altura del desarrollo se relaciona con la lucha entre la pregenitalidad y la genitalidad, lo que implica fluctuar entre ambas posiciones en un movimiento de avance y retroceso. Las múltiples frustraciones, la angustia de castración materna y su falla como objeto de identificación para el varón, estimulan la marcha hacia la genitalidad, donde se descubre la verdadera naturaleza de su órgano genital (penetración) y aparece más claramente la función del padre.

En concreto ocurre, en lo que ha de llamarse conflicto edípico, que las angustias relacionadas con la fase femenina llevan al niño a buscar la identificación con la figura paterna. Por supuesto, tal empuje identificador no es concretado exitosamente desde el inicio, pues existe también una ansiedad de castración relacionada con el padre, la cual entorpece el paso definitivo a la primacía genital. Así las cosas, la angustia de castración materna empuja al niño hacia una posición genital, mientras que la angustia de castración paterna ejerce una fuerza opuesta que lo pone devuelta en la pregenitalidad.

* Es de aclarar que tales sucesos no son la primera experiencia de conocimiento de la figura paterna, ya desde antes es reconocido el pene del padre por el sujeto, sólo que existe dentro del cuerpo materno. Ahora empieza a haber una mayor consciencia de separatividad entre los objetos primordiales, primer paso en el reconocimiento de los padres como personas reales, no como los objetos de la fantasía.

Melanie Klein lo reconoce en las siguientes palabras:

*“La ansiedad asociada con la fase femenina conduce al niño a la identificación con el padre, pero este estímulo de por sí no suministra una firme base para la posición genital, ya que lleva a la represión y sobrecompensación de los instintos anales-sádicos, y no a superarlos. El temor a la castración por el padre refuerza la fijación a nivel sádico anales” [...]*⁵³

En adición, puede decirse que la figura paterna es la llamada a facilitar la resolución de tales avatares, ayudando al sujeto en el paso definitivo hacia la genitalidad. El desarrollo psíquico plantea como objetivos fundamentales el logro del reconocimiento de ambas figuras parentales como separadas e independientes, no como objetos fantasiosamente fusionados en un solo cuerpo; asimismo, la estructuración psíquica y elección sexual implican el establecimiento de un vínculo particular, tanto con el padre como con la madre, atribuyendo y tomando de ellos lo que debidamente corresponde.

Finalmente, para el varón la consecución de una organización sexual aproximada a la adulta será posible, únicamente, a través de la superación exitosa de la fase femenina y la primacía pregenital. Primordialmente, se resalta el papel de la identificación paterna como facilitador de tal éxito; es reconfortante para el sujeto reconocerse y reconciliarse, por medio del padre, con su genital imposibilitado para reproducirse y satisfacer a la manera femenina; se trata entonces de superar la afrenta ocasionada por la carencia de órganos sexuales femeninos y consolidarse en su posición masculina, donde los fines pulsionales receptivos pasen a un segundo plano y se dé prelación a los fines penetrativos,

⁵³ KLEIN, Melanie. Estadios tempranos del conflicto edípico, Op. Cit., p.48

ahora en plena congruencia con la naturaleza de su pene y avalados por el sentido de masculinidad procedente de la identificación paterna.

Concluyendo todo esto, cabe afirmar que dentro de la organización psico-sexual del varón se hace imperativa una transición desde el objeto materno hacia el objeto paterno, originada por fallas en los procesos identificatorios; empero, se debe anotar que todo ocurre dentro de una crisis psíquica más generalizada que compromete, al mismo tiempo, el paso de la pregenitalidad a la genitalidad, es decir, la organización erógena y los fines pulsionales. Aunque como ya se ha dicho, aquí toma protagonismo el padre y su función organizadora, pues es asumido por el varón como un objeto viable de identificación y coherente con su naturaleza sexual, motivo por el cual permite que tal transición llegue a buen término.

Dicho esto, no cabe más que preguntarse por el lugar que ocupará el objeto materno una vez han sido resueltos tales conflictos. Es una pregunta que de nuevo nos lleva a resaltar el gran valor de la función paterna; la función organizadora e integradora del padre sobre los conflictos psíquicos hace que éstos no sean tan lesivos para la relación con la madre, permitiéndole conservarse como objeto primitivo de amor, el cual ha de mantenerse a lo largo la vida. Lo cierto es que la madre habrá de permanecer en su lugar como objeto de amor, tal como lo ha sido desde el inicio, sólo que ahora permitirá que el sujeto despliegue sus impulsos libidinales en un vínculo más sano, libre de la ambivalencia que surgía con motivo de las fallas identificatorias.

“El niño al sentirse impelido a abandonar la posición oral y anal por la genital, pasa a los fines de penetración asociados con la posesión del pene. Así cambia,

*no sólo su posición libidinosa, sino también su fin, y esto le permite retener su primitivo objeto de amor". [...]*⁵⁴

La importancia atribuida por Klein a estos procesos psíquico se hace notar, no sólo en la organización y estructuración sana, sino también en la patológica, pues afirma que la existencia de trastornos neuróticos y sexuales puede originarse en la lucha no resuelta entre lo genital y lo pregenital y la no superación de la fase femenina.

6.2.5 El complejo de Edipo en la mujer: Como bien se ha visto, es imperativo a la hora de estudiar la teoría de Melanie Klein referirse a las diferencias evolutivas entre los sexos; pues llega el momento en que todo sujeto deberá encaminarse hacia la estructuración masculina o femenina, lo que implica enfrentarse y resolver conflictos psíquicos muy particulares. Desde luego, durante los momentos más primitivos del desarrollo, anteriores a su organización sexual femenina, la niña debe lidiar con los mismos asuntos conflictivos que el varón, a saber, la fluctuación entre las tendencias homosexuales y heterosexuales, y entre los objetos libidinales y destructivos, respecto a los cuales experimenta también grados similares de ansiedad.⁵⁵

La ruta compartida entre el niño y la niña pertenece a la denominada *fase femenina*, donde predomina una sexualidad de corte receptivo (muy acorde con las disposiciones orales) y una relación, casi exclusiva con la madre (aunque existe un conocimiento del padre, pero se le cree fusionado con ella). A pesar de que en los asuntos psíquicos sea sumamente difícil, además de impropio,

⁵⁴ *Ibíd.*, 37 -38.

⁵⁵ HEINMANN, Paula. Nuevas direcciones en psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1972.p. 47

plantear límites exactos, es lícito en este caso situar un umbral aproximado de diferenciación psíquica entre los sexos que coincide con las frustraciones maternas primordiales asociadas al destete y los hábitos de higiene, y las tendencias hacia la primacía genital, las cuales llevan hacia el conflicto pregenitalidad-genitalidad.

Existe en la niña un reconocimiento muy temprano de su órgano genital, pues como se ha anotado, hay una confluencia de los diferentes tipos de pulsiones, cada una de ellas apuntaladas en una zona erógena específica. No obstante, la eclosión de la genitalidad trae consigo un reconocimiento más profundo de todo el aparato genital y las funciones que le son propias; correspondiéndole a éste un fin receptivo que viene haciéndose extensivo desde el periodo oral.

Tal como se muestra en caso del varón, la primera relación de la pequeña niña es casi exclusiva hacia su madre, y como derivados de dicha relación encontramos el conflicto entre los impulsos de amor y odio, la identificación con la madre, la envidia hacia la madre por sus órganos fértiles capaces de engendrar hijos, celos hacia los bebés residentes en el vientre materno, y temores de castración y superyoicos. Desde luego, el trámite más delicado y decisivo será la manera como la niña se las apañe con dichos asuntos y la posición que asuma frente a ellos, encaminándose así hacia su organización sexual femenina.

El proceso transicional desde la predominancia pregenital hasta la primacía genital es reconocido por Klein como uno de los momentos más álgidos dentro del desarrollo temprano de la niña, de ahí que sea preciso revisarlo para poder comprender el tránsito hacia su organización sexual femenina. Del mismo modo que ocurre con el varón, el desarrollo sexual de la niña sólo puede completarse satisfactoriamente por medio del desplazamiento de la libido oral y anal a la genital, siendo además un proceso fundamental para impulsar al sujeto hacia la

búsqueda de la segunda figura parental, es decir, para el logro de la verdadera triangulación edípica.

No obstante, el vínculo primordial de todo sujeto con la madre pronto habrá de verse turbado de diferentes maneras. Quedó dicho en líneas anteriores, que la identificación inicial del varón con su madre se ve impedida para sostenerse en su naturaleza totalizante, son ciertos aspectos incongruentes entre el cuerpo de ésta y el del niño los que le llevan a buscar una nueva figura de identificación más coherente con las condiciones anatómicas y fisiológicas de sus órganos genitales; en última instancia es un traslado en la figura de identificación sexual o de género. Caso contrario ocurre con la niña, quien sí encuentra una similitud y un mayor ajuste entre sus órganos sexo-reproductivos, de los cuales hasta ahora empieza a descubrir su verdadero potencial, y el cuerpo de su objeto primario de identificación. No solamente hay una identificación sexual solventada por la condición femenina de la madre, sino que también, hay una justificación para el deseo de engendrar y concebir hijos, algo que no existe en el varón. Así se muestra como el naciente interés genital pone, tanto a la niña como al varón, en posiciones muy distintas frente a sus figuras parentales y frente a sí mismos.

En concordancia con lo anterior, cabe precisar que el paso a la genitalidad en el desarrollo de la niña se muestra como un proceso más complejo, en comparación con el varón. La pequeña niña no sólo tiene que superar las tendencias pregenitales, sino también, debe lidiar con la dualidad de su órgano sexual. El placer genital del niño, una vez ha alcanzado su plena consolidación, se le reconoce como focalizado y concentrado en un único punto, el pene; caso contrario ocurre con la niña, quien posee dos puntos genitales de igual valoración erótica, el clítoris y la vagina. La apertura hacia la genitalidad femenina inicialmente se encuentra bajo el influjo de estas dos zonas del órgano genital, hallándose un placer de diferente tipo en cada una de ellas; así pues, el clítoris se

relaciona con el placer masturbatorio y la fantasía de poseer un pene externo, mientras que la vagina se encuentra vinculada con un placer propiamente femenino, asociado con la posesión e incorporación del pene en el propio cuerpo con el fin de concebir un niño.

*“las fantasías asociadas a impulsos vaginales tienen un específico carácter femenino. La niña pequeña desea recibir e incorporar el paterno, y adquirirlo como posesión interna, y de aquí pronto arriba el deseo de recibir un niño de él. Estos deseos, en parte por ser frustrados, alternan con el deseo de poseer un pene externo.”*⁵⁶

Tales deseos, principalmente aquellos relacionados con la posibilidad de la concepción de niños, ponen a la niña en una posición aparentemente ventajosa, pues cuenta con un equipamiento sexo-reproductivo, en esencia, con las mismas posibilidades que el de su madre, y por tanto en un movimiento fantasioso termina sintiéndose en pleno derecho de ocupar su lugar, situación que promueve aún más la rivalidad y la hostilidad en su relación.

Esta sensación de ventaja inicial, que lleva a la ilusión de satisfacerse plenamente en sus impulsos sexuales (incorporación), tratando de emular a la madre, se convierte en una frustrante desilusión al no poder gratificarse de la manera anhelada. Es claro que un organismo inmaduro como el de la pequeña niña se encuentra inhabilitado para cumplir las funciones sexuales y reproductivas de una mujer adulta, no obstante, para la niña la responsabilidad en la frustración de sus anhelos sexuales recae en la madre, quien la ha dejado insatisfecha al acaparar para ella el pene del padre y los bebés. Hecho que contribuye, de igual

⁵⁶ *Ibíd.*

manera, al alejamiento de la madre y al aumento en los impulsos agresivos hacia ella.

Hasta este punto se han acentuado las particularidades en el desarrollo del varón y de la niña, sin embargo, cabe señalar un punto de confluencia entre ambos, anudado a las anteriores aserciones. Se hace notorio como las primeras tentativas de gratificación apuntaladas en la genitalidad y que expresan puros deseos femeninos caen, incoerciblemente, en la frustración. En el caso del varón sería por la incongruencia entre éstos y la naturaleza de su genital, mientras que para la niña tal situación obedece a la negligencia y avaricia de la madre, quien acapara para sí misma el pene del padre. Es una situación similar para ambos constituida como uno de los primeros pasos hacia la organización sexual definitiva, la cual es resuelta por cada uno a su manera.

Ante tal afrenta perpetrada por la madre, la niña sólo puede experimentar los más profundos sentimientos de envidia y celos, acrecentando así las motivaciones para la hostilidad hacia ella. Los celos son el significado de las intensiones de desplazar y ponerse en el lugar de la madre, logrando así el acceso al pene del padre y a los bebés que gracias a él es viable engendrar; por otro lado, la envidia expresa una mayor sevicia en la relación con la madre, pues al no poder apropiarse de los rasgos deseables del objeto no queda más opción que arremeter contra ellos, destruyéndolos en la fantasía, sin importar que al mismo tiempo los pierda para sí misma.

A pesar de estos fracasos y de la frustración en el logro de una satisfacción sexual completa, el proceso identificatorio de la niña con el objeto primario promueve una valoración de su órgano genital, si es valioso el de su madre, por su capacidad reproductiva, también ha de serlo el suyo, además no se debe olvidar que sí existen satisfacciones genitales, aunque no alcancen la magnitud de las

expectativas. La envidia y los celos, estimulantes de los ataques sádicos contra el cuerpo de la madre, originan en la niña el temor por su propia integridad física, pues se espera una retaliación, por parte del objeto, semejante en proporciones a la agresión desplegada. Presiente así, que su genital ha de ser mutilado, envenenado, ensuciado y aniquilado, con el subsecuente robo de su propio pene interno y niños, tal como ella lo ha hecho fantasiosamente con su madre.⁵⁷

6.2.6 La envidia de pene en la niña: tomemos como punto de partida el principal conflicto, relacionado con los órganos sexo-reproductivos, que tiene lugar durante la denominada fase femenina del desarrollo. Ante el exabrupto que resulta el intento de emular las capacidades sexuales y reproductivas de la madre, la única alternativa plausible sería la búsqueda de nuevos horizontes identificatorios; tales exigencias transicionales son resueltas por el varón mediante las nuevas posibilidades de identificación que le ofrece la figura paterna, es así como secundariamente a la frustración de sus impulsos femeninos el varón descubre el verdadero valor de sus órganos masculinos, ajustándose a un carácter pulsional penetrativo; el niño erige una sobreestimación, desde lo racional (sobrecompensación), de su pene externo, transformando así la desventaja de su imposibilidad para acceder a las funciones maternas en la ventaja de tener un órgano sexual sobresaliente y completo, capaz de proveer además enormes montos de gratificación.

El hecho de tener un órgano genital real al cual trasladar los nuevos intereses sexuales, ayuda al niño a superar el estrago de la frustración de la fase femenina. Sin embargo, el panorama es bastante disímil para la pequeña niña, pues su clítoris, órgano en el que se sustentaría los impulsos sexuales de corte

⁵⁷ *Ibíd.*

masculino, difiere bastante del pene masculino. El fracaso en la satisfacción sexual femenina lleva a la niña, tal como ocurre con el varón, a desarrollar un *falismo* secundario; los intereses sexuales primitivos en la mujer están inicialmente sustentados en el deseo femenino de incorporar el pene paterno y engendrar bebés, mientras que la búsqueda fálica aparece como un fenómeno reactivo o secundario a la frustración e insatisfacción del deseo propiamente femenino.

En ella también surge un interés especial por el órgano genital masculino como fuente de gratificación sexual, empero la posibilidad de escapar a tal conflicto vía identificación paterna termina convirtiéndose, contrariamente, en una nueva gran frustración, ya que las diferencias más que evidentes entre su clítoris y el pene del padre la ponen de frente a una nueva y dramática incompatibilidad.

Primero que nada, la insatisfacción con el clítoris llega a la niña al contrastar el tamaño. Su conocimiento sexual inconsciente le muestra la reducida existencia de su órgano, y aunque esto no es un directo indicador del monto de placer a proporcionar, sí genera una devaluación de su condición sexual. Asimismo, existe un hecho adicional que contribuye a tales sentimientos en la niña, se trata de los actos masturbatorios; para infortunio suyo y contrariamente a lo ocurrido con el varón, se reconoce la insuficiencia del clítoris para tramitar el ingente monto de excitación que la embarga. Melanie Klein lo explica de la siguiente manera:

[...] *“En las niñas, sin embargo, la masturbación no proporciona una descarga tan adecuada para esos montos de excitación como proporciona en los niños. De ahí que la falta acumulada de gratificaciones proporciona otro motivo para que existan más complicaciones y disturbios en el desarrollo sexual femenino.”* [...] ⁵⁸

⁵⁸ KLEIN, Melanie. Estadios tempranos del conflicto edípico, Op. Cit., p.49

A expensas de todas estas vicisitudes sexuales, la niña desarrolla una envidia fálica (de pene). Melanie Klein considera acertado el planteamiento de una envidia fálica en la niña, y nos lo expone como un fenómeno secundario al fracaso de unas tentativas de organización femenina iniciales. Desde un principio existió en la niña un reconocimiento y un interés por el pene paterno, durante la fase femenina se lo quería incorporar en el propio cuerpo y utilizarlo para obtener los bebés que éste es capaz de engendrar, sin embargo, aquí la representación y las intensiones respecto a tal órgano paterno cambian en su naturaleza. De ser aquel medio que complementa satisfaciendo unos deseos netamente femeninos (de incorporación), pasa ahora a verse como un órgano al que se desea igualar en lo referente a la satisfacción que puede proveer como sujeto masculino.

La situación de la niña respecto a su anatomía genital, la sexualidad y el vínculo con los objetos primordiales es realmente confusa y embargada por la incertidumbre. Mientras que el varón posee un pene real y notoriamente visible, que le permite reponerse de la afrenta narcisista surgida por la insatisfacción de los primeros deseos femeninos, e igualmente, saberse a la altura del padre, considerándose en pleno derecho para rivalizar con él; la niña por el contrario, carente de estos valiosos recursos, ha quedado únicamente con un deseo insatisfecho de maternidad y con un anhelo, cuya consecución resulta poco probable, de alcanzar una satisfacción por la vía masculina de su sexualidad, último recurso apelado para redimirse de su desventaja y encontrar un órgano viable para la satisfacción.

La niña cae también en el juego racionalista del varón, donde se intenta compensar la frustración femenina por medio de la sobrevaloración del pene, consagrándolo como el órgano máximo para la ganancia de placer. En el varón realmente funciona, pues tal fantasía le ayuda a consolidar su identidad masculina, sexualidad y objeto de amor. Sin embargo, a la niña tales ideas la

llevan a una especie de callejón sin salida, ya que en lugar de amortiguar el impacto vivido con su ser femenino, termina valorando y albergando esperanzas fallidas de satisfacción en un órgano o condición ajena. Esto es lo que podríamos entender, desde la perspectiva kleiniana como *envidia fálica de la mujer*, algo que ella misma reconoce como inacabado dentro de la teoría psicoanalítica, pero de enorme importancia para el desarrollo psíquico.

[...] *“Mi opinión es que la envidia de pene es una compleja trama de la que sólo ciertos hilos han sido generalmente reconocidos.”*⁵⁹

Ya que hubo un fracaso en sus tendencias heterosexuales, no queda más que el recurso de la homosexualidad, recordando la condición bisexual de la niña. Así nace el interés por alcanzar una satisfacción de carácter masculino, es decir, por medio de su equivalente del pene y con unos fines penetrativos. Se ha hecho mención al fracaso de la niña para la satisfacción de estos nuevos intereses, mostrando así que su sexualidad se encuentra en un limbo, en una indeterminación entre lo masculino (clítoris) y lo femenino (vagina), por lo tanto, la manera como resuelva esta coyuntura del complejo de Edipo marcará las directrices sexuales por el resto de su vida.

El despliegue sexual y el vínculo afectivo de la niña hacia sus figuras parentales se tiñen de conflicto, pues ambos resultan ser frustrantes e insatisfactorios. De esta manera, se muestran con mayor intensidad los reproches hacia la madre. A la rivalidad inicial, motivada por el acaparamiento materno del órgano sexual de satisfacción (pene) y de los bebés, ha de sumársele los

⁵⁹ HEINMANN, Op. Cit., p.43

reproches por concebirla como un ser incompleto e incapaz de rivalizar en su anatomía sexual con el padre o con hermanos, en caso de haberlos.

Los impulsos agresivos contra el objeto materno tienen un origen multicausal, pues surgen a partir de diferentes factores, verbigracia, las frustraciones orales, anales y genitales; asimismo se expresa de múltiples maneras, tal es el caso de la voracidad, los celos y la envidia. Aparte de promover el desarrollo y poner a prueba los recursos psíquicos de la niña, todo este resentimiento y agresividad hacia el objeto materno tiene una función práctica adicional, ya que evita el desbordamiento de la ansiedad al controlar los efectos lesivos del superyó sádico; puede decirse que presta la justificación perfecta para actos agresivos desplegados por el sujeto, disminuyendo así la culpa y la ansiedad por una eventual retaliación.

Los reproches de la niña contra su madre, a quien se proyecta toda la responsabilidad de todas sus frustraciones sexuales, por ejemplo, concebirla como un ser incompleto y además acaparar el pene paterno, le sirven como una justificación para sustentar sus impulsos sádicos y darlos como una respuesta esperable para alguien en su condición. Podría decirse también que la victimización y su declaración de ser un sujeto incompleto, perjudicado por el otro (madre) le permite redimirse de su papel activo en las fantasías sádicas, así se deshace, en parte, de su responsabilidad en las agresiones contra el cuerpo de la madre.⁶⁰

Así las cosas, se hace menester resaltar la función organizadora y estructurante subyacente en el objeto paterno, pues la relación de la pequeña niña con éste se ve menos cargada de angustia y agresividad, no dejando de

⁶⁰ *Ibíd.*

reconocer también la existencia, poco marcada, de una rivalidad (por la posesión del pene).

Inicialmente, en un periodo correspondiente a la fase femenina del desarrollo, el reconocimiento de la figura paterna se encuentra supeditada a la función del pene en el acto sexual. Más adelante, en lo que se conoce como la fase fálica de la niña, predominarán mecanismos como la idealización y la admiración profunda, tanto es así, que se convierte en un objeto al que se desea imitar, tratando de igualar su potencia sexual y la capacidad para tramitar, por medio de sus valiosos genitales, grandes montos de excitación. Con tales afirmaciones no se niega la existencia también de ciertos montos de agresión hacia el padre, pero sería más bien un remanente de la relación positiva y negativa (ambivalente) hacia la madre.

La relación de la madre determina en gran medida la relación posterior con el padre, pues éste último se presenta como una especie de redentor, llegado a su vida para redimirla de sus desventajas y proveerle todo lo que le ha sido arrancado por la madre. De la misma manera, si los niveles de angustia y agresión con respecto a ésta no encuentran la manera de ser tramitados y se perpetúa el sadismo en los vínculos objetales, la relación con el padre y con el resto de los hombres será igual.

Es claro que la angustia ha estado desde el principio de la vida vincular del sujeto, y en el caso especial de la niña ha ocupado el papel protagónico en la generación de todos estos conflictos edípicos, por lo que no ha de resultarnos extraño que también sea la angustia la principal partícipe en su resolución. La resolución del complejo edípico temprano guarda una correspondencia con la posición esquizo-paranoide, implicando así una transformación en la naturaleza de la angustia; a esta altura los intereses narcisistas han perdido gran parte de su fuerza psíquica, el yo siente menos angustia por las retaliaciones del objeto y en

su lugar aparece la culpa y el temor por la conservación intacta de los objetos (frente a los cuales se siente dependiente), de ahí que surja la reparación como mecanismo defensivo. Es un proceso madurativo en el cual los mecanismos de defensa (ante la angustia) dejan de ser omnipotentes, enfocándose más bien en la reparación y protección de los objetos.

Si se quiere hablar de una salida exitosa a todas las trabas que el proceso edípico pone a la niña, debe necesariamente hablarse de una reconciliación e integración con el objeto materno, lo cual será posibilitado principalmente por la angustia; los sentimientos de culpa y el fuerte temor por su propia integridad, situaciones todas originadas por los ataques sádicos hacia el objeto materno, llevan a la niña a intentos de sobrecompensación hacia la madre*, se pretende entonces reparar los daños ocasionados y se despliega hacia ella una relación amorosa y tierna. Tal satisfacción de los deseos amorosos, por vía materna, le permite reconciliarse con ella y habilitarla nuevamente para ser su objeto de identificación sexual, por tanto, la identificación con el cuerpo materno que otrora fue generadora de ansiedad e insatisfacción se conserva, pero ahora con una mayor definición respecto a su posición sexual.

Los nuevos conocimientos e integraciones que surgen como resultado de las vicisitudes edípicas también acarrear cambios en la forma de vincularse con el padre. Los mecanismos de idealización y admiración hacia él disminuyen, en el sentido de su papel como objeto de identificación de género, pues la niña ya se ha reconciliado con su madre y vuelve a erigirla en tal función; no obstante, el reconocimiento de la función sexual paterna se mantiene bajo su conocimiento, ahora es un hecho claro para ella que el objeto llamado para completarle y

* Lo que se constituye como una muestra clara del avance hacia la posición esquizo-paranoide, a la que le son propios los mecanismos defensivos de tipo reparatorio.

satisfacerle sexualmente es el padre. Asimismo, es el objeto para amar y ser amada.

En palabras de Melanie Klein sería así:

[...] *“Más tarde, cuando obtiene una gratificación completa de los impulsos amorosos, se une a esta admiración la inmensa gratitud que se deriva de la larga frustración. Esa gratitud halla su expresión máxima en la capacidad femenina para una completa y duradera sumisión a un solo objeto amado, especialmente para el primer amor.”*⁶¹

A manera de conclusión, cabe destacar que en lo relativo al proceso de estructuración sexual la mujer conserva y perpetúa los *finés de incorporación* que le eran propios desde el principio de su vida; inicialmente se trata de la incorporación del alimento y el pecho materno por la vía oral, con la disolución del complejo edípico tales fines se reorientarán hacia el objeto paterno, es decir, a incorporar el pene por vía genital, lo que habrá de constituirse como el modelo de su sexualidad adulta. También es importante recordar que el complejo de Edipo trae consigo grandes logros en la vida erógena y vincular de la pequeña niña, tales como, el traslado del amor erótico desde la figura materna hacia la figura paterna, y el paso definitivo de la sexualidad pregenital a la sexualidad genital.

6.2.7 El superyó: La teoría kleiniana nos ha sorprendido al plantear que el acaecer psíquico de la infancia más temprana se encuentra intervenido por conflictos de gran complejidad, relacionados incluso con las primeras tendencias

⁶¹ KLEIN, Melanie. Estadios tempranos del conflicto edípico. Op. Cit., p.52

edípicas, y de los que hacen parte componentes estructurales como el Yo. Ahora bien, la lectura de los postulados de Klein nos revela, además, la existencia de un Superyó, que no obstante su condición primitiva, influye de manera decisiva en la dinámica psíquica tanto en el periodo preedípico como durante el núcleo de la trama edípica.

Melanie Klein da por sentada la génesis de la estructura superyoica en las identificaciones con los objetos parentales, aunque para ella tales elementos identificatorios no se originan o adscriben, de forma exclusiva, al complejo de Edipo, más bien corresponden a diferentes momentos y estratos de la vida mental. Según ella, existe un superyó primitivo, propio de la etapa pregenital, que no espera la conclusión del conflicto edípico para formarse como resultado de la introyección de la ley paterna, por el contrario, afirma que el superyó se constituye, en primera instancia, como derivado de las identificaciones más tempranas con el objeto materno en pleno predominio de las tendencias a la incorporación oral.

El hecho de ubicar un superyó en momentos de tanta inmadurez, hace que sea lícito atribuirle ciertas características especiales, por ejemplo, una excesiva severidad contra el Yo que se origina en la naturaleza contradictoria de las identificaciones con el objeto materno, pues éste oscila entre la bondad y la severidad; es un superyó proveniente de un objeto materno distorsionado por la fantasía inconsciente y deformado por los mecanismos defensivos que operan en el vínculo primordial.

En concordancia, se observa como el superyó del periodo pregenital se hace operativo a través de los sentimientos de culpa que subyacen a los ataques oral-sádicos y anal-sádicos desplegados hacia el objeto materno. Como resultado de las frustraciones libidinales, el niño experimenta un deseo imperioso por destruir el objeto castrante, ya sea mordiéndolo, cortándolo o devorándolo; la intensidad de

este deseo es tal, que a manera de mecanismo defensivo debe ser proyectado por el Yo hacia el exterior, es decir que ahora el objeto se percibe como amenazante y dispuesto a perpetrar iguales acciones sádicas contra el sujeto⁶²; precisamente de tal representación objetal sesgada, el superyó pregenital alimenta su sadismo y así arremete contra el yo aplicando una fuerza que puede incluso llegar a ser canibalística.

No obstante, la existencia de un superyó que antecede la entrada en la genitalidad, es claro que aún requiere un largo proceso y mucho desarrollo para llegar a su configuración final. Es un componente psíquico notoriamente severo e implacable, pues se encuentra escindido por los rasgos contradictorios observados en el objeto identificatorio (idealizado y a la vez persecutorio). La dualidad es algo presente en el superyó desde el momento de su génesis, empero, uno de los logros que el desarrollo psíquico confiere a esta estructura es el de convertirse en una unidad integrada. La severidad del superyó debe ir declinando progresivamente, gracias al predominio de los rasgos buenos del objeto (que serán parte del ideal del Yo) la angustia persecutoria irá perdiendo su fuerza, dejando de ser necesaria la utilización de defensas tan primitivas, como la escisión o la identificación proyectiva, para dar paso a las defensas depresivas y a la posibilidad de integrar las dos representaciones de objeto y verlo como uno sólo (con sus aspectos buenos y malos).

Una de las ideas más llamativas de la teoría kleiniana se encuentra a la hora de pensar el superyó a través del proceso edípico. Desde esta perspectiva, se muestra una dirección de influencia que va desde el superyó primitivo hacia el proceso edípico, es decir, propone una inversión en ambas instancias, siendo así

⁶² *Ibíd.*, p. 39.

el superyó el responsable por la definición y desenlace del complejo edípico, así como del desarrollo del carácter y del Yo⁶³.

La relación primordial de todo sujeto con sus objetos está cargada de enormes montos de angustia, a lo que también ha de sumársele los impulsos sexuales, tal es el sadismo existente en dicho vínculo que el sujeto incluso llega a temer por su propia integridad física, presiente que puede ser devorado, mutilado o aniquilado. Es precisamente esta clase de angustia la que se relaciona con el superyó temprano, caracterizado por la severidad de sus ataques contra el Yo. Se le atribuye una gran fuerza impulsora dentro del complejo de Edipo debido a las crisis de angustia que produce, tales amenazas hacen mover al sujeto a la búsqueda de nuevos objetos, zonas, fines pulsionales y mecanismos de defensa. Así, por ejemplo, la angustia persecutoria con el objeto materno hace que el sujeto recurra a una figura alternativa, el padre; de la misma forma, la angustia de castración lo hace cambiar en sus fines o fuentes pulsionales; por último, durante los capítulos finales del proceso edípico, cuando ya han aflorado los mecanismos de defensa reparatorios, el temor por perder alguno de los padres y su deseo por conservarlos indemnes motiva la renuncia a sus tendencias sádicas.

La formación y organización del superyó también deberá trazar un camino especial en cada sujeto dependiendo de su sexo, hombre – mujer. Tal como ocurre con otros procesos edípicos de gran envergadura existe una caracterización propia del Superyó, típicamente masculino y típicamente femenino; tal situación obedece a la naturaleza de las ansiedades que cada uno de ellos experimenta y a la manera como ésta influye en las demás dimensiones psíquicas.

⁶³ BLEICHMAR, Norberto y LIEBERMAN, Celia. El Psicoanálisis después de Freud, Barcelona: Paidós, España. 1997.

En lo tocante a la organización superyoica del varón, puede afirmarse que se hace fecunda, principalmente, a partir del objeto paterno, por tanto, la naturaleza del superyó masculino procede de la relación con el padre. La angustia donante de los principales elementos para la configuración superyoica es la angustia de castración paterna, la cual hace su aparición luego del paso a la genitalidad y de la superación del complejo femenino del varón. Melanie Klein lo tipifica como una instancia menos severa que su ancestro pregenital, incapaz de generar una angustia persecutoria o canibalística, esto gracias a que en la identificación con el padre los montos de angustia son menores y se orientan hacia un órgano concreto y reconocido plenamente por el sujeto. El pene sobrevalorado por el varón le hace ser consciente de lo que posee y de lo que puede llegar a perder, generándose así una angustia de castración bastante intensa pero que no llega a ser aniquiladora.

En el caso de la pequeña niña, la organización superyoica se adscribe a sucesos disímiles a los típicamente masculinos. Klein nos muestra como el superyó de la niña proviene, principalmente, de los rasgos introyectados del objeto materno, por lo que cae en plena lógica la atribución de una mayor severidad y agresividad. Tales cualidades, se hacen admisibles si se reconoce el mayor monto de angustia procedente de la relación con la madre. Se ha dilucidado la manera en que la niña entra en conflicto con su madre, motivada por los celos, la envidia, la frustración y los reproches, llegando a desplegar ataques sádicos hacia el cuerpo de ésta, los cuales ulteriormente habrán de dar lugar a la angustia persecutoria.

A diferencia del varón, los avatares de la niña en su organización erógena, caracterizado por el no reconocimiento de un órgano genital concreto y visible, donde se oscila entre el placer clitoridiano y vaginal, dan lugar a un temor de castración más generalizado, que inclusive puede orientarse hacia todo el cuerpo. El varón está en pleno conocimiento de la parte de su cuerpo candidata a la castración, por otro lado, la niña cuenta con una idea difusa de lo que puede

perder, pues hasta el momento no ha ocurrido la consolidación genital y sólo ha recibido frustraciones en sus tentativas de hacerlo; por consiguiente, la niña se ve embargada por una angustia de castración más crónica y de difícil tramitación, fruto de la alta longevidad que en ella tiene el periodo pregenital, y por tanto la severidad superyoica que le es propia.

Por supuesto, ideas tan llamativas es mejor recibirlas en palabras de la misma gestora:

[...] *“El curso seguido por la angustia de castración del varón en lo que se refiere al pene, que existe visiblemente, es sin embargo, diferente; puede calificarse como más aguda que la ansiedad más crónica de la niña relativa a sus órganos internos; con los que está necesariamente menos familiarizada. Pero tiene que producir diferencia el que la ansiedad del varón esté determinada por el Superyó paterno y la de la niña por el superyó materno.”*⁶⁴

⁶⁴ KLEIN, Melanie. Estadios tempranos del conflicto edípico, Op. Cit., p.39

7. EL COMPLEJO DE EDIPO EN SIGMUND FREUD Y EN MELANIE KLEIN

Las tentativas por comparar y contrastar dos teorías diferentes pueden considerarse, desde cierto punto de vista, improcedentes; esto debido al alto riesgo que existe de calificar o hacer crítica de una teoría basándose en preceptos, ideas y concepciones pertenecientes a otra o que, simplemente, le son ajenos. Por tanto, debemos proceder de manera especialmente cauta para no caer en el error de sesgar el análisis de alguna de las teorías al extrapolar ideas externas a ellas; por tal motivo es necesario reconocer y tener presente que un análisis de este tipo toma como punto de partida la disparidad, una disparidad que surge al saber que cada uno de estos discursos posee su propio objeto de estudio y su propia manera de abordarlo, sus propios objetivos, sus propios métodos y sus propios representantes. Dicho esto, sólo nos queda mencionar que nuestra tarea fundamental será analizar en un sentido comparativo, aunque de una forma muy responsable, las propuestas teóricas que frente al complejo de Edipo ambos autores nos presentan; desde luego, evitando tanto como sea posible la desestimación, la exaltación o filiación subjetiva hacia alguno de ellos. Nuestros empeños se orientan, más bien, a observar, identificar y comparar de la manera más neutral posible los elementos inmanentes al complejo de Edipo que, desde ambas perspectivas, se proponen, resaltando de paso la manera cómo están relacionados y su influencia en el desarrollo psíquico.

Inicialmente, la lectura de las teorías freudiana y kleiniana, en lo que respecta al complejo de Edipo, ahuyenta cualquier duda entorno a la importancia que comporta para el desarrollo psíquico temprano. Melanie Klein y Freud coinciden en afirmar que durante el periodo edípico ocurren cambios, en diversas dimensiones

psíquica, de gran injerencia en la organización sexual, tal es el caso de los procesos identificatorios, la transición sexual (en lo referente al objeto, al órgano y a los fines pulsionales), la transformación de las tendencias agresivas y la asunción de un sistema normativo propio. Desde ambos enfoques, se da plena legitimidad al complejo de Edipo como uno de los momentos más determinantes para la vida psíquica adulta, pues se espera que a su término el sujeto, tanto hombre como mujer, haya adquirido una organización psíquica que, en esencia, ha de mantenerse por el resto de su vida. En ambas teorías el complejo edípico se compone de asuntos tan trascendentales como la elección de un objeto de amor, de un objeto identificatorio (de género), e igualmente la consolidación de la genitalidad y de unos fines sexuales acordes a ésta.

Si bien existen puntos de consenso respecto al lugar que ocupa el complejo de Edipo en la organización psíquica y a los actores que intervienen en él, también debemos considerar la existencia de marcadas disparidades, principalmente referidas a la temporalidad, a los momentos que vive el sujeto dependiendo de su sexo y a la dinámica de sus conflictos. De hecho, es fácil colegir la manera cómo los aspectos dinámicos, es decir los movimientos de los protagonistas, empiezan a hacer flagrantes las diferencias entre Freud y Klein a la hora de concebir este complejo; por ejemplo, desde ambas propuestas se admite que en las dimensiones identificatoria y sexual deberán alcanzarse ciertos logros antes de la disolución edípica, logros que habrán de ocurrir en el escenario de los vínculos con las figuras parentales, sin embargo la manera específica como interactúa el sujeto con dichas figuras y los retos vinculares que ha de afrontar para la consecución de tales logros se plantean de forma muy disímil por ambos autores.

Tanto en Melanie Klein como en Sigmund Freud, se describen ciertos rasgos propios del complejo de Edipo, gracias a los cuales recibe su nombre. Debemos recordar que los primeros antecedentes freudianos al respecto tienen lugar en

medio de sus observaciones clínicas, donde encuentra en el discurso de sus pacientes histéricas la alusión a conflictivas análogas a los hechos narrados en la tragedia escrita por Sófocles, correspondientes, en esencia, a un conflicto del sujeto con sus padres, en el cual tienen cabida sentimientos y tendencias primitivas como el incesto y el parricidio. Situación reconocida en pleno también por Melanie Klein, en sus aseveraciones relativas al andamiaje básico del complejo de Edipo.

Dentro de ambas teorías se admite que el complejo de Edipo es un momento de la vida psíquica en el cual intervienen, durante su trama principal, los mismos tres personajes, a saber, *el hijo, la madre y el padre*. Igualmente, las dos teorías centran su atención en la experiencia particular del sujeto y en el modo como afronta los retos de este periodo en procura de conseguir los logros antedichos. En general, vemos como coinciden en resaltar de modo especial la dimensión sexual, donde habrá de elegirse un objeto para amar y ser amado; la dimensión identificatoria, donde se espera la consolidación de la identidad de género por medio de una figura modelo de identificación; y finalmente, encontramos un elemento del que ninguno podría prescindir: el superyó.

En síntesis, queda claro que en principio existen bastantes paridades referidas a los aspectos teóricos generales, como la importancia del complejo edípico en la organización psíquica y los logros esperados al momento de su conclusión; sin embargo, la manera específica como dichos logros se hacen plausibles para el sujeto, y las vicisitudes que habrán de sortear tanto el varón como la niña, hacen parte de experiencias y conflictos de distinto orden.

Entre los aspectos teóricos generales es viable tomar como punto de partida *la pulsión*. Si empezamos con Freud, basta simplemente con recordar que uno de los ejes fundamentales del modelo freudiano, donde se incluye el complejo de Edipo,

corresponde a los diversos movimientos de la pulsión; En esencia, Freud trata de hacer una lectura de los cambios que aparecen en la vertiente erótica de la pulsión, de modo tal que son los intereses sexuales del sujeto los principales impulsores del desarrollo psíquico, y desde luego, son aquellos que dan lugar a los conflictos propios del acontecer edípico. Desde el punto de vista freudiano el sujeto se mueve en términos de placer y displacer, es decir, se mueve entre la ganancia de satisfacción y la evasión del sufrimiento, por lo que durante el complejo de Edipo sus impulsos estarán orientados a la consecución de montos de placer sexual cada vez más elevados (como los que posibilita el órgano genital) y la renuencia a perder los estados de gratificación ya alcanzados (como ocurre al tener que compartir el objeto de deseo con la figura paterna rival, y la posibilidad de perder el órgano genital).

Por otro lado, Melanie Klein espera que la disolución del complejo de Edipo deje como resultado unos logros psíquicos muy similares a los que propone el modelo freudiano, aunque desde su lógica los movimientos y conflictos que intervienen son, por mucho, diferentes. Respecto a los postulados kleinianos, es válido aclarar se concibe el complejo de Edipo tomando la misma unidad básica de análisis, o sea, la pulsión. El foco de interés kleiniano está detentado, primordialmente, en la pulsión y las tendencias intrínsecas al sujeto, base de la que también parte la teoría freudiana, sin embargo, lo más trascendental para ella a la hora de trazar las directrices de la transformación edípica es la vertiente agresiva de la pulsión, no la vertiente erótica.

Las tendencias agresivas son intrínsecas al sujeto y empiezan a hacerse operativas desde las primeras configuraciones vinculares, su principal aporte es plantar la semilla para la generación de la angustia, la cual como ya sabemos dinamiza el desarrollo psíquico al desbordar las capacidades de afrontamiento del sujeto, conduciéndolo así hacia los principales conflictos psico-sexuales. Antes de

considerar la angustia o cualquiera de sus implicaciones, debe advertirse que el elemento primordial aquí son los ataques sádicos fantasmáticamente desplegados hacia la figura materna, responsables de la primera gran angustia de aniquilación. A pesar de todo esto, la corriente erótica de la pulsión, que tanta importancia tiene para Freud, sigue ocupando un papel fundamental, pues las intelecciones kleinianas sobre el complejo de Edipo nos hablan de un sepultamiento que sólo será posible a través de un acto de amor puro hacia los objetos, al final de todo el sujeto deberá declinar sus pulsiones sádicas para conservar a sus padres unidos e indemnes, lo que ha de llamarse un acto puro de amor.

Así queda claro que para Melanie Klein la angustia es el elemento más trascendental al tratar de comprender el acaecer psíquico infantil, incluyendo desde luego el paso por el complejo de Edipo. Es cierto también que para Freud la angustia no constituye el eje central en su modelo de organización psíquica, pues como se ha reiterado, él supedita los movimientos del sujeto, principalmente, a la pulsión sexual; aquí el papel protagónico de la angustia queda reservado al sepultamiento del complejo edípico, donde desata la transición definitiva para su conclusión al promover la represión sobre los impulsos incestuosos y parricidas (angustia de castración).

Lo anterior es parte de un repaso que, de manera muy general, nos muestra algunos de los principales elementos a considerar a la hora de estudiar y comparar el complejo de Edipo en ambos autores, correspondiendo a aspectos teóricos a los que cada uno asigna grados de importancia diferente o son enfatizados de manera especial. Pasando de lo general a lo específico, encontramos unidades de comparación bastante interesantes, asuntos que parecen ser coyunturales desde cada una de estas propuestas; tal es el caso de las diferencias entre los sexos, algo a lo que tanto Freud como Klein dedican gran interés y sobre el cual les resulta inevitable reflexionar.

Las palabras de Freud no son escasas al momento de teorizar acerca de la diferencia psíquica y sexual entre los sexos, y es aún más prolijo para referirse al desarrollo edípico del varón, para infortunio de quienes pretendemos auscultar su obra, no es igual en el caso de la niña. Para entonces, una de las grandes limitaciones del psicoanálisis se hace flagrante a través de la organización psíquica de la niña, según el mismo Freud, su comprensión del complejo de Edipo femenino presenta un panorama lleno de incertidumbre, que aún en los tiempos finales de su obra quedó sin esclarecer; ello obedece a que en la mujer aparecen ciertos conflictos específicos relacionados con el cambio de objeto sexual, la castración (que es para ella un hecho ya consumado) y la envidia de pene (condición que no tiene correlato en el varón). Como ya hemos ampliado en los apartados dedicados a Freud, es él mismo quien reconoce los límites que a este respecto presenta su teoría, mostrándonos además poco prometedoras expectativas, siendo probablemente los conflictos propios de la mujer el punto más oscuro en su esquema de organización psíquica. Luego de todo lo anterior, la consecuencia más negativa que sobreviene es la repentina falta de argumentación respecto al superyó femenino, pues a diferencia de lo que ocurre con el varón, Freud se conforma con decir, en pocas palabras, que es considerablemente menos severo debido a la inoperancia del complejo de castración, y que por el momento no hay nada más que su psicoanálisis pueda esclarecer. Es una situación en verdad lastimosa, pues deja espacios vacíos para el entendimiento de un componente estructural decisivo para la estructuración del sujeto femenino.

En el otro lado de la balanza, algo bastante interesante resulta después de interrogar a Melanie Klein sobre la relación entre el complejo de Edipo y la mujer. Luego de nuestro recorrido por su teoría, es válido concluir que en muchos aspectos ella construye sobre los espacios vírgenes dejados por Freud, por lo que aporta al psicoanálisis un profuso esclarecimiento de los asuntos más

problemáticos del desarrollo femenino; Por supuesto, tales afirmaciones no deben asumirse como indicativos de una relación de complementariedad de la teoría kleiniana respecto a la teoría freudiana, donde Melanie Klein pretendería dar legitimidad a los postulados freudianos aclarándole sus puntos oscuros, se trata más bien de unas propuestas novedosas y originales, que de manera independiente, terminan ayudando en tal función. Contrario a Freud, Melanie Klein es bastante clara al referirse al complejo de Edipo femenino, y como hemos, visto decanta de muy buena manera sus conflictos, su evolución sexual y vincular, la transformación de sus tendencias innatas y, en un lugar especial, el superyó.

7.1 LA SEXUALIDAD EN EL COMPLEJO DE EDIPO

La dimensión sexual del desarrollo es uno de los apartados que mejor permite la elaboración de un análisis comparativo, pues es considerada de manera protagónica en cada uno de estos modelos de desarrollo, así que no es extraño encontrar términos compartidos, por ejemplo, zonas erógenas, objetos sexuales, impulsos incestuosos y castración. Al momento de trazar paralelos entre la manera cómo Freud y Klein conciben la sexualidad dentro de su lógica descubrimos puntos clave de concordancia y de disenso; desde ambos enfoques, se dice que en principio no existe una diferencia psíquica reconocible entre sujetos de distinto sexo, es decir, que durante los momentos más arcaicos del desarrollo la sexualidad tanto del varón como de la niña se circunscribe al mismo objeto de deseo, a la misma zona erógena y a los mismos fines pulsionales. La idea básica compartida es que existe una indeterminación sexual al principio de la vida, por lo que los patrones psíquicos y vinculares son los mismos, sin importar si se ha nacido con pene o con vagina, y sólo a través del paso por el complejo de Edipo empezarán a aflorar los rasgos de género específicos, que traerán como resultado un sujeto sexualmente masculino o femenino.

La existencia de una condición sexual en principio compartida por hombres y mujeres constituye un punto de convergencia entre ambos autores, aunque al observar más profundamente, notamos que las similitudes no se extienden más allá, puesto que las etapas sexuales primitivas que cada uno describe son disímiles. Basta recordar que para Freud la sexualidad del varón y de la niña se circunscribe a unos fines netamente masculinos; el niño, desde el principio, se adscribe al modelo sexual que conservará durante el resto de su vida, un esquema compuesto por la predilección hacia las metas activas (de penetración) y deseando un objeto de características femeninas. Lo mismo ocurre con la niña, quien se encuentra en una forma de placer clitoridiano (sustentado en un órgano equiparable al pene del varón, y por ende filial de las metas activas) y desplegando todo su erotismo hacia el objeto materno, el más primordial para cualquier sujeto.

Los hallazgos de la teoría kleiniana muestran una situación similar, pero presentada de manera inversa. No es para ella una naturaleza masculina lo encontrado, en sujetos hombres y mujeres, durante los momentos precedentes al complejo de Edipo, sino por el contrario, existe un ajuste más cercano al esquema femenino de sexualidad. La lógica sexual de Melanie Klein, previa al posicionamiento genital, circunda entorno a unos fines de incorporación en asocio con las tendencias orales, inicialmente todo se trata del alimento pero con el tiempo habrá de extenderse a distintas esferas de la vida psíquica. Incorporación es un término relacionado con la adquisición en sí mismo de elementos externos; así por ejemplo contamos como actos de incorporación, la apropiación de los cuidados y los primeros rasgos identificatorios del objeto materno. De igual modo, la atención y erotización del sujeto se dirige al cuerpo de la madre, enfatizando en los órganos sexo-reproductivos, a saber, la vagina, el útero y los pechos, lo que

predice el anhelo infantil por emular a la madre en su capacidad para la concepción de bebés y para albergar el pene paterno.

Aquí a diferencia de los edictos freudianos, es la niña quien conserva su naturaleza sexual receptiva y de incorporación (acorde con su disposición genital) a lo largo de toda su vida; no obstante, es afín a la idea freudiana de la necesidad de una mudanza de objeto, pasando de desear a la madre a desear al padre. El estilo predecible y directo de la transformación sexual del varón es dejada de lado, puesto que es él quien debe realizar las mudanzas psíquicas más complejas, siendo menester el paso de unos fines femeninos (de incorporación) a los fines penetrativos, en correspondencia con su anatomía y fisiología genital.

A pesar de haber invertido las condiciones sexuales primigenias, mostrando un transcurrir más directo para la mujer, donde ella conserva sus fines sexuales, Melanie Klein concuerda con Freud al afirmar que el proceso edípico de la niña es más enmarañado y complejo que en el varón. Tal realidad, que ambos reconocen, se sustenta en la idea de una ambivalencia genital presente en la niña, es decir, el hecho de poseer dos zonas erógenas genitales de igual valor gratificante. El clítoris, relacionado con impulsos masculinos, y la vagina, referida a impulsos propiamente femeninos, cuyo predominio es necesario para consolidar una sexualidad adulta. Claro está, que la condición ambivalente no se restringe únicamente a los órganos genitales, puesto que existen durante este periodo fluctuaciones entre el amor a la madre y el amor al padre, moviéndose al mismo tiempo entre la homosexualidad y la heterosexualidad.

En síntesis, para Freud existe una fase masculina originaria, mientras que para Melanie Klein, la sexualidad primordial es de carácter puramente femenino, en un periodo que denomina *complejo femenino*, y que incluye por supuesto al varón.

7.2 LA IDENTIFICACIÓN

Otro de los puntos relevantes respecto al Edipo, corresponde a los procesos identificatorios. Para ambos discursos es un hecho consabido que la identidad de género definitiva ha de ocurrir en el sujeto por vía del objeto parental del mismo sexo, lo que en rigor quiere decir que la madre debe erigirse como el modelo identificatorio para su hija, prestándole los rasgos que la posicionarán en su género femenino; lo mismo habrá de ocurrir con la figura paterna en el caso del varón. La identificación no refiere, exclusivamente, a los rasgos psíquicos adquiridos de acuerdo al género del sujeto; alude también a procesos primitivos existentes desde tiempos más remotos del desarrollo. Desde ambas propuestas se reconoce la existencia de una suerte de identificación primitiva, que toma como objeto, en todos los casos, a la madre y que incluso antecede a la identificación de género resultante de los procesos edípicos. Se trata de una identificación con el más primordial de los objetos: la madre; cualquier sujeto, sea hombre o mujer, deberá indispensablemente establecer una sintonía con dicho objeto para hacer propios sus cuidados y establecer un vínculo de comunicación recíproca con él.

Ahora bien, Melanie Klein extiende el papel identificatorio con la madre más allá del tiempo y los sucesos psíquicos preedípicos. Durante la denominada fase femenina de su propuesta, la madre se posiciona como un objeto de identificación aún más complejo; tanto el niño como la niña experimentan enormes montos de fascinación por las capacidades sexo-reproductivas de la madre, dando lugar así a un deseo de igualarla y ponerse a su mismo nivel, pues esperan incorporar para sí el pene paterno (aspecto sexual) y los bebés que guarda el cuerpo de la madre (aspecto reproductivo). El varón deberá aguardar el paso por el complejo de Edipo, que sin grandes trabas le permitirá hacer una mudanza en el objeto de

identificación e incorporar los rasgos masculinos de su padre. Sin embargo, la niña luego de una tortuosa relación con la madre habrá de conservarla en su función identificatoria, aunque antes debe reconciliarse con ella y reponerse del dolor narcisista que ha sufrido (madre castrante), aumentando así los niveles de integración y abriendo paso a los mecanismos de defensa reparatorios.

Ya sabemos que las características del vínculo identificatorio primordial entre el varón y su madre son, por mucho, similares a las de la niña, así se entiende desde el discurso de ambos autores. A pesar de ello, Melanie Klein hace declaraciones más prolijas entorno a la manera como la evolución del vínculo va transformando esta situación inicial. Según nos cuenta, en el caso del varón tal identificación está destinada a fracasar, pues su cuerpo es incapaz de igualar o competir sexo-reproductivamente con el de su madre, y es por ello que el varón deberá pasar por una mudanza de objeto identificatorio. Tal como van las cosas, podría pensarse que la niña cuenta con una ventaja sobre el varón, pues al final ella conserva el mismo objeto de identificación; sin embargo, la consolidación identificatoria, al igual que la sexual, resulta ser un proceso mucho más simple y fluido en el varón. La figura paterna provee al varón un nuevo modelo para emular y resignificar, de una manera más positiva, el trauma por haber nacido con un pene y carecer de los órganos sexo-reproductivos femeninos, vagina, senos y útero.

En el caso de la niña, tal como ocurre con su consolidación genital, la situación resulta más compleja, ya que en primer lugar se distancia de la madre reprochándole por la inmadurez de unos genitales infantiles que le hacen sentir inferior, lo que al mismo tiempo implica rechazarla como modelo identificatorio; luego recurre a la figura paterna, respecto a quien también habrá de experimentar una gran decepción, al notar que él posee un órgano genital imposible de igualar con su pequeño clítoris e incongruente con su realidad anatómica. Finalmente, las

dificultades de esta nueva tentativa identificatoria la harán retornar a la madre, momento en el que la erige como su único objeto de identificación; algo que tiene lugar sólo cuando la disminución en los montos de hostilidad y angustia hacia ella lo permitan, dando lugar al establecimiento de un vínculo de amor tierno.

Concluimos así, que al hablar del varón ambos autores coinciden en reconocer una identificación primordial con el objeto materno, y aunque Melanie Klein profundiza más en la función de esta última en cada uno de los sexos, lo cierto es que en todos los casos será un asunto viable de resolver con la aparición de la figura paterna, al posicionarse como la nueva figura identificatoria. En el caso de la niña se admite la existencia de una identificación primordial hacia la madre y, tal como ocurre con el varón, coexistiendo junto a la catexis de objeto; la niña deberá arreglárselas durante las primeras etapas de su desarrollo para encontrar un nuevo objeto de amor (heterosexual) y conservar el proceso identificatorio hacia la madre, asumiendo para sí misma los rasgos propios de un ser femenino; la verdadera dificultad para ella consiste en mantener una relativa independencia entre ambos procesos, evitando que la hostilidad responsable por el desasimiento de la catexis de objeto permee el vínculo identificatorio que debe conservarse.

Las fallas percibidas por el sujeto en la función materna demarcan el inicio de la transformación del vínculo primordial. Freud afirma que el principal conflicto, en una época ya asociada al complejo de Edipo, tiene que ver con la reprensión de los actos sexuales y con su responsabilidad en concebir a la niña como un sujeto anatómicamente inferior. Melanie Klein, comparte las anteriores consideraciones freudianas, pues dedica extensas palabras a describir su idea de la madre castrante, cuyo papel es coartar los impulsos intrínsecos del sujeto, ya sea que se asocien con la pulsión de muerte o con la pulsión sexual; lo especial aquí es que ella amplía el pensamiento psicoanalítico a este respecto, pues profundiza y estudia de una manera más detallada las fallas maternas en su función

identificatoria. Recordemos que los planteamientos freudianos en cuanto a la ruptura de la ligazón-madre no implican, necesariamente, un menoscabo del vínculo identificatorio, pues la niña y su madre comparten el infausto destino de la castración, es decir, existe una desgracia que las identifica a ambas y les da el mismo lugar de inferioridad frente a la anatomía del varón, o al menos así se asume desde la perspectiva femenina.

Melanie Klein admite la existencia de fallas maternas en ambas dimensiones del vínculo, a saber, la sexualidad y la identificación. La primera de tales fallas se ve imbuida en el conflicto debido al acaparamiento que hace la madre de los bebés y el pene paterno, privando a la niña de los objetos que supone responsables por la satisfacción sexual y dejándola con unas expectativas no resueltas. En segundo lugar tenemos el plano identificatorio, donde la madre es responsable por el delito de no otorgarle el genital correcto, pues en lugar de poseer un órgano real que le haga sentir en capacidad de rivalizar con el varón, únicamente le queda un deseo de maternidad insatisfecho, incierto, confuso y por demás muy intenso.

7.3 EL SUPERYÓ

Finalmente, en lo tocante a otro de los ejes básicos de análisis: el superyó, nos encontramos con una posición muy particular en cada uno de ellos. Empezando con la propuesta freudiana, se destaca la aparición del superyó como un derivado del sepultamiento edípico, es decir, que tiene lugar como resultado de la angustia de castración que experimenta el sujeto en el vínculo paterno; concluyéndose por tanto que la estructura superyoica propia de la teoría freudiana toma como modelo al padre, pues es éste el representante de la ley. En los planteamientos kleinianos nos topamos con un superyo bastante disímil, en

aspectos que incluyen su origen, su evolución, y la severidad que puede desplegar hacia el sujeto. Desde este enfoque encontramos un superyó pregenital y que antecede la llegada al complejo de Edipo, no aparece como resultado del epílogo edípico, por el contrario, su formación obedece a procesos identificatorios de diversos momentos y es su influencia sobre la vida psíquica lo que mueve al sujeto hacia tal fase del desarrollo. El superyó kleiniano es el principal generador de angustia, siendo así responsable por las crisis que movilizan al sujeto hacia los conflictos típicos del complejo edípico.

Las elucubraciones freudianas entorno al complejo de Edipo muestran una similitud entre la naturaleza del superyó masculino y el superyó femenino, pues ambos provienen del vínculo paterno. Sin embargo, las características descritas para cada uno de estos casos son, por mucho, diferentes; ya hemos sido partícipes del severo proceder intrínseco a la estructura superyoica masculina, justificado en la amenaza de mutilación sexual que recae sobre el sujeto. Por otro lado, se reconoce la ausencia de una angustia de castración en la pequeña niña, o por lo menos ausente en el sentido masculino, que evidencia una condición castrada real de la mujer y no una amenaza, derivando según Freud, en una organización superyoica más lábil y permisiva que en el hombre, existiendo además una imprecisión en cuanto a la manera como ocurre y los motivos por los que se origina.

Melanie Klein comparte con Freud su opinión acerca del superyó masculino, concuerda con él al admitir que el origen de la organización superyoica del niño se relaciona con la angustia de castración paterna, aunque primitivamente también haya experimentado las angustias persecutorias del superyó pregenital (materno).

En adición, ambos autores proponen para el caso de la pequeña niña un complejo de castración que no se hace operativo por medio de la figura paterna,

aunque Melanie Klein va más allá de tal premisa al afirmar que la niña también conserva en su ordenamiento psíquico definitivo un superyó de tipo materno, considerado más sádico y punitivo. En esta misma, lógica se conciben las prácticas sobrecompensatorias femeninas, relacionadas con una búsqueda de la perfección física a través del maquillaje, la decoración y el ejercicio; igualmente, asuntos tan típicamente femeninos como la inconformidad consigo misma, la rivalidad, la competitividad y la envidia hacia otras mujeres, es el resultado de tal severidad superyoica.

Por último, es nuestro deber acotar que, en lo referente al superyó, existen paridades y diferencias que denotan una relación dual entre ambas teorías; a pesar de todo debe resaltarse que las diferencias parecen tener un peso mayor, puesto que apuntan a los asuntos más esenciales. Auscultando en los escritos freudianos notamos un vínculo de extrema proximidad entre el complejo de Edipo y la estructuración superyoica; de manera contraria Melanie Klein se empeña en declarar la relación existente entre los estados preedípicos y el superyó, es una relación sustentada en sus estudios clínicos, donde encuentra angustias y sentimientos de culpa severos asociados a las etapas oral-sádica y anal-sádica. Dicho sea de paso, que un cambio de este talante en la forma de concebir el origen del superyó comporta también un cambio en su manera de influir sobre el psiquismo del sujeto; es así como el superyó pregenital del planteamiento kleiniano se caracteriza por unos niveles mucho más elevados de sadismo y severidad, cuya insidia se magnifica por la condición inmadura y desintegrada de los mecanismos psíquicos.

Más allá de las similitudes, diferencias, contradicciones, aciertos y desaciertos de ambas propuestas teóricas, lo cierto es que el valor bruto que subyace en cada una de ellas es incalculable. Freud fue conocido por su seriedad y férrea convicción a la hora de defender su pensamiento, por lo que trató de contener los

límites de su psicoanálisis hasta el final de sus días, haciendo respetar conceptos como la sexualidad infantil, el inconsciente, la pulsión y el método clínico, entre otros.

La muerte del creador del psicoanálisis permitió que sus fronteras teóricas se desdibujaran para dar paso a incontable número de vertientes y ramificaciones que hoy son difíciles de calcular. Aunque el mapa de las vertientes psicoanalíticas del siglo XX puede parecer abigarrado, también es cierto que existen figuras que lograron destacarse especialmente, tal es el caso de J. Lacan, M. Klein, A. Freud y H. Hartmann. Las polémicas y discusiones respecto a qué teoría o autor está por encima de los demás o entorno a quién es más freudiano terminan, las más de las veces, enrareciendo el ámbito académico y desviando la atención de asuntos más importantes como los aportes al conocimiento y la resolución de los conflictos humanos.

Ninguna de dichas teorías está exenta de inconsistencias, contradicciones y puntos cuestionables, ni siquiera el psicoanálisis freudiano. Algunos de los más importantes principios epistemológicos nos exhortan a pensar las teorías o discursos (ya sean exactos o humanos), en términos de sus posibilidades para ser rebatidas, cuestionadas, corregidas y transformadas, pues de lo contrario, estarían más cerca de ser un dogma. Dicho esto, es necesario tomar como ejemplo la actitud autocrítica de Freud respecto a sus consideraciones teóricas y prácticas, donde no existe temor en reconocer equivocaciones del pasado, donde no existe recelo en expresar las inconsistencias y donde hacer manifiestas las imposibilidades propias constituye el primer paso para inspirar a otros a construir sobre lo no construido o concluir lo inacabado.

En este orden de ideas, vale recordar que las teorías no pueden permanecer incólumes al paso del tiempo, más aún si su objeto de estudio se centra en

fenómenos sociales o humanos que evolucionan de manera impredecible. Ya han transcurrido más de cien años desde el nacimiento del psicoanálisis, por lo que cabe cuestionarse su validez con relación a los acontecimientos contemporáneos.

En los círculos psicoanalíticos y psicológicos actuales se habla, por ejemplo, de una declinación progresiva del nombre del padre, es decir, una resignificación de la función paterna motivada por los cambios en las configuraciones familiares, los roles sociales y de género, y la relación del sujeto con la norma, algo que pone en cuestión la vigencia de una teoría claramente paternalista. Asimismo, las particularidades económicas, sociales y políticas mandan al traste los ideales clínicos requeridos para la consecución de la verdadera cura analítica; resulta difícil concebir intervenciones terapéuticas de alto costo y de larga duración en un entorno con serias dificultades económicas (pobreza, desempleo) y con un sistema de salud al borde del colapso.

Con el fin de evitar las comprensiones y utilizaciones anacrónicas del psicoanálisis, se vuelve necesario trascender las barreras del pensamiento freudiano y estar prestos a escuchar lo que otros grandes pensadores se han cuestionado. Se dice que en la actualidad no existe un solo psicoanálisis y es tanta la difusión que han tenido los principios freudianos que, hoy día, buscar criterios de unificación (teóricos y técnicos) se convierte en una tarea imposible, lo que convierte el psicoanálisis en una suerte de torre de Babel en la que se hablan lenguajes diferentes. Aquí es donde notamos la importancia de Melanie Klein, quien aparece como otra de las grandes figuras, para poner el psicoanálisis a hablar en el lenguaje de las emociones humanas.

Entre los puntos más destacados del pensamiento kleiniano pueden citarse, el lugar de las emociones en los procesos de estructuración psíquica (amor, odio, angustia), los principios de análisis infantil y el enfoque en los procesos

preedípicos, entre otros; y es gracias a ellos que ocupa un lugar privilegiado en la historia del psicoanálisis. En ella puede resaltarse la creatividad y la convicción para mantenerse firme en sus descubrimientos, aun cuando fuera abiertamente atacada en algunos círculos psicoanalíticos.

El valor neto que subyace al pensamiento kleiniano se centra precisamente en construir sobre lo no construido por Freud. Ella fue una de las primeras en expandir las fronteras teóricas y clínicas del psicoanálisis al estudiar directamente el mundo de las fantasías infantiles, una de las grandes limitaciones de la época, respetando criterios tan ortodoxos como el uso de la transferencia y el estudio de los fenómenos inconscientes. Asimismo, muchos de sus empeños estuvieron centrados en colegir un modelo de estructuración psíquica en la mujer, donde fuera posible comprender cómo nacían, se expresaban y concluían fenómenos coyunturales descritos por Freud, por ejemplo, la castración, la organización erógena, la identificación, el superyó, entre otros.

Más que tratar de poner calificativos a la perspectiva kleiniana, más que tratar de decir si es o no es una teoría psicoanalítica, más que tratar de darle un valor proporcional a su filiación con los postulados freudianos, lo verdaderamente importante es tratar de asumir una posición constructiva que permita reconocer la valía de sus aportes, dilucidar su lógica interna para comprender mejor los motivos detrás de sus planteamientos, y finalmente, poder tomar una decisión fundamentada respecto a qué elementos se pueden utilizar o descartar. Siempre teniendo en cuenta que Melanie Klein también hace parte de la historia del psicoanálisis.

BIBLIOGRAFÍA

BLEICHMAR, Emilce Dio. *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer*. Barcelona: Paidós, 1998.

BLEICHMAR, Norberto y LIEBERMAN, Celia. *El Psicoanálisis después de Freud*. Barcelona: Paidós, España. 1997

BROUSSE, Marie Helene, "Estadios del desarrollo del niño o historia del sujeto". En: Disparatorio, Medellín: Fundación freudiana de Medellín, 1989.

FREUD, Sigmund. *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1914. V.3, V.7, V.13, V.14, V.16, V.18, V.19, V.21, V.22

GRUPO DE INVESTIGACIÓN EL MÉTODO ANALÍTICO Y SUS APLICACIONES EN LAS CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS. *El método analítico*. Medellín: Centro de investigación sociales y humanas, 2010

HEIMANN, Paula. *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1972.

HORNER, Althea. *Object relations and the developing ego in Therapy*. New jersey, London: Jason Aronson Inc. Northvale, 1995

_____. *Treating the neurotic patient in brief psychotherapy*. New jersey, London: Jason Aronson Inc. Northvale, 1994

KLEIN, Melanie. *Envidia y gratitud: emociones básicas del hombre*. Buenos Aires: Paidós, 1984

_____. *Obras completas*. España: Paidós, 1989

_____. *Psicoanálisis del desarrollo temprano: contribuciones al psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1986

MAHLER, Margareth. *The psychological birth of the human infant*. New York: Basic books, 1975

PEREZ, Juan Fernando. *Elementos para una teoría de la lectura*. Medellín: Universidad de Antioquia, Departamento de psicoanálisis, s.f.

SPITZ, René. *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de cultura económica, 1998

TRUJILLO, Margarita. *Los estados del arte*, Revista criterios, 1999

VAN DIJK, Teun A. *Análisis crítico del discurso*. s.l. : Catedra Unesco, s.f.